El visir de Saraqusta

Enrique Gallud Jardiel



El visir de Saraqusta

Enrique Gallud Jardiel

Nuestra obligación es ser lo que somos, ni más ni menos, y esto sólo se logra usando nuestras capacidades cognitivas, elevándolas desde sus grados inferiores y meramente pasivos hasta su plena activación.

Ibn Bayyah (Saraqusta, circa 1075-Fez, 1139)

CAPÍTULO I

—¿Sabes por qué estás aquí?

El hombrecillo pequeño y de aspecto insignificante al que se le había dirigido la pregunta, tardó un poco en contestar, pero cuando se decidió a hacerlo, su voz mostraba una convicción inusual. Se veía que era alguien que conocía el valor de las palabras y que las usaba sabiamente en su propio beneficio.

—Porque tal es el deseo del *sahib a-madinat* el señor de la ciudad, el

gran emir de la taifa de Saraqusta, el honorable Abu Bakr Ibn Ibrahim Ibn Tifilwit, ¡Allah sea con él!, y sería una impensable ofensa no respetar sus mandatos y un tremendo infortunio no aprovechar la oportunidad de encontrarse en su venerable presencia.

—No sabes adular —respondió el emir—. Dejas escapar tu ironía y consigues el efecto contrario al deseado. Te conozco, Ibn Bayyah; sé que no consideras un honor que te haya convocado a mi corte. Mis guardias me han dicho que casi tuvieron que recurrir a la fuerza para traerte aquí, así es que no me hables de cuán honrado te sientes por mi llamada. ¿Sabes cuántos en Saraqusta se sentirían bendecidos por el mismo Allah si yo los hubiera invitado a venir ante mí?

—Yo no soy como los demás hombres —manifestó el llamado Ibn Bayyah, no sin un deje de tristeza en la voz — y créeme que lo siento, pues ello no ha hecho sino dificultar mi vida.

—Porque eres distinto es por lo que te he mandado llamar. Hombres vulgares, cortesanos serviles, siervos obedientes y aun eficaces los tengo a cientos; pero no cuento con mentes lúcidas y determinadas que me ayuden en la más ingrata de las tareas: el gobierno de los hombres y los territorios. Por eso estás aquí. Tengo algo complicado que pedirte.

El hombrecillo se sentó en la alcatifa, frente al trono en el que se encontraba el emir, y se acomodó, dispuesto a escuchar.

—¡No te he permitido que te sientes en mi presencia! —gritó el soberano, más sorprendido que indignado.

—Perdóname, gran señor —respondió educadamente su súbdito—, pero sí lo has hecho. Las palabras no son meros sonidos en el aire: significan cosas. Si me hubieras dado una orden, yo la habría escuchado de pie y con la cabeza inclinada, pues habría venido del poder que tienes sobre mí y sobre todos los habitantes de la taifa. Pero recuerda que has dicho: «Tengo algo que pedirte». Pedir y dar son palabras que se emplean entre seres humanos que se tratan en pie de igualdad, al menos durante un tiempo. Tú mismo me has elevado momentáneamente a tu alto rango, así es que mientras

hablemos del asunto que has mencionado permaneceré sentado, salvo que mandes otra cosa. Ahora es decisión tuya si quieres tratar con un hombre o con un siervo.

Desde su trono, Ibn Tifilwit contempló un tiempo en silencio a su interlocutor. Era, pues, verdad, lo que le habían contado de él. Se encontraba ante una mente y ante una voluntad, no frente a una marioneta de ésas que tanto abundan junto a los poderosos y que de tan poco les sirven. Pero el emir era lo suficientemente inteligente como para saber cuándo no era momento de ofenderse. Dio una palmada e hizo un leve gesto con la cabeza. De inmediato, los sirvientes que se hallaban en la sala la abandonaron, caminando hacia atrás para no dar la espalda a su señor. El emir no deseaba que nadie escuchase aquella conversación.

—Sé quién eres, Ibn Bayyah —afirmó—. He averiguado todo sobre ti y necesito tus servicios.

—De seguro que tienes en tu corte muchos médicos más hábiles que yo, gran señor. Además, por lo que veo, no pareces sufrir ningún mal: es evidente que tu cuerpo rebosa salud. ¿Acaso sufre alguna de tus esposas?

—No. No son tus servicios como físico los que necesito. Y sé que no sólo entiendes de hierbas: tienes fama de astrónomo y matemático; muchos en la ciudad alaban tus variados conocimientos sobre el mundo. Pero yo necesito a un pensador.

—No veo de qué os pueden servir mis humildes estudios sobre Arastu [Aristóteles].

—Preciso de un pensador que aplique su sabiduría al gobierno del reino.

—Yo nada entiendo de política, señor; no os sería de ninguna ayuda, —se disculpó Ibn Bayyah, haciendo ademán de levantarse.

El emir le detuvo con un gesto de su mano.

—La política no consiste sino en el gobierno de los súbditos: conocer la naturaleza humana, saber qué desea un hombre, qué le

conviene, qué se le puede conceder y qué se le debe prohibir. Trata también del uso de esas palabras que tanto te agradan y a las que concedes tanta importancia: cómo llamar a las cosas y a los hechos para que las gentes los acepten, cómo convencer a los hombres de lo que te interesa que queden convencidos.

—Cómo mentirles.

—Cómo mentirles, sí —replicó con dureza el emir—. Los pueblos son como niños y no siempre pueden aceptar las verdades de la vida. Por su gusto, el hombre nunca iría a la guerra: preferiría solazarse con mujeres, holgazanear todo el día y beber vino. Pero la guerra puede ser necesaria, inevitable, y no se puede luchar sin convicción. Por eso puede ser preciso darles palabras falsas pero muy verosímiles. Es parte del arte de gobernar, en el que quiero que me ayudes.

Hubo un silencio. Ibn Bayyah miró al emir fijamente a los ojos. Éste continuó:

—Es mi deseo que ejerzas como visir de Saraqusta, que seas mi más cercano consejero en los asuntos del gobierno.

—¡Estás loco!

El rostro de Ibn Tifilwit dejó ver una ira incontrolada.

—¿Cómo te atreves?

—Discúlpame, gran señor. Por una vez he empleado las palabras de forma indebida. No estás loco: simplemente eres un necio.

Ibn Tifilwit no podía creer que estuviera escuchando aquello. Por fortuna para el médico, sirvientes y guardias se habían ausentado de la sala por orden suya; de no haber sido así, puede que le hubieran matado allí mismo, sin ni siquiera esperar a que el emir diera la orden de hacerlo.

—Llamarte necio no es una ofensa deliberada —explicó el físico—, sino una mera definición de tu conducta y tus intenciones. Mis habilidades en el terreno de las ciencias y de la especulación de nada te servirán para dominar a los hombres. Para ello se requieren

otras dotes. Hay muchos cuentos que hablan de que una vez hubo un rey sabio que hizo esto o aquello, pero eso no pasa de ser invención. Nunca han gobernado los sabios, sino los fuertes, porque para mandar sobre el destino de los hombres hace falta ser despiadado hasta el extremo. El conocimiento te suele llevar por otro camino.

El emir había olvidado ya la ofensa y se mostraba interesado. Ibn Bayyah prosiguió:

—El conocimiento, a medida que aumenta, acerca al hombre hacia la bondad. Y no sólo por mandato divino, sino por su misma lógica interna. Cuanto más sabemos de la naturaleza y sus maravillas, cuando más profundizamos en el misterio de esa incógnita inmensa y de enormes posibilidades que es la mente humana, más valoramos al hombre y más lo respetamos. Eso es lo que se llama bondad, que no surge espontánea en nosotros, sino como resultado de nuestro asombro ante la maravilla de la vida. Así es que mientras que el saber nos acerca al hombre y nos impele a amarlo, la política es lo totalmente otro; el arte de someterlo, de hacer que se sacrifique y que muera en nuestro beneficio. Créeme, gran señor: no me necesitas a mí.

—Sin embargo, es a ti a quien tendré —aseveró Ibn Tifilwit levantándose con determinación—. Hacía ya tiempo que lo tenía planeado y nuestra conversación no ha servido sino para ratificar mi decisión. Como ves, ahora estoy de pie y no voy a pedirte nada. Me limitaré a ordenártelo. Pondrás tu inteligencia a mi servicio. Harás que tu filosofía sirva a mi política. Desarrollarás un sistema racional y justo para mi reinado, que nos beneficie a todos. Tendrás grandes poderes como visir, pero también una enorme responsabilidad. Quiero que se me recuerde como el mejor de los gobernantes y tú me ayudarás a hacerlo.

Ibn Bayyah se puso en pie.

—No tienes mujer, hijos ni ninguna otra obligación familiar. Puedes consagrarte por completo a mi servicio. Mañana te pondré al tanto de los asuntos del reino, te hablaré de nuestros amigos y nuestros enemigos e iniciaremos un experimento que contestará a algunas preguntas curiosas: ¿qué sucede cuando el poder no está en manos

de los torpes y ambiciosos, sino de los prudentes y sensatos? Se trata de inventar una forma nueva de reinar. Piensa bien en la tarea que tienes ante ti; considérala como un reto para tu inteligencia. Haz que la posteridad recuerde nuestros nombres, el tuyo y el mío.

—¿Y hasta cuando habré de desempeñar este cometido, que no deseo en absoluto?

—Hasta que a mí me plazca —sentenció Ibn Tifilwit, abandonando la sala.

***

Corría el año de 1115, el 508 de la Hégira, cuando Abu Bakr Muhammad Ibn Yahya Ibn al-Sa'ig Ibn Bayyah —al que la posteridad recordaría por el nombre latinizado de Avempace— recibió de su señor el más alto honor del reino y a la vez el más cruel castigo para alguien de su temperamento. Contaba entonces cuarenta años.

Provenía de familia humilde, pues era hijo de un platero. Su madre había muerto al nacer y el muchacho creció con su padre y aprendió su oficio. Pero en un momento concreto de su adolescencia, el mundo le había dejado entrever una vislumbre de las maravillas que encerraba y se había asegurado un adepto a la causa del saber.

El joven, como era costumbre de los estudiosos del tiempo, había abandonado por unos años su amada Saraqusta natal para ir a aprender en diversas ciudades de Al-Andalus con reputados maestros, cuyas enseñanzas le fueron de gran provecho. Tras regresar a su ciudad, emprendió la práctica de la medicina, alternándola con muchos otros estudios que ocupaban todo su tiempo. La educación literaria y científica de Ibn Bayyah se benefició del clima de estudio y erudición que imperaba en la ciudad. Pronto se labró entre las gentes la fama que habría de llegar a oídos de Ibn Tifilwit. Obtuvo el respeto de muchos de sus conciudadanos, que no podían dejar de ver su verdadera dedicación a las ciencias. Además, el físico atendía en su casa a todos los que requerían sus servicios. A los menos favorecidos por la fortuna no

les pedía nada por su consulta ni por sus medicinas, lo que le valió su agradecimiento. Si se hubiese preguntado a los saraqustíes a quién deseaban tener por visir, muchos de ellos, sin pensárselo, habrían dado el nombre de Ibn Bayyah.

Era de madrugada cuando el médico se dirigió a su hogar, emplazado en el Rabad as-Sinhajath [el rabal de Sinhaya], un populoso barrio de comerciantes, cercano a la puerta Bab Baltash, llamada así por el río del mismo nombre, el Wadi Baltash [río Huerva].

Al llegar, entre las sombras, vio a un joven sentado en el suelo, junto a la puerta. Éste se levantó apresuradamente al ver llegar al dueño de la casa.

—¡Que Allah sea contigo! —le saludó.

—Ya has llegado —constató Ibn Bayyah —. Sé bienvenido.

Tras descalzarse, como era costumbre, penetraron ambos en las habitaciones interiores. Un criado de edad apareció en la sala.

—Anwar —dijo Ibn Bayyah—, éste es Mayid. Ha viajado desde Batalyaws [Badajoz], donde ha sido discípulo de Ibn al-Sid, maestro de lógica y gramática, quien lo envía a mi lado para su formación. Vivirá con nosotros. Dice que es su deseo aprender de mí, aunque no sé si tendré algo útil que enseñarle. Tú le cuidarás como haces conmigo, pues si se honra a los maestros que pueden enseñar algo, lo mismo ha de hacerse con los hombres que muestran deseo de aprender.

—Eres muy gentil —repuso el recién llegado —y me haces una gran merced.

—No te la hago a ti, a quien no conozco y a quien, por tanto, no puedo aún apreciar como persona. La hago a tu amor al saber, pues no creo que haya un mejor sentimiento en esta vida. Considérate, pues, como si fueras mi hijo, ya que lo vas a ser de mis ideas.

—¡Te estaré eternamente agradecido!

—Bellas palabras, aunque quizá una de las enseñanzas que te dé es

que no existe nada eterno.

Disponiéndose a retirarse, Anwar dijo:

—Prepararé su lecho y le proporcionaré lo que pueda necesitar.

—No hará falta mucho—repuso Ibn Bayyah—; y danos algo de cena, pues tenemos mucho sobre lo que conversar. A no ser —sugirió, dirigiéndose a Mayid— que quieras aplazar hasta dentro de unas horas el inicio de tu aprendizaje.

—Pretendo empezar cuanto antes —replicó el joven.

—Eso me complace y así lo haremos, por lo que no creo que durmamos mucho esta noche. Por la mañana nos presentaremos en el palacio, por orden del emir.

—¡Señor! —protestó Anwar, sorprendido.

—No se puede desobedecer a los poderosos. Además, ¿no te agrada la idea de pasar los días en el esplendoroso Qasr-al-Surur, donde ejerceré un cargo al servicio del monarca?

—¿Y tu consulta? —insistió el criado, con confianza—. ¿Qué será de tus enfermos?

—Sacaré tiempo para ellos, descuida. ¡Bah! No sólo eso. Aprovecharé los recursos del palacio para favorecerles. Conseguiré para ellos medicinas sin coste. Les dedicaré dos horas diarias, al anochecer.

—¿Lo permitirá el emir? ¿Podrás hacerlo?

—No faltarán horas en el día. ¿De qué me serviría ser visir, si no pudiera emplear mi ocio en hacer lo que me apeteciera, como por ejemplo ayudar a los necesitados?

—¿Visir? —replicaron al unísono Anwar y Mayid, sorprendidos.

—En efecto. Por más que no es algo que yo desee, pero no he podido negarme. Tengo un encargo difícil, pero apasionante.

—¿Y cuál es, señor? —inquirió el leal sirviente.

—Conseguir que Saraqusta sea la envidia del mundo.

***

Tomaron algunos ligeros alimentos que Anwar les trajo e Ibn Bayyah indicó al joven que se sentara a su lado. La noche era agradable e invitaba a aprovecharla. Por el ventanal entraba un agradable olor a jazmines, que provenía del cuidado jardín.

Se debía iniciar en ese momento una de las relaciones más fuertes que existen o así se lo parecía a ambos: la que se establece entre el discípulo y el maestro. De alguna manera aquél entrega su vida a éste, le ofrece la oportunidad de formarle, lo que no implica sólo conocimientos que pueden hallarse en los libros, sino el ofrecimiento de una mente por modelar, la oportunidad de transmitir a otro ser humano toda una constelación de ideas por las que vivir, que determinarán su conducta futura. El tradicional respeto de un adolescente por su tutor le lleva a ser, cuando no una réplica del original, un continuador directo de las ideas de un hombre, que, cuando son valiosas, no se deben perder.

Mayid viviría con su maestro, que durante unos años sería su protector en todos los aspectos de la vida. Como decían los poetas, el nombre de padre no sólo lo merece quien te engendra, sino también aquél que te cría y a aquél que te enseña. A cambio, el alumno pasaría a las generaciones futuras la experiencia de quien aceptaba la difícil pero grata tarea de construir a un hombre que pensase por sí mismo. Era, pues, necesario que ambos se conocieran, pues era mucho lo que iban a compartir.

—Confío en que tu viaje fuera interesante —dijo Ibn Bayyah.

—Lo fue. En el camino me detuve unos días en Ishbiliya [Sevilla].

—Una muy hermosa ciudad, a la que recuerdo con afecto.

—Allí se te tiene en gran valía —le recordó el joven.

—Mucho le debo, por todo lo que aprendí en aquel lugar con mi

maestro, Abu Jafar ibn Harun. No he hallado a muchos hombres como él.

El joven pertenecía a una familia acomodada, pero por ser el menor de seis hermanos, había decidido labrar su porvenir como físico. Todos le recomendaron que buscara la protección del médico saraqustí, quien, ante varias cartas suplicantes, no supo negarse, considerando genuino el afán de aquel muchacho —apenas de dieciséis años— que solicitaba sus enseñanzas.

Hablaron durante horas de las circunstancias personales de Mayid, que contó su breve vida a su maestro, quien no se detenía en lo anecdótico, sino que buscaba con sus preguntas cerciorarse de la intensidad del interés de su alumno por las enfermedades y sus remedios. La muerte de una de las hermanas de Mayid, sus juegos de niñez recolectando hierbas, sus dotes de observación del rostro de las gentes, ésos eran los detalles que interesaban al físico, para determinar las posibles capacidades de su alumno.

La curiosidad de Mayid también tenía que satisfacerse, por lo que Ibn Bayyah se sometió de buen grado al interrogatorio al que creyó que su discípulo tenía derecho.

—Me dicen, maestro, que dedicas menos tiempo a la medicina que a trabajar en los libros de un griego. Esto despierta mi interés.

—Es cierto —reconoció Ibn Bayyah—. Aprendí esa lengua, no sin dificultad, para traducir a Arastu, quien vivió hace más de catorce siglos, pero que fue más listo que todos nosotros.

—¿Me permitirías que te preguntara algo, sin ánimo de ofenderte?

—Preguntar es tu deber. ¿Para qué, si no, estás a mi lado?

—No quisiera pecar de impertinente.

—Ninguna pregunta lo es, pues significa un afán de saber y eso nunca puede ser malo. Adelante —le animó.

—¿Por qué tienes ese empeño en dar a conocer los escritos de un infiel?

Ibn Bayyah se tomó su tiempo antes de responder.

—Hemos de hablar en otro momento sobre por qué los infieles lo son y en qué grado y por qué el Todopoderoso permite su existencia. Por ahora te diré que ese hombre al que tú defines como un infiel será maestro del pensamiento del mundo y todos le tendrán como tal: haz caso de mis palabras. Es un tesoro que aún no ha sido contado ni valorado. Sólo hemos visto hasta el momento el destello de las joyas al entreabrir el cofre. Falta por averiguar todo lo que hay en su interior. El sabio Ibn Sina se esforzó por conocerlo y yo no hago sino continuar la labor.

—¿Tanta sabiduría encierran los libros de Arastu?

Ibn Bayyah se echó a reír.

—Y muchas necedades también —reconoció—. Habló sobre gran número de ciencias y cometió, al hacerlo, muchos errores. Eso es lo humano. Pero su aportación al saber es ingente. Él bastante hizo con intentar ampliar nuestra visión y tratar de tantas cosas. A nosotros nos toca separar lo acertado de lo equivocado y que sus aciertos no se pierdan.

—¿A eso dedicas, entonces, tu tiempo?

—A eso y a otras muchas cosas. El universo resulta maravilloso, pero nos es en gran medida desconocido. Una vida, muchas que hubiera, no bastan para desvelar sus misterios. Pero hay que intentarlo. Creo firmemente que no tenemos otra ocupación mejor en qué emplear los años que vamos a vivir. ¿Se te ocurre algo más importante?

—No son muchos los que piensan así.

—No lo son. Más bien al contrario. De hecho, tengo un poderoso enemigo al que he de combatir.

—¿Un enemigo?

—Habrás oído su nombre, pues son muchos los que le reputan como un gran sabio. Sin embargo, uno de los objetivos de mi vida es vencerle de manera definitiva.

—Me sorprendes, maestro. ¿Quién es esa persona?

—Al-Ghazali.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Mayid.

—Pero ¡Al-Ghazali ya ha muerto!

—En efecto —respondió el físico—. Ha muerto, pero no su influjo. ¿No conoces su obra, *Tahafut al-falasifa* ?

—¿La destrucción de los filósofos?

—Postuló en ella que la religión estaba muy por encima del saber, de la ciencia y de la filosofía. Esto ha marcado a muchos. Desde entonces, los más fieles creyentes, los más ortodoxos combaten a los que no lo somos tanto e impiden el avance natural de las ideas.

—¿Es que acaso están equivocados?

—Si Allah no hubiera querido que pensáramos, no nos habría dotado de esa capacidad. Se le puede amar y hacer cálculos algebraicos al mismo tiempo. No creo que eso le ofenda. Es más, cuando las ciencias nos hacen conocer mejor la naturaleza, más podemos apreciar sus maravillas y más respeto podemos tener por su creador.

—¿Y ése es tu objetivo?

—Lo es. Es otra manera de ser religioso; conocer lo más posible acerca de lo que somos y el mundo en el que vivimos.

Mayid no respondió.

—Aunque ahora —continuó Ibn Bayyah— mis estudios tendrán que esperar durante un tiempo, pues Ibn Tifilwit me obliga a dedicar mis esfuerzos a administrar el reino, tarea que intentaré hacer lo mejor que sepa. Tú estarás conmigo de continuo. Observa y, cuando yo me vaya equivocando, algo que sin duda haré, aprende de mis errores: no hay otro método para adquirir el conocimiento.

El amanecer les sorprendió con sus primeros resplandores.

Mayid se levantó.

—¿Dónde puedo lavarme? —preguntó.

Ibn Bayyah le indicó el lugar.

—¿No me acompañas, maestro?

Éste pareció no entender.

—¿A qué te refieres? —inquirió.

—¿No sabes de qué te hablo? Es la hora de la oración.

—¡Ah!

—¿Lo habías olvidado?

Ibn Bayyah guardó silencio. Se dirigió hacia su escritorio, ante el que se sentó, con las piernas cruzadas. Comenzó a afilar una pluma, disponiéndose a escribir. Mayid le contempló fijamente.

—¿Tú no rezas, maestro? —insistió

A lo que éste repuso, con voz serena:

—El estudio de la botánica o de la medicina acercan más al hombre a la divinidad que no la moral. Más cerca de Dios está el científico que el hombre religioso, cuando el primero trabaja para mejorar la vida de sus contemporáneos y el segundo se erige en guardián de la moral del rebaño. Así es que recuerda: algunos rezan cinco veces al día durante algunos minutos. Yo, en cambio, estudio durante muchas horas.

Mayid comenzó a preguntarse si no había encomendado su porvenir al maestro equivocado.

CAPÍTULO II

Qasr al-Surur, «el palacio de la alegría», era la joya de la ciudad. Se había acabado de construir en el 1081 y constituía un orgullo para todos los saraqustíes. Siglos más tarde pasaría a conocérsele como

Al-Yafiriyya, por el nombre de quien mandó edificarlo, el famoso Al-Muqtadir, segundo monarca de la dinastía de los reyes hudíes que habían vencido y desplazado a los tuyibíes en el 1040. Era un palacio fortificado, extramuros de la muralla romana, emplazado en Al-Musarath [La Almozara], un llano que servía para los alardes militares, los ejercicios ecuestres y las carreras de caballos y en donde se celebraban las fiestas religiosas y el final del ayuno del Ramadán.

Cuando Ibn Bayyah cruzó sus umbrales, acompañado de su nuevo discípulo y su fiel sirviente, quedaron los tres sobrecogidos por la belleza y el esplendor del recinto. Construido en el estilo omeya de Siria y Jordania, el Qasar al-Surur ofrecía a la mirada una plétora de arcos mixtilíneos, profusamente adornados con atauriques y yeserías policromadas en rojo y azul en el fondo y dorado en los relieves. Diseños vegetales, geométricos y epigráficos ornaban sus paredes. Las solerías de mármol blanco y los zócalos de alabastro reflejaban la luz. Los techos de madera tallada reproducían el firmamento con sus estrellas y cuerpos celestes. En todos aquellos adornos se entreveía la férrea voluntad del que había ordenado su construcción y el amor a su oficio de los que los habían llevado a cabo.

Los tres hombres cruzaron varios corredores. Escucharon el sonido de instrumentos que provenía del Maylis al-Dahab, el Salón Dorado, donde Ibn Tifilwit se encontraba. Se hicieron anunciar.

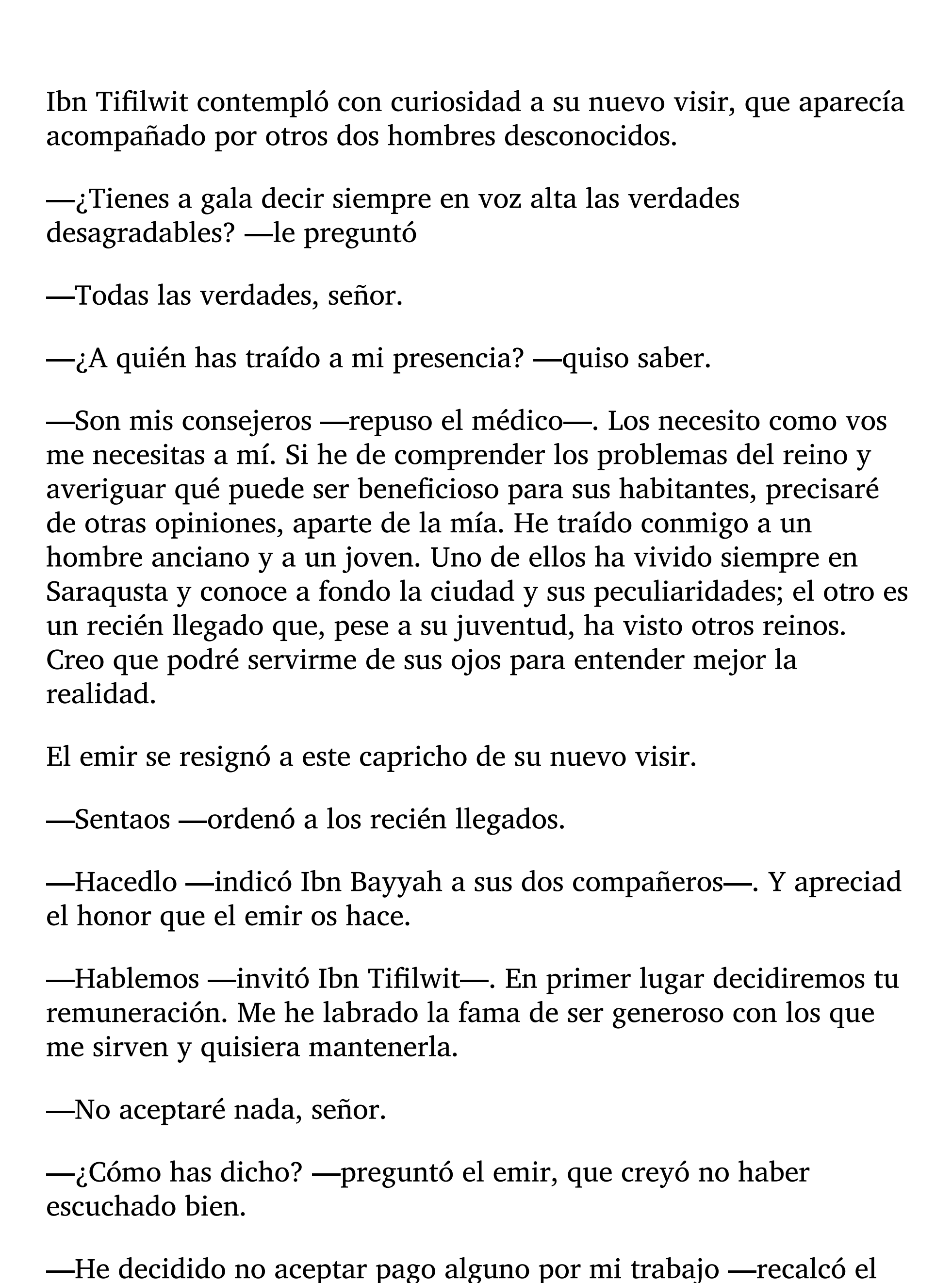
El guardia de la puerta intentó retener a los acompañantes del médico.

—Nuestro señor te espera a ti sólo —precisó, dirigiéndose a Ibn Bayyah.

—Si quiere verme, tendrá que soportar también a mis acompañantes —replicó éste.

Penetraron en el salón.

—Vuestros músicos desafinan, señor —dijo el médico, al entrar, incluso antes de saludar como era lo preceptivo.



Ibn Tifilwit contempló con curiosidad a su nuevo visir, que aparecía acompañado por otros dos hombres desconocidos.

—¿Tienes a gala decir siempre en voz alta las verdades desagradables? —le preguntó

—Todas las verdades, señor.

—¿A quién has traído a mi presencia? —quiso saber.

—Son mis consejeros —repuso el médico—. Los necesito como vos me necesitas a mí. Si he de comprender los problemas del reino y averiguar qué puede ser beneficioso para sus habitantes, precisaré de otras opiniones, aparte de la mía. He traído conmigo a un hombre anciano y a un joven. Uno de ellos ha vivido siempre en Saraqusta y conoce a fondo la ciudad y sus peculiaridades; el otro es un recién llegado que, pese a su juventud, ha visto otros reinos. Creo que podré servirme de sus ojos para entender mejor la realidad.

El emir se resignó a este capricho de su nuevo visir.

—Sentaos —ordenó a los recién llegados.

—Hacedlo —indicó Ibn Bayyah a sus dos compañeros—. Y apreciad el honor que el emir os hace.

—Hablemos —invitó Ibn Tifilwit—. En primer lugar decidiremos tu remuneración. Me he labrado la fama de ser generoso con los que me sirven y quisiera mantenerla.

—No aceptaré nada, señor.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el emir, que creyó no haber escuchado bien.

—He decidido no aceptar pago alguno por mi trabajo —recalcó el médico.

—Eres en verdad sorprendente, Ibn Bayyah —dijo el monarca, tras observar durante unos instantes a su interlocutor—. ¿Puedo saber por qué?

—Siempre he creído que debía ser así. Cuando el poder lleva consigo la obtención de riquezas, muchos indeseables lo desean y lo buscan.

—¿Y de qué vivirás entonces?

—De lo que he vivido hasta ahora, señor: de mi trabajo como médico.

—Que ejercerás...

—En las horas en que no me requieras a tu servicio —aclaró Ibn Bayyah.

—Creo que debo insistir en que recibas una compensación.

—Eres generoso, señor, pero si he de hacer algo por el bien de Saraqusta, no me beneficiaré de ello. No me parece inadecuado que un hombre regale unas horas de trabajo a su propia ciudad, si de verdad la ama.

—Serás un mal ejemplo para los otros cortesanos.

—Ése es un problema suyo, no mío, señor. Si pese a ser ricos como son no pueden prescindir de sus honorarios por servirte, no creo que sean personas que puedan aprender nada de un buen ejemplo.

Ibn Tifilwit decidió pasar por alto este comentario y siguió insistiendo:

—Podré recompensarte por tus aciertos.

—¿No equivaldría a lo mismo? Créeme, lo prefiero así.

—Eres terco; pero yo lo soy más. Así es que nada me impedirá hacer algún regalo a un amigo, cuando lo estime conveniente.

Ibn Bayyah sonrió.

—Parece que siempre acabarás haciendo tu voluntad —resumió.

—Hablemos ahora de otros asuntos —propuso el emir.

Ibn Bayyah había pensado muchas mejoras para el reino. Aun sin darse cuenta, al caminar por las anchas calles de Saraqusta y contemplar la forma en la que vivían sus conciudadanos, había pensado muchas veces «¡Cuán bueno sería que un arroyo corriera por esta barriada!» o «Se necesitan más baños públicos para el pueblo» o «Los tintoreros no deberían trabajar en la calle, donde sus tintes ensucian a los transeúntes. Habría que habilitar un lugar especial donde pudiesen laborar con comodidad». Muchas ideas de esta índole se le habían pasado por la mente. Quizá ahora fuera el momento de darles utilidad. Pero Ibn Tifilwit se le adelantó.

—Lo que me urge, antes que nada, es resolver el problema de los hudíes. Han vuelto a atacar algunas de nuestras poblaciones.

El linaje de los Banu Hud era el que había gobernado Saraqusta inmediatamente antes de la llegada de los almorávides. Dio a la ciudad ocho décadas de indiscutible esplendor, pero acabó pro verse desplazada por los recién llegados. En el año 1110, el sultán almorávide Ali Ibn Yusuf Ibn Tashufin ordenó la conquista de Saraqusta al gobernador de Balansiya [Valencia], Muhammad Ibn al-Hajj. El 31 de mayo de ese año, el caudillo de los Banu Hud, Abd Al-Malik, conocido como Imad ad-Dawla, «el pilar de la dinastía», abandonó la plaza después de haberla ocupado durante cuatro meses tras la muerte de su padre, considerando que no podría ofrecer resistencia, ya que la mayoría de la población simpatizaba con los almorávides. Huyó con gran parte del tesoro de la ciudad y se refugió en la inexpugnable fortaleza de Rota [Rueda de Jalón], donde creó un pequeño señorío con algunos territorios adyacentes.

Al-Hajj gobernó bien, reorganizando la administración y protegiendo el comercio. A su muerte en 1114, el sultán nombró emir de la taifa a su yerno, Ibn Tifilwit, un hombre joven, fuerte e impetuoso.

El monarca destituido no olvidó que había sido desposeído de su reino mediante la violencia. Juró vasallaje a Alfonso de Aragón, el enemigo de sus enemigos, y se dedicó a hostigar a la nueva dinastía, con frecuentes incursiones contra las aldeas de la periferia de la taifa.

—Es una situación que no puede continuar así pro más tiempo —

prosiguió el emir, dirigiéndose a su visir—. Tarde o temprano habremos de enfrentarnos a los hudíes, si queremos vivir en paz y prosperar. Me ayudarás a decidir cómo y cuándo iniciar una campaña militar contra Abd Al-Malik.

—¿Estás sugiriendo una expedición de castigo?

—¿Es que merece menos, acaso? Ha desafiado mi autoridad y eso es algo que no puedo perdonar. Le haré apresar y le decapitaré ante todo el pueblo.

Ibn Bayyah supo entonces que estaba a las órdenes de alguien con una gran soberbia y un gran poder que le podría conducir a llevar a cabo actos muy perniciosos. Pero, ¿no era esto una característica común a todos los reyes? Intentó ver hasta dónde podía suavizar aquella amenaza.

—Señor: si me lo permites te desaconsejaré que emprendas los que te propones. No es conveniente aumentar el número de los propios enemigos.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el emir.

—Considéralo desde su perspectiva. Abd Al-Malik gobernaba, se sentaba en el mismo trono que tú ahora. Se le despojó de su reino y de sus tierras.

—Nuestra estirpe venció a la suya —precisó, indignado, Ibn Tifilwit.

—Cierto —replicó el visir—. Pero eso es una verdad militar. Nada tiene que ver con la justicia.

—No entiendo a dónde pretendes llegar. ¿Le defiendes?

—La justicia no consiste en la mera opinión del poderoso. Abd Al-Malik probó ser un buen gobernante para Saraqusta. Esto nadie se atreverá a decírtelo, por temor a tu ira, pero es la verdad. Con él, la ciudad prosperó y su fama se extendió por todas partes. Ahora es un desterrado. Convengo en que no se le puede permitir que hostigue a los nuestros, pero las gentes de Rota, Burya [Borja] y los otros pueblos que están hoy bajo su dominio no tienen por qué sufrir por

las rencillas entre las dinastías que dirigen sus destinos.

—No es esto lo que esperaba de ti.

—Para hacer la guerra, ya tienes a tus capitanes, señor. Soy tu consejero. Pero, para oír repetida tu propia opinión no me necesitas.

Ibn Tifilwit guardó silencio.

—Déjame que me informe en detalle del asunto. ¿Ha habido muertos en esas cinco incursiones de los soldados de Abd Al-Malik en nuestras tierras? —inquirió el visir.

—No. Ni siquiera heridos. Sus hombres se han limitado a arrasar algunos campos. Aun así, no debo permitirlo.

—En eso te doy la razón: nuestros vasallos tienen derecho a toda nuestra protección. Eres responsable de sus vidas y de sus haciendas, y tú debes cumplir tu deber para con ellos, pues te pagan con fidelidad los tributos que les exiges Y, a propósito, ésta es una cuestión sobre la que deseo hablarte, gran señor.

—Será en otro momento —decidió el emir—. Ahora debemos ocuparnos antes que nada de los Banu Hud. ¿Qué me propones?

—Les enviaré una misiva en tu nombre. Reforzaré tu autoridad y les haré ver que nada tienen que ganar con nuestra enemistad.

—¿Surtirá efecto?

—Confío en el poder de las palabras.

—No sé si es algo que Abd Al-Malik estará dispuesto a aceptar— objetó Ibn Tifilwit, aún dudoso.

—No le creo tan necio ni tan loco como para no hacerlo. No se puede gobernar como él lo hizo si no se es un hombre inteligente. Entenderá.

El emir se tomó su tiempo para pensárselo. Aquello era algo muy distinto de lo que le hubiera aconsejado cualquier otro. Pero, en

realidad, si aquella política no daba el resultado esperado, siempre podría recurrir a las armas más adelante. Al cabo, accedió:

—Lo haremos a tu manera por esta vez, Ibn Bayyah. Espero que tengas razón en tus cálculos. Pero ha de ser de inmediato.

—Por supuesto, señor.

—Ven ahora conmigo. Hay dos personas muy importantes para mí que quiero que conozcas. Para ello no necesitarás consejeros.

Ibn Bayyah hizo una seña a Anwar y a Mayid, que permanecieron en la sala, mientras él salía, en pos del emir.

***

Los árabes llevan la poesía en el alma. Se dice que ésta fue un regalo de Allah a ese pueblo, para compensarle del árido desierto que le dio por morada. Como fuere, todos aman y aprecian en gran medida esta forma de arte.

Ibn Jafaya era el preferido del emir. Este poeta, natural de Al-Jazira [Alcira], se había asentado en la corte y deleitaba a su señor con sus sentidas composiciones. Su palabra era precisa y elegante; su musicalidad, incomparable. Se le conocía en la corte por el sobrenombre de Al-Yannan, «el jardinero».
Ibn Tifilwit nunca escatimaba sus dádivas. Podría entregar un rubí de buen tamaño o un puñado de dinares de oro tras escuchar una composición que le complaciera. Invitaba al poeta a su mesa y le llamaba «amigo». Como era costumbre en las familias reinantes, le había encargado un poema en loor de sus antepasados, una idealizada crónica de sus hazañas y una descripción embellecida de sus virtudes. Al-Yannan se esmeraba y había prometido entregar en breve la composición ya finalizada.

El emir y su nuevo consejero llegaron a una sala donde el poeta descansaba sobre almohadones, en una lujosa alfombra. Se levantó de inmediato al ver a su señor, acompañado por alguien a quien no conocía.

—Al-Yannan es un gran artista —le dijo el emir a Ibn Bayyah—. Sus

versos son excelentes.

—Me haces merced, gran señor —replicó el poeta, al tiempo que le hacía al médico el saludo de rigor.

—Mi visir, Ibn Bayyah, es un reputado físico y botánico, que será ornato de mi corte como tú lo eres —afirmó el emir, al presentarle —. Quiero que Saraqusta brille como una luz de arte y saber en todo Al-Andalus.

Los dos hombres se miraron mutuamente. E Ibn Bayyah lo supo al instante: debía guardarse de aquel poeta. ¿Qué origina la antipatía entre dos seres que no se han hecho uno a otro ni bien ni mal? El poeta no conocía al médico, nunca había oído hablar de él. Tampoco los celos podían ser un motivo, pues Ibn Tifilwit no había mencionado que Ibn Bayyah fuera un reputado versificador. Aun así, el sentimiento de repulsa fue instantáneo y el visir lo percibió distintamente.

—Mi poeta de corte escribe sobre mis ancestros —informó el emir —. Será un poema magnífico, estoy seguro. Y cuando lo finalice, quiero encargarle algo que deseo desde hace tiempo.

—¿Que es, mi señor? —preguntó Al-Yannan.

—Un nuevo verso, una innovadora forma de poesía, un metro que nunca se haya empleado antes.

El rostro del poeta se ensombreció por un momento y luego recobró la expresión sonriente que había mantenido desde la llegada del emir y su visir. Ninguno de los dos se dio cuenta de ese cambio.

—Deseo una invención poética —prosiguió Ibn Tifilwit— que se cree y se popularice en mi corte y dé fama a la ciudad. Y tú habrás de proporcionármela —añadió, dirigiéndose al poeta.

—¿Cómo desobedecer tus órdenes, gran señor?

Complacido por esta respuesta, el emir se volvió hacia el médico.

—¿Te agrada la poesía, Ibn Bayyah? ¿O el cultivo de las ciencias no te ha dejado tiempo para la literatura? —inquirió Ibn Tifilwit. No

había ironía alguna en su tono.

—Disfruto con su lectura, señor. Y he apreciado la obra de nuestro poeta aquí presente. Incluso llevo en la memoria algunas de sus magníficas composiciones —replicó Ibn Bayyah, tendiendo con este elogio una mano de amigo al poeta.

Éste agachó levemente la cabeza, fingiendo agradecer el cumplido, aunque sus sentimientos eran los contrarios.

—¡Bien por ti! Los mundos de ficción dan placer al alma y nos hacen olvidar las penas —sentenció el monarca.

—Así es —añadió el visir—. Se han de componer bellas melodías que eleven el espíritu. Como dijo el profeta Muhammad, Dios es bello y ama a la belleza.

—Hemos de escucharle juntos en algún momento —sugirió el emir —. Su declamación es tan exquisita como su escritura.

—No lo dudo.

Al abandonar el aposento, Ibn Bayyah no dejaba de pensar en la vida de palacio y en los muchos odios a los que tendría que enfrentarse en los tiempos que se avecinaban.

***

Cuando quedaron solos, Anwar y Mayid abandonaron el Salón Dorado y pasearon por los jardines mientras aguardaban al físico.

—Dime, Anwar —pidió el joven—. ¿Cómo es mi maestro?

—¿Le has elegido y no lo sabes? —replicó el sirviente, sorprendido.

—No me he expresado bien. Conozco su saber, su ciencia. Es famoso por ella. He venido de muy lejos para aprender de él. Pero quiero entender al hombre… Sus palabras son claras, pero no dejan entrever su persona.

Anwar quedó pensativo.

—Supongo que tienes derecho a conocerle, si te has entregado en sus manos. Pero no hay mucho que yo pueda decirte.

—¿No tiene familia, seres queridos?

—Sus padres murieron tiempo ha y no tiene hermanos. Tampoco ha tomado mujer. Se diría que no quiere a nadie… o que quiere a muchos, pues todas sus lecturas, todos sus estudios y esfuerzos se dirigen al beneficio de los hombres. Busca remedio para sus problemas, elabora fármacos con hierbas para aliviarles de sus males, siempre piensa en los demás y se ha hecho famoso por su generosidad, pues cura a los pobres sin pedirles nada a cambio. Pero en cuanto a afectos concretos, ninguno tiene, que yo sepa. Y, sin embargo… —Anwar hizo una pausa.

—Di.

—Quizá haya alguien. Verás: todos los viernes, al atardecer, se ausenta. No me dice donde va. Regresa al salir el sol.

—Va a ver a una persona —dedujo el joven.

—Es obvio. Pero yo no he sabido a quién. Y mi lealtad me impide preguntarle. Si él no me lo confía, no seré yo quien le importune con mi curiosidad.

—¿Le amas, entonces?

—Me es muy querido, por más que quizá él no lo sepa. Llevo diez años a su lado. Tengo sesenta. Y estaré con él hasta el fin de mis días, para cuidarle y protegerle: me lo he prometido a mí mismo.

—Cuéntame.

Anwar dejó entrever una sonrisa amarga.

—Cuando entré a su servicio, quedó perplejo. Era natural. Yo aceptaba trabajar para él a cambio de un jornal muy reducido. Lo habría hecho de balde, de ser preciso.

—¿Por qué?

—Ahora lo sabrás. El caso es que creo que al principio sospechó de mis intenciones. ¿Un criado solicito que se ofrece con tanto interés y por tan poco dinero? Eso debió de hacerle sospechar. ¿Sería yo un espía enviado por un rival que quería arrebatarle alguno de sus secretos, de sus hierbas curativas? ¿O un ladrón que pretendía ganarse su confianza para robarle después? No supo entonces, ni sabe ahora, el motivo de mi lealtad.

—Te escucho.

Se sentaron en un banco de los jardines. Anwar prosiguió su relato.

—La historia es muy simple y no tiene misterio alguno. Salvó la vida de mi nieto, gravemente enfermo de fiebres. Todos los otros físicos le habían desahuciado. Vivíamos entonces en Qurtuba [Córdoba]. Mi hijo se arruinó intentando curar al pequeño. Hizo venir de otras ciudades a los mejores médicos. Gastó todos sus ahorros en costosos remedios que, al cabo, resultaron inútiles. Finalmente, los médicos abandonaron al niño a su suerte. Entonces mi hijo escribió a Ibn Bayyah, sobre cuyas habilidades como físico había oído grandes elogios. Al recibir la carta, no dudó. Un pequeño de cinco años cuyo mal nadie lograba diagnosticar. No había tiempo que perder. Sin pensarlo dos veces emprendió el camino. Una semana más tarde estaba junto al niño, cuyo estado había empeorado sensiblemente. Permaneció a su lado día y noche. No conocía la enfermedad que padecía, pero aun así no cejó, probando remedios sin cesar. Aquella batalla contra la muerte duró más de un mes, pero él no abandonó, cuando todos habíamos perdido ya la esperanza.

—Continúa —le instó Mayid.

—Sus esfuerzos continuos, sus remedios salvaron al niño. Cuando estuvo fuera de peligro, se despidió de él, le besó en la frente y emprendió el regreso a Saraqusta. No acepto ningún pago. Tan sólo se despidió y se marchó. No pensaba que nos hubiera hecho ningún favor: había cumplido simplemente su deber. Vio sufrir a un ser indefenso y consideró lo más natural hacer todo lo posible por mitigar aquel padecimiento.

—Sigue contando.

—Meses después le seguí los pasos. Me trasladé aquí, averigüé donde moraba, le observé y conocí sus costumbres. Vivía solo, dedicado por completo a la ciencia. Apenas comía y sus estudios no le dejaban tiempo para ocuparse de su persona. Decidí entonces servirle, hacer su vida más digna de ser vivida, como él había hecho la vida de mi hijo, que habría enloquecido de dolor si el pequeño hubiese muerto. Me presenté ante él y casi le rogué que me aceptara como criado.

—¿Y él?

Anwar se echó a reír.

—No me reconoció. ¿Lo puedes creer? No se había fijado en mí. No adivinó que yo era el abuelo del niño cuya vida acababa de salvar. Durante los días que convivimos en aquella casa, no tuvo tiempo de fijarse en el rostro de los que allí nos reuníamos en torno al lecho del pequeño moribundo. Sólo había tenido ojos para él, sólo en el niño sufriente había puesto su atención. Así es Ibn Bayyah.

Mayid no dijo nada. Aquella relación parecía haberle conmovido en extremo.

—Por ello, Ibn Bayyah, aunque lo ignora, tiene una vida más: la mía, porque la daré gustoso para defender la suya, si hiciera falta.

—Y con la mía, serán tres —añadió el discípulo.

Anwar no sabía entonces cuán poco valor tenía aquel juramento.

***

Ibn Tifilwit condujo al médico hasta la pequeña mezquita que ocupaba uno de los extremos de palacio. Un hombre delgado, con ojos intensos, se hallaba inclinado, rezando. Tendría unos cincuenta años y vestía una túnica blanca y un turbante negro, que le conferían un aspecto de extrema sobriedad. Al ver entrar al emir, no se levantó, sino que continuó absorto en su oración. Sólo después de unos minutos se levantó, dobló la alfombrilla sobre la que se había arrodillado y prestó su atención a los recién llegados.

—¡Que Allah sea contigo, señor! —saludó

Ibn Tifilwit se dirigió a su consejero.

—Te encuentras ante Salim al-Wadi, el venerable imán de la mezquita. Es un gran teólogo, con quien de seguro te complacerá conversar —anunció el emir. Dicho lo cual, se alejó, dejando solos a los dos hombres.

«He aquí otra oportunidad de conocer a mis enemigos», pensó el médico.

El imán pareció estudiarle durante unos instantes, con sus ojos fríos. Luego inició la conversación.

—He oído hablar de ti, Ibn Bayyah. Tú eres el visir que el poderoso Ibn Tifilwit acaba de nombrar para que le ayude en las tareas del gobierno. Es un cargo que conlleva una gran responsabilidad y un gran honor al mismo tiempo. Te doy mi parabién por tu nombramiento. Pero no te ensoberbezcas demasiado. Si no eres un simple vanidoso sabrás que los poderes terrenales son perecederos y que un visir no es más que un consejero. El emir cambiara de consejero en cuanto no le agraden tus consejos.

Ibn Bayyah quiso ignorar el tono despectivo con que el otro le hablaba.—Te agradezco el aviso, Al-Wadi —le respondió—. Pero, créeme, nada más lejos de mi pensamiento considerar que soy más importante hoy en palacio de lo que lo era ayer en mi modesto hogar.

—Dedicas tus días a las ciencias, he oído —prosiguió el imán, sin invitar a su interlocutor a que se sentara, lo cual era una palmaria falta de cortesía—. Te declaras seguidor de Al-Kirmani.

—Lo soy. Fue un gran matemático y pensador.

—No fue sino un despreciable chiíta que ensució nuestra sabiduría islámica con ideas griegas.

—¿Qué tienen de malo los griegos? —repuso Ibn Bayyah, aceptando el desafío—. Tus teólogos, cuando les ha convenido, no han tenido reparos en emplear el racionamiento griego para atacar a sus

enemigos ateos y cristianos. No creo que seas tan corto de miras como para no reconocer que los griegos tienen mucho que enseñarnos. La lógica de Arastu, en cuya traducción me ocupo, nos induce sin duda a pensar mejor, hace más fuerte nuestra mente.

Al-Wadi no quería discutir, sino solamente atacar. Era obvio que aquella diatriba la tenía pensada de antemano.

—Has alabado también en muchas ocasiones al sufí Ibn al-Arif, que desprecia y combate la ortodoxia.

—No participo por completo de las ideas del sufismo —repuso el médico—. Primero, porque nunca pertenecí ni perteneceré a hermandades ni a cadenas iniciáticas. Yo vivo mi propia vida y tengo mis propios pensamientos. Además, los sufíes han dado la espalda a la razón y al intelecto como elementos de liberación, por lo que no puedo compartir su postura. Pero es innegable que los sufíes son hombres libres, no sujetos a la servidumbre de las cosas, y eso debe valorarse.

—El hombre debe ser siervo, siervo de Dios—dogmatizó Al-Wadi, con la convicción del hombre que sabe que los demás se verán obligados a aceptar su criterio.

Ibn Bayyah, en esto, como en muchas otras cosas, tenía sus propias ideas.

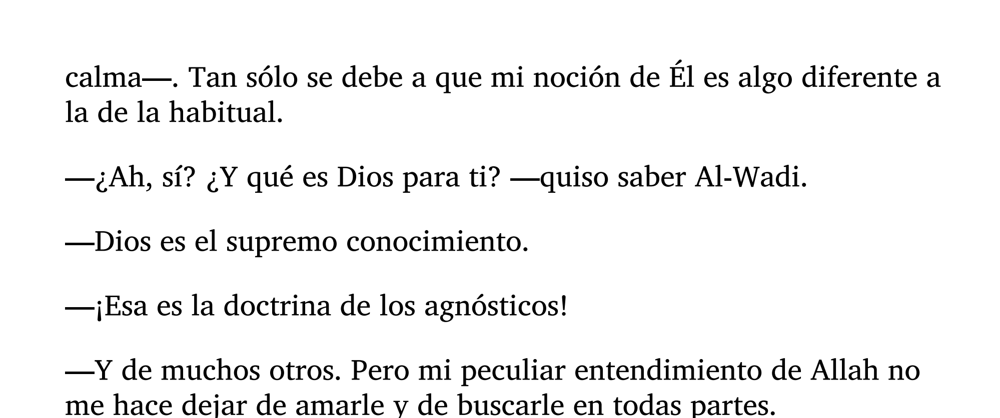
—Siento tener que mostrarme en desacuerdo —dijo—. El hombre que se libera de la servidumbre de las cosas no es un siervo de Dios, sino que es uno con el Creador; se convierte en partícipe de la creación de Allah. No es humano, sino divino, y todas las cosas están a su servicio.

—Lo que dices está en el límite de la blasfemia.

—No lo creo así. Tengo la firme convicción de que Allah entiende muy bien estas sutilezas y gusta de ellas más que de la fe ciega.

—No faltan quienes te acusan de ateo —le recordó el imán, prosiguiendo con sus ataques.

—Son gentes mal informadas —repuso Ibn Bayyah, sin perder la



calma—. Tan sólo se debe a que mi noción de Él es algo diferente a la de la habitual.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es Dios para ti? —quiso saber Al-Wadi.

—Dios es el supremo conocimiento.

—¡Esa es la doctrina de los agnósticos!

—Y de muchos otros. Pero mi peculiar entendimiento de Allah no me hace dejar de amarle y de buscarle en todas partes.

—¿También en las ciencias? Parecen ser una obsesión en ti.

—Lo son y no me avergüenzo de reconocerlo. Cultivo todas las ciencias a mi alcance, porque todas están ligadas a la consecución del fin último del hombre.

—¿Y ese fin?

—El conocimiento. El más digno objetivo del ser humano.

—¿Nada más? Las ciencias tienen su lugar en la vida del hombre, en efecto; pero, por lo que he escuchado, dedicas a ellas todas tus horas, sin que te reste tiempo alguno para la devoción.

—¿No crees que pueda haber otras formas distintas de devoción de las que conocéis y propugnáis vosotros los alfaquíes? La ciencia es intrínsecamente buena. Mejora al hombre y le hace conocer más con más penetración la obra de Allah. No sólo esto. Cuando vemos cómo funcionan las leyes de la naturaleza, esto nos produce asombro y alabanza al Creador. Por ello debemos investigar y aprender del hombre y de lo que le rodea.

—¿Aprender del hombre? —el tono del imán seguía siendo de indignación contenida.

—Ya lo dijo Sukrat [Sócrates]: «Conócete a ti mismo». Y yo añado: conócete a ti mismo y conocerás a tu Creador.

—¿Cómo ha de entenderse eso?

—Lo que yo defiendo es que el creador y la creación son una misma cosa.

—Eso que mantienes es impío. Podrías morir si lo proclamaras.

—Podría. Pero no dejaría de ser verdad.

En la vida de los hombres hay momentos cruciales, determinantes, y frases que nunca deberían pronunciarse. Aquella última afirmación de Ibn Bayyah determinó su destino.

CAPÍTULO III

Aquel viernes, como tantos otros, Ibn Bayyah se dirigió al anochecer a casa de su amiga. Era alguien de quien no podía hablar con nadie, una medida pensada para mantenerla a salvo de la crueldad de las gentes.

En un estrecho adarve, un callejón sin salida, una puerta de madera oscura con diseños geométricos tallados daba paso a un zaguán adornado con flores y a una pequeña fuente.

Nada en el exterior hacía sospechar el lujo de aquella morada, donde alfombras y candelabros ornaban todas las habitaciones. Las paredes se hallaban decoradas con frisos de diseños geométricos. Los techos, adornados con formas de estuco, contribuían a la sensación de esplendor, así como las ventanas de cristales policromados. El de Aisha era en verdad un bello hogar.

Aisha era una cortesana.

En un mundo donde la mujer se consideraba no más que una posesión, donde no era infrecuente poseer esclavas traídas de todos los rincones del mundo, en el que el nacimiento de una hija no se celebraba sino que se consideraba poco menos que una desgracia, la bella Aisha se encontraba entre aquellos a quién peor se miraba. Su consideración social era nula.

Desempeñaba a escondidas su oficio de cortesana, pues la pena establecida para su actividad era la lapidación. Esto sólo tenía lugar cuando se hablaba de ello abiertamente, algo que sucedía raras veces. Era cierto que el islam prohibía terminantemente la

prostitución, pero eran muchos los jóvenes adinerados que buscaban la compañía femenina, sus caricias y sus canciones, pues una buena cortesana no tenía solamente que dominar las artes amatorias, sino que debía asimismo poder cantar, recitar versos y mantener una conversación sensata y culta sobre los asuntos del mundo. El refinamiento era un aliciente más, no menos importante que la belleza. Y Aisha era inteligente.

Esto fue lo que impulsó a Ibn Bayyah a buscarla una segunda vez. La primera había sido sólo el apetito natural de un hombre lo que le había llevado hasta aquel callejón, desconocido para casi todos. Aunque parezca increíble, en aquel primer encuentro, no llegaron a tocarse.

Una simpatía inmediata les había unido desde un principio. Ella le preguntó algo sobre su vida y él habló durante horas. A los pocos días, regresó. Su conversación fue más larga y, tras ella, unieron sus cuerpos en un sensual abrazo.

Se estableció así una costumbre, demasiado intensa y apasionante como para considerarla rutina. Por lo general, pasaban juntos toda la noche. No siempre cedía Ibn Bayyah a sus naturales impulsos, aunque el delgado cuerpo de la cortesana era una tentación constante, pero era más fuerte en él su deseo de comunicarle sus avances en su trabajo, por los que Aisha mostraba verdadero interés. Sus charlas versaban sobre todos los asuntos en que se pudiera pensar. Lo prohibido de la situación, la ruptura de las normas sociales que suponía la visita a una hetaira, despojaba a sus encuentros de todo tipo de restricciones sobre lo que entre ellos se hablaba. Ibn Bayyah podía exponer en voz alta sus críticas a los gobernantes o sus dudas sobre lo divino, sabiendo que era el único lugar donde podía expresarse con tal libertad. Aisha se fue para él como un segundo yo con el que confrontar ideas y al que confesar sus inquietudes, sus miedos y sus más ocultos deseos.

La cortesana, por su parte, quedó desde el principio impresionada en gran medida por aquel hombre directo, sencillo y genial, que estaba dedicado de lleno a sus ciencias y sus investigaciones, que había hecho del servicio a los demás el objetivo de su vida. Acostumbrada por su oficio a conocer a los varones, a las pocas horas de charla con Ibn Bayyah había percibido distintamente la

belleza interior del médico, su hombría de bien, sus ocultas virtudes. Se ha dicho que los hombres mantienen siempre algo de dignidad cuando sufren, pero que muestran sus peores rasgos cuando disfrutan. Ibn Bayyah no perdía nunca su elegancia interior, ni con su comportamiento ni con sus palabras. Su actitud galante contrastaba en gran manera con los otros hombres a los que Aisha conocía.

Sola, en un mundo hostil, en peligro por su profesión y maltratada por su sexo, la cortesana comenzó a pensar con más y más frecuencia en aquel individuo, el único que la trataba con respeto, que le hablaba de igual a igual, que compartía con ella sus pensamientos y sus esperanzas y que le demostraba la mayor de las delicadezas cuando sus cuerpos se encontraban.

Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, Aisha se dio cuenta, para su sorpresa, de que pensaba continuamente en Ibn Bayyah, de que aguardaba con impaciencia el momento en que solía visitarla, de que amaba a aquel hombre bueno.

Ibn Bayyah acudía todos los viernes a su lado. Sentados cómodamente en suntuosos almohadones de brocado, hablaban, bebían y jugaban al ajedrez. Eventualmente se amaban, aunque no siempre. Cuando lo hacían, la ternura y las caricias les ocupaban mucho más tiempo que la cruda pasión. Él parecía disfrutar en extremo de la compañía de la mujer. Y, lo que era más curioso, no despreciaba su oficio, lo que sorprendió a Aisha sobremanera.

En cierta ocasión, hablaron de todo ello sin tapujos, como hacían siempre.

—Vienes a mi lado, yaces conmigo como con una esposa; me abrazas y me hablas con afecto, Ibn Bayyah. No estoy en absoluto acostumbrada a ello —le había dicho la cortesana.

La voz del hombre era suave.

—Es una fiesta para mí estar a tu lado —había respondido él, acariciándola. Se hallaban los dos desnudos, en un lecho de sábanas de seda rojas como el fuego—. Tu conversación y tu compañía valen de sobra lo que con modestia te ofrezco.

Ella había callado ante esta afirmación. No le dijo que no había hecho uso del dinero que él le entregaba en cada visita, sino que lo iba guardando en un cofre escondido, conociendo la precariedad en la que el médico vivía y suponiendo que en algún momento podría necesitarlo más que ella. No obstante, no se había atrevido a ofrecerle su compañía sin pago, pues eso habría dado un sesgo distinto a su relación. El temor le impidió dar este paso.

—No es por mis palabras por lo que los hombres vienen a escondidas a visitarme —había dicho Aisha, no sin melancolía en la voz.

—No te resientas de ello —le había contestado él—. El hombre busca lo que no posee. Yo no tengo familia y mi trabajo me impide encontrar amigos en el ocio. Tú eres tremendamente hermosa a mis ojos y te deseo intensamente, lo sabes. No se puede mentir en esto a una mujer. Pero veo en ti cualidades que otros, obviamente, no perciben.

—¿Encuentras en mí más que una cortesana indigna, que debe permanecer escondida para evitar la venganza de los puritanos?

—Hallo en ti a una mujer; más que a una mujer. Veo a una persona cuya compañía vale para mí más que la del resto de mis conciudadanos. Sólo contigo puedo hablar como hablo y eso, te lo aseguro, no tiene precio. En cuanto a lo que la sociedad piense, es algo que no me preocupa. El problema es suyo.

—Y mío, si incumplo sus leyes.

—Y tuyo, sí, por lo que habrás de soportar el desprecio de los que no lo entienden. Pero yo —había continuado el médico—, muy a pesar mío, no puedo pensar como el resto de los hombres. ¡Ojalá pudiera, pues me evitaría muchos sinsabores! Como fuere, considero tu profesión como imprescindible.

Ella se había ruborizado al escuchar esto.

—Es sólo la hipocresía del mundo el que condena a las que son como tú. Las maldicen por el día, pero luego las buscan por la noche y agradecen que existan. ¿Dónde encontrarían amor y

ternura los jóvenes, los viudos, los hombres sin esposa? ¿No tienen derecho ellos a gozar de la pasión, como los demás hombres? Muchos critican tu labor, pero no tienen reparo en tener las esclavas que se pueden permitir y poseerlas contra su voluntad, cual si fueran objetos. Con una cortesana se llega a un acuerdo civilizado, satisfactorio para ambas partes.

—Pero es un amor que se da a cambio de un pago convenido de antemano. Es como vender una mercancía.

—Pero no hay nada indigno en ello. Todos vendemos lo que poseemos. Tú, con tus caricias, vendes gratificación de los sentidos y pasión a quienes los necesitan. Yo vendo vida, pues también cobro a mis enfermos por sanarles y evitarles la muerte. Sin embargo, nadie me denigra por que obtenga dinero vendiendo mis conocimientos. Y si se puede comprar la salud, ¿por qué no el amor?

—Por eso me respetas, porque no me tienes por indigna; pero supongo que no ignoras que eres el único.

—Confío en que no lo seré siempre, porque los hombres aprenderán sensatez algún día y considerarán que ninguna actividad que no cause daño a nadie pueda ser mala de por sí. Aunque siempre habrá gentes con prejuicios, me temo.

Ambos habían permanecido en silencio durante un tiempo.

Tras aquella conversación, algo había cambiado en el interior de Aisha. Las visitas de Ibn Bayyah alegraban sus días y la compensaban del aislamiento en el que se veía obligada a vivir.

Aquella noche no iba a ser una noche más: ella lo supo desde que vio entrar al médico. Conocía su nombramiento y temía que su nuevo puesto en la corte le hiciera cambiar y le apartara de ella. Durante todo el día estuvo temiendo que él no apareciera a la hora acostumbrada. Cuando Rahman, el fiel criado que la servía y protegía, le anunció por fin la llegada del nuevo visir, sintió un gran alivio que le hizo percatarse de la angustia que había sufrido.

—¡Allah sea contigo, Aisha! Tengo dos preguntas que hacerte —

anunció Ibn Bayyah, entrando en la sala.

Ella le recibió con todo el ceremonial con que se honra a los grandes señores. Le saludo, inclinándose ante él; le hizo sentar y, descalzándole, lavó sus pies con agua perfumada.

—Soy sólo yo, Aisha —le advirtió él, divertido por aquella conducta —. No te encuentras en presencia de ningún príncipe.

—Casi lo eres ahora.

—No, en absoluto. Tengo un trabajo que añadir a mis estudios y al cuidado de mis enfermos, pero nada más.

—Temí que ya no vinieras —le confesó ella.

—No me conoces, entonces —replicó él, con ternura en la voz — ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Creíste que el dudoso honor de ser el criado de un poderoso me haría cambiar lo que soy y lo que pienso?

Aisha se arrodilló a sus pies y le cogió la mano.

—Tienes razón. No he debido dudar de ti. Perdóname.

—¿Supones que porque el emir quiera aprovecharse de mis habilidades soy hoy más importante de lo que lo era ayer?

—Muchos así lo creerían.

—Sí —admitió Ibn Bayyah—: la vanidad de los hombres no conoce límites y de seguro cualquier persona que se viera nombrado para un alto cargo se vanagloriaría de ello, ofendiendo quizá de este modo a sus seres queridos. Pero hay muchos necios a los que se les otorga el nombre de sabios y muchos inútiles que ostentan torpemente los puestos de poder. El mundo se encuentra muy mal distribuido. Pero yo soy el que he sido siempre: no he mejorado en nada durante la última semana. Si en lugar de ofrecerme una responsabilidad en el gobierno de la taifa, alguien me hubiera acusado injustamente de cualquier crimen odioso, hoy sería un proscrito o un reo de la justicia. Podrían ahorcarme en la plaza o cortarme la cabeza por el crimen del que se me acusara, pero yo no

sería peor persona por ello. La rueda de la fortuna no deja de dar vueltas y no hay que hacerle excesivo caso.

—¿Qué pregunta tenías para mí? ¿Qué te preocupa? —preguntó la mujer.

—Quiero evitar muertes, Aisha.

—Habla.

—Ibn Tifilwit está ofendido. El hudí, Abd Al-Malik, ha atacado unos cuantos de nuestros poblados y nos ha robado unas cuantas ovejas. Lo ha hecho únicamente para hacernos saber que está ahí, que no se resigna al destierro.

—¿Y bien?

—El emir está decidido a enviar una expedición de castigo.

—¿A Rota?

—A Rota. Si no consigo evitarlo, habrá muchas víctimas inocentes entre sus gentes y las nuestras. Esto es del todo innecesario, pero a nuestro señor no le basta con que sus enemigos estén vencidos y humillados: los quiere muertos. Eso no debe pasar, ¿comprendes? Y ahora todo el asunto es responsabilidad mía. ¿Qué sentido tiene que luche y me esfuerce durante meses para salvar una vida con mis conocimientos médicos y condene a la muerte a decenas, a cientos quizá, en unos segundos, con tan sólo una firma en un decreto? Lo que me pide el emir es imposible.

—Debes evitarlo a toda costa —le aconsejó Aisha.

—Así lo creo. He intentado posponer el momento. He enviado un mensaje a Abd Al-Malik, intentando apaciguarle; pero no servirá de nada, pues el odio le consume y nunca podrá olvidar cómo perdió su reino. No se avendrá a razones. A lo sumo, habré dilatado unas semanas lo inevitable.

Ibn Bayyah hizo una pausa y añadió:

—Llevo tan sólo tres días en el cargo y ya he fracasado. Antes de

mejorar la vida de uno solo de los habitantes de la taifa, ¿habré de ser la causa de la muerte de tantos hombres? Sólo con pensarlo siento asco de mi propia impotencia. Debería declinar este supuesto honor que me han obligado a aceptar y dejar mi visirato.

—Si te niegas a resolver este asunto, otro lo hará, Ibn Bayyah. Además, piensa que Ibn Tifilwit no te lo perdonará jamás, pues renunciar a tu cargo sería una ofensa para quien te lo ha ofrecido.

—Estás en lo cierto. ¿Pero qué puedo hacer?

—¿Debo decírtelo yo, una simple mujer?

—Esa simple mujer —especificó Ibn Bayyah, mirándola intensamente a los ojos— ha resultado ser el hombre más inteligente que conozco. En otras ocasiones tu consejo ha sido sabio y prudente. Lo necesito también ahora.

La cortesana pensó durante unos instantes. Le pareció irónico que la política de la taifa dependiera de ella, a quien casi no se le permitía caminar por las calles sin verse expuesta a cualquier afrenta o incluso a perder la libertad. Tras unos segundos, respondió a la petición de Ibn Bayyah.

—La solución es que hagas lo que mejor haces.

—¿Lo que mejor sé hacer? ¿Curar heridas? —preguntó el visir, sonriendo.

—No, Ibn Bayyah. Tu especialidad es otra: lo que mejor saber hacer es decir la verdad en toda ocasión y contra toda opinión. Emplea esa fuerza tuya con Abd Al-Malik. Viaja a Rota. Ve a verle en persona. Yérguete ante él y háblale con franqueza. Consigue que entienda que los almorávides son más fuertes que los Bahu Hud y poseen un ejército más poderoso, que nada logrará con sus revueltas y sus hostigamientos. Insiste en que nada tiene que temer de Ibn Tifilwit si permanece en sus territorios. Convéncele de que sus gentes quieren vivir en paz, que nada conseguirá de otra forma. Hazle ver que el deber principal de un gobernante no es hacerse con más tierras de las que ya tiene, sino conseguir que las gentes que viven en ellas no tengan que morir por una causa dudosa. Una

ciudad, la más bella, la más esplendorosa que pueda existir, no vale lo que vida de un hombre. Esto no se puede escribir en una carta: es una verdad que hay que transmitir mirando a los ojos. Ve a Rota.

—¿Un visir que fuera su propio mensajero?

—¿Qué mejor mensajero que uno mismo? —añadió Aisha—. ¿No acabas de decirme que sigues siendo tú, que no eres distinto de cuando no eres visir? Sé, pues, consecuente con tus palabras.

Ibn Bayyah tomó la mano de Aisha y la besó con delicadeza.

—Como siempre, tus palabras son sabias y certeras. Te doy las gracias por ellas.

—Creo recordar que tenías algo más que consultarme —indicó la joven.

—Después.

***

Se amaron apasionadamente durante una hora. En el lecho perfumado, entre gasas y seda, sus cuerpos se unieron voluptuosamente. Mientras se abrazaban, no dejaban de reír y de hablar. Aquél era un acto de pura alegría.

Aisha era delicada y de piel suave. Conocía las artes del amor. Sabía dónde y cuándo besar, cómo morder con dulzura en los hombros y el cuello del amado, cuándo mostrarse más apasionada y cuándo abrazar con más delicadeza. El coito era en ella una pequeña obra de arte, estudiada, planeada y ejecutada con maestría.

Bebieron luego el jugo de varias naranjas. Aisha había recostado la cabeza sobre el pecho de Ibn Bayyah y ambos gozaban de su mutua compañía sin articular palabra.

De pronto, ella rompió el silencio.

—¿Y la segunda pregunta?

La respuesta no se hizo esperar. Ibn Bayyah había meditado mucho las palabras que se disponía a pronunciar.

—Aisha: durante un tiempo seré el favorito del emir, que es generoso y de seguro me recompensará con largueza por mi consejo. Pero incluso después, siempre tendré mi ciencia para mantenerme. Nada te faltaría. ¿Consentirías en ser mi esposa?

Transcurridos unos momentos tras aquella petición, la joven rompió a llorar con amargura, sin poder evitarlo. Se levantó con rapidez y tomó un velo, con el que cubrió parcialmente su desnudez. Se alejó hasta el extremo del aposento, donde permaneció de espaldas, con la cabeza apoyada contra la pared.

Pasaron muchos minutos sin que ninguno de los dos hablara.

Por fin, Aisha se volvió al médico, secó sus lágrimas y le habló con serenidad. En sus ojos ya no había lágrimas.

—Sé que hablas con sinceridad, Ibn Bayyah, porque te conozco y sé que nunca lo haces de otra manera y que no hay fingimiento en ti. Sé también que no es la mera compasión lo que te mueve. No lo haces por sacarme de esta vida de oprobio.

—No, en efecto —admitió él—. No hago esto por ti, sino por mí, por la más egoísta de las razones. Amo tu alma y tu cuerpo, tu mente y tu corazón. Los quiero para mí.

—Las gentes no lo aceptarán. Se enterarán de quién soy y se opondrán.

—Las gentes aceptan hasta matar y morir sin hacer nada por impedirlo. Nada me importa de ellas ni del mundo entero. Esto es sólo un asunto entre tú y yo.

—Ahora eres una autoridad en la ciudad. Te denigrarán —argumentó ella.

—Lo harán personas a quien no respeto y cuya opinión me es indiferente.

—Ibn Tifilwit te lo prohibirá.

—Ibn Tifilwit sólo manda en Saraqusta. Afortunadamente, Allah hizo el mundo mucho más grande.

Aisha quedó callada durante un tiempo, erguida ante Ibn Bayyah y sin dejar de contemplarle. Por un tiempo, se complugo con la idea de ser la esposa de aquel hombre recto. Pero fue sólo una debilidad pasajera.

«No deshonraré al ser a quien más respeto», pensó para sí. Fue una decisión desgarradora.

El visir aguardaba la respuesta, aunque por la expresión de la mujer ya anticipaba cuál iba a ser.

—No, Ibn Bayyah —anunció Aisha, por fin, con la cabeza muy erguida—. Reconozco que estoy en deuda contigo por lo que me has pedido. Te bendigo por haberlo hecho. Mi respuesta es no.

Él entendió las razones que no se habían expresado con palabras. Pero sabía también que no era el momento de insistir.

—El viernes próximo volveremos a hablar de esto —constató simplemente.

Mientras le miraba marchar, Aisha consideró su situación, reflexionando sobre cómo debía actuar. Ya casi amanecía. Paseó, inquieta, por sus aposentos durante largo rato. Al cabo, llamó a su criado.

—¿Qué se te ofrece, mi señora? —inquirió Rahman.

Las instrucciones de Aisha fueron precisas y tajantes.

—Cerrarás la puerta principal. La clavarás desde dentro. Usaras tan sólo la puerta pequeña del patio. En adelante no recibiré a ningún hombre, a nadie. Si alguien me busca e insiste en verme, dirás que estoy enferma. Después de unos días, anunciarás a todo el que venga que he partido para un largo viaje. Yo permaneceré en mis aposentos, pero nadie deberá saber que sigo morando aquí.

—¿Dejarás así a tus visitantes, señora?

—Tendrán que conformarse.

—¿Y de qué vivirás? —se preocupó el sirviente.

—Viviré de lo que tengo hasta que se acabe. Después… Ya pensaré qué sucederá después. Tú puedes seguir conmigo o dejarme y buscar otro acomodo mejor: lo entenderé.

—Nunca te abandonaré, mi señora.

—Entonces, si tanto me aprecias, haz como te digo.

Y añadió:

—Mi puerta estará solamente abierta para el médico, si es que desea visitarme.

—Como mandes.

—Ahora, retírate.

Cuando estuvo sola, Aisha sonrió.

«No ha habido ritos, ni los habrá», se dijo, «pero le acepto en mi corazón. Soy desde este instante la esposa de Ibn Bayyah, el mejor de los hombres». Y, tras unos instantes, pensó: «Aunque él nunca debe llegar a saberlo».

CAPÍTULO IV

Al siguiente viernes Ibn Bayyah no pudo repetir su pregunta, pues se hallaba viajando, camino de Rota.

La misiva de Abd Al-Malik no se había demorado. Cuando llegó a manos del visir, éste la leyó con pesar y sopesó de posibilidad de ocultársela a Ibn Tifilwit para evitar su ira; pero no era posible: el emisario aguardaba una respuesta del propio emir.

El mensaje del depuesto rey resultaba insultante. Amenazaba con hacer causa con los cristianos y emplear sus buenas relaciones con ellos para perjuicio de Saraqusta. Indicaba que sus incursiones en territorio de la taifa continuarían.

Ibn Tifilwit no pudo contener su indignación.

—¡Tal osadía! ¡Juro que habrá de pagar por estas palabras! ¡Visir! —gritó—, ¿qué castigo merece quien ofende al emir de Saraqusta? ¿No es acreedor de una muerte lenta y dolorosa?

—No hay palabras que merezcan un castigo como la muerte, señor, por muy irrespetuosas que sean. Muchas veces se dicen o se escriben cosas sin pensar en sus consecuencias. Nada puede ofenderte si tú mismo no te das por ofendido.

—¿No eras tú el que elogiaba tanto el poder de las palabras?

—Me refería al poder de las palabras para hacer el bien. Si todos tus súbditos dieran en insultarte y tú llegaras a saberlo, ¿harías pasar a todos a cuchillo?

Ibn Tifilwit quedó pensativo.

—No es con violencia como resolveremos esta situación —añadió el visir—. Tendremos, primero, que convencer a Abd Al-Malik de que debe respetarte a ti y a tus súbditos.

—Hasta ahora de nada han valido tus argumentos para hacerle entrar en razón.

—Habrá que insistir en ellos. Si las victorias se consiguieran al primer intento y de la manera más fácil, señor, cualquier necio podría gobernar.

Ibn Tifilwit se quedó mirando a su consejero.

—Por tu bien espero en que no haya ironía alguna en lo que dices. Pero sabes que he confiado en ti y seguiré haciéndolo durante un tiempo. ¿Qué te propones hacer?

—Iré yo mismo a Rota. Será un gesto de paz. Convenceré al hudí de que nada debe temer de nosotros.

—¿Harás eso?

—Tendré que hacerlo, por la tranquilidad del reino, ¿no lo crees así,

señor?

—Será como una claudicación de mi parte.

—Hablar no supone una cobardía. Será una maniobra de buena política. Si no lograra el éxito en mi misión, siempre estarías a tiempo de mandar a tus soldados, como pensaste en un principio. Pero sigo pensando que es mejor desperdiciar palabras que sangre de tu gente.

Ibn Tifilwit se apaciguó un tanto y consideró el plan que se le proponía.

—Bien —concedió, tras meditarlo un tiempo—. He de reconocer que sabes qué alegar para convencerme. O quizá debería decir que sabes cómo manejarme a tu antojo. Pero no quiero que puedas reprocharme que puse trabas a tus iniciativas o a tu estrategia. Haz como propones. Habrás de llevar contigo, no obstante, un importante contingente de soldados como escolta. Abd Al-Malik debe conocer mi poder.

—Mi estrategia no consiste en asustarle, señor, sino precisamente en lo contrario —protestó Ibn Bayyah.

—Mi visir me representa y no puede desplazarse sin su guardia. He sabido que has dado orden a los soldados que tienen orden de acompañarte de que te dejen solo.

—Yo no necesito escolta para andar por Saraqusta, señor. Es mi ciudad. Nací en ella, todos me conocen y nada temo de mis conciudadanos.

—Sé que has visitado cierta casa en un escondido callejón —le informó el emir, cambiando caprichosamente el tema de la conversación.

La expresión de Ibn Bayyah cambió de repente.

—¿Haces que me espíen, señor?

—No me es preciso. Soy el emir. Mis gentes me informan sin que yo tenga que pedírselo. Sé a dónde vas ciertas noches. Sé con quién te

ves y a quién visitas. No puedo decir que lo apruebe por completo, pero conozco el mundo y a los hombres, por lo que nada objetaré.

—Siendo así, te pido que no hablemos más del asunto, pues se trata de mi vida privada y a nadie importa, aparte de mí.

—Tan orgulloso como siempre —rio el emir—. No sufras, Ibn Bayyah: tu secreto está a salvo conmigo.

—Dentro de poco no será un secreto —anticipó el médico.

—Resuelve el asunto del hudí. Es todo lo que me importa ahora.

***

—¡Alto, en nombre de mi señor, Abd Al-Malik Imad ad-Dawla!

El que había hablado era capitán de los soldados de los Banu Hud. Serían unos sesenta, a caballo. Rodearon a Ibn Bayyah, que acompañado por tan sólo una docena de guardias se aproximaba a Rota. Desde Saraqusta no se tardaba más de un día a caballo. Ya estaba anocheciendo.

—Es a él a quien vengo a ver —explicó el visir—. ¿Sabes quién soy?

—Lo sé —respondió el capitán.

—Llévame a su presencia.

—Lo haré, pero sin tu guardia. Mi señor sabe de tu venida y te recibirá, pero a ti solo.

Ibn Bayyah consideró la situación.

—Tendré que confiar en Abd Al-Malik —accedió—. Siempre oí hablar muy elogiosamente de la hospitalidad proverbial de los Banu Hud. Dicen que para ellos un invitado es como un enviado de Allah, que darían su fortuna para agasajarle y su vida para protegerle.

—No te creas todo lo que escuches —fue la seca respuesta del militar.

La guardia saraqustí acampó en la ladera de la colina, a las afueras de la ciudad. El contingente de soldados hudíes escoltó a Ibn Bayyah por el empinado camino que subía hasta el castillo.

La fortaleza de Rota era impresionante por el lugar en el que estaba emplazada, pese a no ser de grandes dimensiones. Desde la altura dominaba una gran extensión de terreno. Quien deseara conquistarla tendría ante sí una difícil empresa.

Pronto el incitador y el apaciguador, la ambición y la sensatez se hallaron frente a frente.

Abd Al-Malik contempló largamente a aquel extraño adversario, que hablaba un lenguaje que le resultaba difícil de entender.

—¿Qué me dirás de palabra que no me hayas trasmitido ya en tu carta, visir? —preguntó el depuesto rey.

—Podría repetirte lo que ya te dije o reiterarte mi postura de otra manera o con otros ejemplos. Pero por lo que he venido ha sido para conocerte y para que me conozcas. Has de saber que soy sincero y que en mi ofrecimiento de paz no había ninguna trampa ni engaño.

—¡Tu ofrecimiento de paz! —repitió Abd Al-Malik con desprecio—. ¿De qué me vale? Además, ¿me consideras un cobarde?

—Porque no te considero como tal es por lo que he acudido a ti. En realidad, hace falta mucho valor para aceptar el propio destino.

—¿Y cuál es el mío, a tu entender?

—Creo que fuiste un buen monarca y que estás destinado a seguir siéndolo, aunque los territorios sobre los que gobiernes se hayan visto mermados.

—¡Fui expulsado de mi reino! —protestó Al-Malik

—Eso son avatares de la política y de la guerra, pero yo no soy un militar y no es de eso de lo que quería hablarte.

—Explícate.

—No se es rey sobre unas tierras, señor. Se es rey sobre un pueblo; y el deber principal de un regente es el bienestar de sus súbditos. Y hoy no tienen tus gentes nada que ganar con tus ataques a Saraqusta.

—¿No es lógico y de justicia que yo intente recobrar lo que perdí? —preguntó el hudí, sin poder ocultar su rencor.

—Nunca es lógico pretender aquello que está fuera de nuestro alcance. Escúchame y piensa si te engaño. No podrás vencer al emir: tu ejército es muy inferior al suyo y no tienes los suficientes recursos. Puedes hacernos algo de daño, lo reconozco; pero si Ibn Tifilwit emprende una campaña contra ti, te vencerá de seguro y tu pueblo será la víctima. Muchos de los tuyos morirán innecesariamente y tú serás el único responsable.

—Tengo otros recursos —insinuó con misterio Abd Al-Malik.

—El apoyo de Alfonso Ibn Radmir [hijo de Sancho Ramírez], lo sé. Eso no resolverá tu problema. Los cristianos pueden emplearte en contra nuestra, ¿quién lo duda?, pero tarde o temprano se volverán contra ti, pues su objetivo no es sólo recuperar tierras perdidas, sino vencer por completo a nuestra religión. No podrás confiar en ellos más que durante un tiempo.

El caudillo quedó pensativo.

—Reflexiona sobre lo que te digo —continuó Ibn Bayyah—. Mi señor, Ibn Tifilwit, no planea maniobra alguna contra ti. Deja que las cosas continúen como están. Olvida que gobernaste en Saraqusta y sé ahora un buen regente para tus gentes y para los territorios bajo tu mando. No rompas la paz en la que vives, pues es algo que no tiene precio.

—¿Ése es el mensaje de Ibn Tifilwit?

—No, es el mío. Y no te puedo asegurar que la confianza que el emir tiene en mí dure mucho. Me ha sido difícil evitar que enviase sus tropas contra los tuyos o que pagase el puñal de un asesino para librarse de ti. Como ves, te hablo con franqueza

—Si yo depusiese mi hostilidad, si cesase en mis ataques, ¿me garantizarías que nada tendría que temer en lo sucesivo de Ibn Tifilwit?

—Es una pregunta difícil. ¿Hasta qué punto puede un hombre responder de la conducta de otro? Pero creo que el emir es hombre de palabra. Por mi parte, sólo puedo ofrecerte mi persona como garantía.

—Querría tener un compromiso escrito.

—No regresaré a Saraqusta hasta que lo tengas en tus manos. Si eso te tranquiliza, hasta que tal compromiso llegue, seré tu rehén.

—Mi respetado huésped —corrigió Abd Al-Malik—. Lo que has oído sobre la hospitalidad de los Banu Hud es totalmente cierto.

***

Ibn Bayyah permaneció en Rota durante cinco semanas. La respuesta de Ibn Tifilwit a la propuesta del hudí se hizo esperar un tiempo. Se había hablado de un compromiso de respeto y no agresión, de una delimitación más clara de los territorios, de una forma pactada de resolver las disputas fronterizas. Ambos gobernantes deberían comprometerse a mantener la paz.

El emir no quiso acceder en un principio, pues aquello le parecía un signo de debilidad. El visir escribía casi a diario a su señor, instándole a acceder, repitiéndole las razones por las que el entendimiento beneficiaba a ambas ciudades. Pero la ambición de poder de los grandes es complicada de apaciguar. Otorgar cualquier concesión se les hace harto difícil.

Ibn Bayyah hubo de desplegar todas sus artes de diplomático y todos los recursos de su lógica para convencer a un ser humano que evitara las muertes de muchos, lo que habría sucedido si se hubiese producido el enfrentamiento. Aquello le entristeció. ¿Era tan difícil entender los argumentos de la concordia? Lo que para él era algo obvio resultaba extraño en aquellos tiempos en los que la violencia era una forma de vida. Los políticos eran depredadores, seres que

no superaban el estadio inferior del desarrollo. E Ibn Tifilwit no era de los peores: albergaba buenos sentimientos en determinadas ocasiones, amaba y apreciaba las artes: no era un salvaje. Aun así, ¡qué fácil resultaba de romper la débil barrera entre la paz y la guerra!

Por fin, un mensajero trajo la deseada firma con el sello del emir en el documento del acuerdo de paz. Ibn Tifilwit había abandonado su proyecto de una expedición de castigo. Las ofensas anteriores quedaban perdonadas y ambas partes se comprometían a dejar vivir a la otra.

***

Aquella noche, Abd Al-Malik e Ibn Bayyah hablaron por última vez.

—Es duro ser y dejar de ser —le confesó el hudí—. Fui despojado de mi reino y de mi poder. Hube de renunciar a los derechos de mis antepasados. Espero que lo entiendas.

—Renunciar siempre es difícil, señor. Pero piensa en que ese poder que te arrebataron no significa gran cosa en definitiva. ¿Cuántos reyes han muerto en batallas, han sido asesinados u obligados a abdicar, como tú? Otros gobiernan hasta que mueren, pero su existencia es una continua angustia. Sufren traiciones, han de librar interminables guerras, sofocar rebeliones. Y su labor nunca se ve acabada ni coronada por el éxito. La política no es un fin en sí misma, sino tan sólo un camino para cambiar el mundo. Pero el mundo no parece mejorar o, en algún caso, lo hace muy despacio. De ello se deduce que los gobernantes no aciertan, no cumplen bien su cometido.

—Hablas como un *falasafiya* , un filósofo —advirtió Abd Al-Malik —. Descrees de la política y, sin embargo, te dedicas a ella.

—No por gusto, sino por mandato, te lo aseguro. La labor de un monarca es ardua, pues no puedes guiar a tus gentes mediante órdenes o coacciones, sino sólo a través del ejemplo. Las leyes muchas veces acaban oprimiendo al pueblo. Nos encontramos así con la paradoja de que sólo un disidente puede guiar a sus

contemporáneos. Y lo correcto únicamente se consigue desvinculándonos de aquello sobre lo que actuamos. Sólo el desapego lleva a la perfección. Mientras pensemos en nosotros y en nuestro propio beneficio, no podremos lograr nada provechoso.

—Son palabras sabias las tuyas. Ibn Tifilwit tiene suerte de tenerte como consejero.

—Pero yo no tengo la misma suerte teniéndole a él como señor, pues no es ése mi deseo.

—¿Cuál es tu propósito en la vida, Ibn Bayyah, dime? De seguro que no anhelas ser siempre lo que eres.

El visir sonrió ante aquella pregunta. Pero aquellos días de espera habían acercado a ambos hombres, entre los que había surgido una confianza basada en el respeto.

—No. No deseo seguir durante mucho tiempo jugando con este pequeño trocito de poder que se me ha concedido. Mi objetivo es otro.

—Habla.

—Quiero ser un solitario, lejos del mundo de lo cotidiano. Quiero vivir mi vida en privado. Tener una familia. Dedicarme a la ciencia. Aspiro a ser un sabio contemplativo, feliz en mis gozos de sabiduría. Eso es lo que siempre he deseado.

Y añadió, sonriendo con melancolía:

—Hasta ahora no lo he logrado.

—Pero tu intervención en este asunto ha beneficiado a muchos, ¿no es cierto? Tú mismo así lo has asegurado.

—En efecto. Quizá el ejercicio del poder, al fin y al cabo, tenga también sus ventajas.

***

Al día siguiente, Ibn Bayyah emprendió el regreso, llevando consigo algunos obsequios que Abd Al-Malik enviaba al emir, como gesto de amistad.

«He logrado el objetivo que me propuse», pensó, con satisfacción. «He salvado vidas».

Al llegar a la ciudad, se dirigió sin perder tiempo al Qasar-e-Surur. Encontró a Ibn Tifilwit escuchando los versos de Al-Yannan y en su compañía.

—La paz está asegurada, señor —le anunció nada más llegar a su presencia—. Ahora podemos dedicarnos a Saraqusta.

CAPÍTULO V

—¿Que escribes, maestro? —quiso saber Mayid, sentándose a su lado, entre las pilas de libros que rodeaban su escribanía.

Era de madrugada e Ibn Bayyah se afanaba en trabajar a la luz de las velas. Tras sus ocupaciones en la corte y sus diarias audiencias con el emir, hallaba poco tiempo para sus estudios e investigaciones. Al caer la tarde, solía regresar a su hogar —se había negado a ocupar habitaciones en palacio, como se le habían ofrecido— y recibía allí a los enfermos que acudían a pedir su ayuda. Para sus otras labores, debía quitarle horas al sueño.

—Fragmentos de una obra en la que trabajo hace tiempo, aunque desde hace meses la tenía muy olvidada. No sé si algún día conseguiré acabarla.

—¿Sobre medicina?

—En cierto modo, sí. De medicina para la mente y también para el espíritu. Reúno consejos y medidas que, como si fueran hierbas curativas, puedan ayudar a sanar los males sociales. Puede que la titule *La ciudad perfecta* o quizá *El régimen del solitario.* Hablo en ella de un mundo idílico que imagino, de una sociedad de hombres justos que, por serlo, no necesitaran jueces. Algo semejante a lo que adelantó Aflatun [Platón]. ¿Despierta tu curiosidad?

—Todo lo que me enseñas me interesa, maestro.

Anwar entró en el aposento y sin hacer ruido dejó unas tazas de *kahva* muy caliente ante el médico y su discípulo. Si Ibn Bayyah no dormía, el criado también decidía velar, aunque nadie se lo exigía.

—Es un grito de indignación ante nuestro tiempo —continuó explicando el médico—. Una protesta por muchos de los vicios de nuestro mundo.

Anwar, que escuchaba la conversación, sonrió.

—¿Hay algo que no sea objeto de tus dardos, señor? —preguntó el criado.

—¿Debe haberlo? —fue la respuesta de Ibn Bayyah—. Si lo hay, dímelo, mi fiel amigo. Nadie desea averiguarlo más de lo que yo lo hago.

—¿Y qué respuesta das a ese problema? —quiso saber Mayid.

—Verás: vivimos en un mundo corrupto, materialista, lleno de opiniones, ideas y creencias equivocadas. Y en una sociedad imperfecta, es de todo punto imposible conseguir la felicidad. Ante una sociedad así, el hombre que ha comprendido su verdadera condición debería mantenerse al margen de ella, al menos con el pensamiento. Por otra parte, quizá fuera su deber cambiarla de raíz —añadió.

—No te entiendo, maestro. Dices que hemos de prescindir del mundo y sus males, pero que hemos de seguir viviendo en él. No pides que lo abandonemos. Además, ¿no es eso una contradicción con lo que tú haces, sirviendo al emir? Ésa es la pregunta que me hago.

—Eso son dos preguntas —precisó Ibn Bayyah—. Pero tienes razón al formulártelas. De hecho, son de gran importancia. ¿Cómo vivir en el mundo sin que su fango nos ensucie? ¿Cómo llevar una vida digna en medio de una sociedad indigna? Esta cuestión ha preocupado a muchos durante mucho tiempo y nadie ha encontrado hasta hoy una solución satisfactoria. Se ha de conseguir un aislamiento interno, sin abandono de mundo y de nuestros deberes en él. Se ha de hacer lo posible por mejorar lo que nos rodea, sin

dejar que el éxito y el fracaso nos aflijan. Hemos de obrar bien, sin esperar nada a cambio, y recordar que somos, en definitiva, solitarios.

—¿Sin esperar nada a cambio?

—Sólo la conciencia de haber hecho lo que debíamos hacer. En cuanto a la segunda cuestión, por qué no podemos estar a la altura de nuestros ideales, por qué deseamos algo y hacemos algo distinto, por qué nos contradecimos, la respuesta se encuentra en nuestra debilidad humana. Hemos de aspirar a lo más alto, pero sin perder la noción de nuestra escasa importancia en el orden de las cosas. No hemos nunca de olvidar que los humanos no somos sino algo insignificante en medio del universo.

—¿Quieres decir que no hemos de exigirnos lo que nos es difícil conseguir?

—No. Por el contrario, debemos exigirnos el máximo de nuestras fuerzas. Pero, si no logramos todo lo que pretendemos, no debemos desalentarnos y abandonar, sino que hemos de conformarnos con lo que sí podemos conseguir.

—Entiendo.

—Ahora bien: podemos aspirar siempre a mucho más de lo que pensamos. Yo me siento ahora justamente orgulloso de mí mismo, pues mi viaje a Rota ha evitado muchas muertes innecesarias. Pero en su momento dudé y estuve a punto de no emprender ese viaje y dejar pasar la ocasión. La vida de muchos dependió por unos instantes de mi actitud dubitativa. La lección que he sacado de ello es que siempre hay que seguir intentando mejorar nuestro mundo, pues aunque los conflictos parezcan no tener remedio, de pronto se consigue una pequeña victoria.

—No cejar nunca —resumió Mayid.

—Exactamente. Eso es lo que yo intento. Pienso en qué forma mi vida y mi labor puede ser de utilidad. Por eso escribo libros.

—¿Por eso?

—¿A cuántos enfermos puedo sanar con mi ciencia y mis medicinas? ¿A unas docenas, a cientos, quizá? Pero un remedio mío que probara ser eficaz contra una enfermedad, si aparece en un libro, puede curar no sólo aquí, sino en otras ciudades. Y no sólo hoy, sino en años y siglos venideros. Cuando esto sucede, el bien se multiplica por mil. Si yo muero y me llevo mis secretos a la tumba, todo mi saber, todo mi esfuerzo se pierden para el mundo. Por eso considero mi deber plasmar por escrito lo que yo puedo ofrecer a los otros, en este caso mi habilidad para sanar.

—No todos lo hacen.

—En efecto; pero sería lógico y deseable que los hombres transmitiéramos a los demás los conocimientos sobre nuestros oficios, nuestra experiencia, nuestra sabiduría, en suma. Lo otro, el derroche, el despilfarro, es contrario a mi naturaleza y me repugna.

—¿Es nuestro deber, entonces, compartir lo que sabemos y aprendemos?

—Yo diría más: es un crimen no hacerlo. Porque todos nos beneficiamos del saber de hombres que han vivido antes que nosotros. Nos deleitamos con canciones o versos que otros compusieron, aprovechamos máquinas que otros inventaron y nos regimos por leyes que otros pensaron antes de que nosotros llegáramos a este mundo. Todo esto nos hace la vida más grata. El placer del conocimiento es lo que yo llamo «la ganancia añadida». Buscamos la fruta por hambre y descubrimos el dulzor de las cerezas. Este segundo aspecto es el que hemos de transmitir a aquellos que no lo hayan encontrado por sí mismos. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

—Si no somos salvajes, si nuestra vida posee cosas buenas que nos permiten disfrutar, es gracias al regalo que otros nos han hecho. Es lógico, pues, agradecer el favor y ser generosos con lo que nosotros producimos.

—Pero quizá muchos no lo reconocen así.

—Probablemente, pero allá ellos con su conciencia. No debemos

vivir por lo que los otros digan o por la forma en la que actúen. Hemos de hacerlo según nuestras propias reglas.

De pronto, Ibn Bayyah cambió el tono de sus palabras.

—Estoy abusando de tu paciencia y moralizando más de lo que es saludable. Ve a descansar. Mañana vuelve a tus trabajos. Hay un manuscrito que quiero que leas con atención.

Se dirigió a una estantería y buscó un legajo de páginas sueltas, unidas en un atadijo.

—Aquí se habla de la toxicidad de los alimentos y de cómo contrarrestarla. Es un texto esencial que debes conocer bien. Su autor es el gran físico Abu Marwan Ibn Zuhr [Avenzoar].

De repente, Mayid no pudo contener la risa.

—¿Qué sucede? —inquirió Ibn Bayyah, sorprendido por aquella reacción.

—Perdóname, maestro, pero no he podido evitar reírme de tu ingenuidad. Me consta que Ibn Zuhr no considera tu valor como médico y ha hablado muchas veces con desprecio de ti y de tu ciencia. Por eso me ha parecido sorprendente que le alabes.

—Sé muy bien y desde hace mucho tiempo lo que Ibn Zuhr opina de mí —explicó Ibn Bayyah, con naturalidad—, porque en repetidas ocasiones me ha hecho blanco de sus afrentas; pero eso no le convierte en absoluto en peor médico. Su obra es magnífica y debes estudiarla con aplicación. Ahora, ve a dormir.

***

Ibn Tifilwit hizo sentar a su visir y se acomodó frente a él, dispuesto a mantener una larga conversación.

—Tu visita a los Banu Hud retrasó este momento —empezó diciendo—. Pero ahora ya nada lo puede dilatar. ¿Qué nuevas medidas me aconsejas para la ciudad?

Era la ocasión que Ibn Bayyah esperaba, la oportunidad de contribuir de una forma concreta y útil al bienestar del lugar y las gentes que tanto amaba.

—Me solicitas consejos sobre gobierno, señor, y lo primero que puedo decir es que no debes hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no soy el más indicado para dártelos, porque es imposible que un hombre conozca en profundidad todos los oficios. El gobierno de un reino es un trabajo difícil, especializado, que requiere unos saberes concretos. Yo, mi señor, no entiendo de gobernar a los hombres.

—Yo soy el emir y ésa es tarea mía. Tú solamente debes aconsejarme.

—Y eso es lo que estoy haciendo, porque tú, señor, tampoco sabes gobernar.

—¿Qué dices?

—¿Qué esfuerzos, qué estudios has hecho por conocer esa ciencia? Tu habilidad militar sí es aprendida: te formaste en el campo de batalla y venciste a tus enemigos. Ahora, cuando ocupas un trono, se espera algo más de ti.

—Debo de estar loco, cuando permito que me hables de la manera en que lo haces —replicó Ibn Tifilwit, sin saber cómo reaccionar.

—Educarte es una tarea que me he propuesto llevar a cabo, aunque no entrara en nuestro acuerdo primero.

El emir no podía dejar de admirar aquel hombre, que hablaba sin imponerse a sí mismo ningún constreñimiento y que nada parecía temer.

—Bien, ¿qué propones? —le preguntó.

Las sugerencias de Ibn Bayyah fueron precisas.

—Divide el trabajo, busca personas que lo entiendan, elígelos por sus méritos y sus conocimientos.

—Explícate.

—Nombras a tus nobles indistintamente custodios y garantes del tesoro, del ejército o de las cosechas de tu reino. Su labor es mala y torpe, cuando no corrupta. Haz que sean expertos los que trabajen para la administración del reino. Los oficiales que se encargan de los bosques, del grano, del comercio, del cuidado de los caballos, de las armas, de los baños públicos, deben ser personas que dominen esos oficios. Si quieres tener contentos a tus cortesanos inútiles, hazles regalos u otórgales títulos, pero no permitas que su ineficacia perjudique al reino.

—Debo pensar esto con más detenimiento.

—Yo no soy suficiente para aconsejarte en todo. Necesitas más gente inteligente a tu lado. Una sola rueda no hace avanzar a un carro.

—¿Más consejeros?

—¿Y si yo me equivocara, señor, y te diera una opinión errónea sobre algún asunto crucial para la taifa? Mi torpeza podría causar mucho mal. Y dos opiniones, si resultan contrarias, pueden llevarte a la inacción. Tres o cuatro consejeros es el número óptimo, pues consultando a más de cuatro, las decisiones también se retrasan de forma innecesaria.

—Eso reduciría tu autoridad, Ibn Bayyah: te quitaría poder.

—¿Olvidas que nunca quise este puesto y que lo acepté por complacerte?

—Por complacerme y porque te obligué a desempeñarlo —precisó el emir.

—Así es, señor. Como ves, la pérdida de poder no me entristece en lo más mínimo.

El emir hizo una pausa antes de continuar.

—¿En qué otras medidas has pensado? Dime.

—La paga de tus soldados es muy baja. No pueden vivir de ella.

—Es el salario de tiempos de paz. Cuando hay guerra, reciben más.

—Precisamente. Y eso no sólo les hace desear la guerra, sino que los tiene descontentos cuando no la hay. Tampoco resultan útiles en esos tiempos.

—¿Qué me propones?

—Aumenta su salario. Pero no los dediques sólo al combate. Hay muchos trabajos que se pueden emprender en una ciudad: empedrar caminos, luchar contra el fuego, ayudar con los enfermos durante las pestilencias, reforzar la muralla. Ya pensaremos en qué emplearles. No todo ha de ser combatir.

—Eso cambiará su forma de vida —objetó el emir.

—Y tú deberías también transformar la tuya, señor.

—¿Qué quieres decir?

—Para mejor gobernar la taifa te aconsejaría que pusieras orden en tu rutina, pues sin orden nada se logra. Ahora, te dedicas en cada momento a la actividad que más te place.

—¡Soy el emir!

—En efecto.

—Hago lo que apetece.

—Dicen, señor, que un rey que no domina sus impulsos es pronto vencido, por más ejércitos que tenga bajo su mando. Eso se aplica a todos los órdenes de la vida.

—¿De qué me sirve mi poder, si no puedo hacer mi voluntad?

—Ésa es una pregunta que entraña una paradoja, en efecto. Pero el cargo de emir, como cualquier otro en este mundo, no deja de ser

un oficio, señor, y hay que ejercerlo respetando ciertas reglas. Para mejor empleo de tu tiempo deberías reservar horas concretas del día para atender a los gastos y cuentas de la ciudad y despachar con tu tesorero. Has de tener tiempo para recibir los informes de tus jefes militares, sobre la seguridad del reino. Debes escuchar las quejas de tus súbditos, que han de tener acceso a ti. Habrás de reservar asimismo tiempo para situaciones imprevistas. Y debes de conocer mejor a tus gentes.

—¿Qué me sugieres?

—¿Has leído la famosa colección de historias llamada *Alif Laila wa Laila [Las mil y una noches]* ?

—¿Quién no?

—En ella se menciona al gran Harun al-Rashid, califa de Bagdad, quien con frecuencia paseaba de incógnito por la ciudad y se mezclaba entre su pueblo para saber de primera mano sus deseos y sus dificultades.

—¿Me propones que me disfrace?

—Al contrario. Lo que debes hacer es salir a las calles para que todos te vean y te conozcan bien. Lleva contigo los guardias que consideres necesarios para tu protección, pero déjate ver de tu pueblo. Trata con las gentes. Muéstrate accesible. Que los saraqustíes tengan ocasión de hablarte sin temor.

—Pueden hacerlo en la audiencia de los miércoles.

—No todos consiguen que se les reciba. Antes de llegar ante ti, tus oficiales les ponen mil impedimentos que les impiden acercarse. Y no se trata de pleitos y peticiones que satisfacer. Piensa también que tus súbditos no sólo han de temerte y respetarte: también debes lograr que te amen. Eso no se consigue sin cercanía.

—¿Habrá horas suficientes para hacer todo lo que me aconsejas? —preguntó el emir, no sin ironía.

—Deberás sacar aún más tiempo, señor, pues habrás también de tenerlo para el estudio del gobierno.

—¿A qué te refieres?

—A lo que se puede aprender de otros gobernantes del pasado, que nos han legado los procedimientos y los secretos que les resultaron beneficiosos.

—Meditaré sobre ello —prometió Ibn Tifilwit—. ¿Algo más?

—Los canales. En diversos barrios escasea el agua y ésta resulta imprescindible. Necesitamos más fuentes, pues la abundancia de agua reduce las enfermedades. Ahí los soldados pueden serte útiles. Y debes ordenar el encalado de las fachadas. Muchos conocen a Saraqusta por el nombre de Madinat Al-Baida, «la ciudad blanca». Hasta un poeta dijo que era como una mota blanca en el centro de la esmeralda de sus jardines, pero eso ha dejado de ser una realidad para convertirse sólo en poesía o en recuerdo del pasado. La ciudad está sucia, señor. El encalado de las casas las mantendrá libres de tábanos e insectos.

—Pides demasiado, Ibn Bayyah. ¿Crees posible emprender todos estos cambios?

—Di estas mejoras. Y sí, sí lo creo posible. Tú tienes el poder, señor, y los medios para llevar a cabo estas tareas. Sólo resta que quieras hacerlo.

—Habré de pensarlo —respondió el emir.

—Y debo hablarte también sobre los impuestos, señor. Muchos son injustos y habría que reflexionar sobre ello.

—Será en otra ocasión —le interrumpió Ibn Tifilwit, levantándose y dando por terminada la conversación—. Por hoy, ya has logrado bastantes cosas de mí.

***

Al día siguiente, viernes, Ibn Bayyah se dirigió de nuevo al adarve donde se encontraba la casa de la cortesana. Al entrar le sorprendió percibir menos lujo en los aposentos, aunque no pudo precisar a qué se debía su impresión ni qué objetos echaba de menos. Era sólo

la impresión de hallarse en un lugar más sobrio, más gris.

Nada más aparecer Aisha, el médico le comunicó:

—No puedo quedarme. Esta noche Ibn Tifilwit celebra una fiesta en palacio y me ha ordenado que asista. He venido tan sólo a repetirte la pregunta que te hice la última vez que nos vimos.

Aisha le contempló durante un tiempo.

—Mi decisión no ha cambiado —respondió.

***

No eran infrecuentes aquellas veladas, pues Ibn Tifilwit, amante de las artes, había reunido en torno a sí a una pléyade de músicos, poetas y bailarinas. Sus cortesanos —lo mejor entre la nobleza de la ciudad— eran también de gustos refinados y agradecían a su señor aquellos momentos de placer que generosamente les proporcionaba.

Cuando el visir penetró en el Salón Dorado, suntuosamente adornado para aquella ocasión, Ibn Jafaya Al-Yannan se encontraba sentado junto al emir, escuchando a otro poeta que declamaba lo que parecía una larga e interminable poesía en alabanza de uno u otro caudillo almorávide. El poeta hablaba de vez en cuando en voz baja con su señor y ambos reían y parecían burlarse del intérprete. Cuando éste hubo acabado, Ibn Tifilwit se levantó y se dirigió al recitador.

—Tendrás tu recompensa, aunque sólo sea por tu esfuerzo. Te agradezco tu poema. Ahora, ya puedes retirarte.

El rapsoda se inclinó y marchó a sentarse a un extremo del salón.

—¿No hay quien acaricie nuestros oídos con una composición nueva? —preguntó en voz muy alta el emir —. Todo lo que se ha recitado esta noche me resulta demasiado familiar. Debo de haberlo escuchado muchas veces antes.

—Quizá yo pueda hacerlo, señor —intervino Al-Yannan, dando un paso adelante.

—¡Sabía que no me defraudarías! ¡Bien por ti, amigo! Te escuchamos.

Y el emir hizo una seña al visir para que se acercara y se sentara junto a él.

Al-Yannan saludó con una inclinación de cabeza a todos los invitados allí reunidos, que se hallaban sentados en alfombras dispuestas en un gran círculo. Caminó hasta el centro de la sala, aguardó unos instantes hasta que el silencio fue completo y entonces comenzó a recitar.

No sin razón recibía el poeta levantino el sobrenombre de «el jardinero», pues poseía verdadera maestría en su descripción de las bellezas de la naturaleza. Sus palabras recreaban con sensualidad y refinamiento los hermosos paisajes de las riberas del Shuqra [Júcar] en una visión idílica del campo. Era, además, famosa, su capacidad de improvisación. Se decía que en cierta ocasión en que recitaba un poema suyo sobre la fragancia de los naranjales, al finalizar de leer lo escrito y viendo el entusiasmo que su poesía provocaba en su auditorio, lo había ido ampliando sobre la marcha, hasta hacer durar su intervención tres veces más tiempo del que duraba la composición original.

Pero al tiempo que Al-Yannan se mostraba exquisito en sus conceptos y elegante en la elección de los vocablos, la forma y melodía de sus composiciones adolecía de variedad. Sus versos se veían empequeñecidos por un punto de monotonía musical, originado por el empleo continuado de la misma medida heptasílaba. Usaba también la rima asonante, más fácil de hallar y por ello mismo de menor originalidad y menos grata al oído.

No obstante, su pequeño recital fue magníficamente acogido por todos los allí reunidos. Tras cada estrofa, sus oyentes dejaban escapar en voz baja palabras de elogio, costumbre muy frecuente en aquellas y que servía para alentar al recitador.

Al finalizar, Al-Yannan se inclinó de nuevo ante su audiencia y regresó a su lugar junto al emir. Éste puso la mano en el hombro del poeta —lo que realmente constituía un gran honor— y anunció:

—Por estos versos, recibirás veinte dinares de oro, pues me han complacido sobremanera.

—Todo es poco para lo que tú mereces, gran señor —repuso el poeta.

—¿Qué opinas tú, Ibn Bayyah? —inquirió el monarca, volviéndose hacia su visir—. ¿No te parecen verdaderamente grandiosas sus composiciones?

—Lo son, en efecto —concedió éste, con sinceridad en su voz.

—Pero mi poeta preferido me tiene también descontento, por otro asunto —añadió Ibn Tifilwit.

—¡Señor! —protestó Al-Yannan, sorprendido por aquel cambio de actitud—. ¿Qué puedo haber hecho para enojarte?

—Olvidaste mi encargo. ¿No debías crear una nueva composición, una estructura musical diferente, que diera fama a mi corte y a mi reinado entre todos los poetas de Al-Andalus? Han pasado casi dos meses desde que te lo pedí. ¿En tan poco estimas mi amistad que no has buscado tiempo para complacerme?

Al-Yannan se hallaba desconcertado ante el comportamiento caprichoso del emir. Acababa de premiarle con gran generosidad por su recitado e instantes después se mostraba irritado con él. El poeta reconocía que no se había vuelto a acordar de aquella antigua petición, por lo que nada había hecho al respecto.

—Lo intentaré por otro camino —manifestó el emir—, pues es algo que de verdad me importa. Ibn Bayyah, ¿harías tú eso por mí?

Los ojos de Al-Yannan se enrojecieron de ira, pues tomó aquello como una afrenta personal a su calidad de poeta oficial de la corte.

—¿Yo, señor? —preguntó el visir.

—Tú, sí; pues me han informado que eres también conocedor del arte de la música y la versificación.

—Las gentes exageran, señor —replicó Ibn Bayyah.

—Me he informado y sé que has mantenido escondidas tus habilidades en ese terreno —le informó el emir. Y añadió, dirigiéndose a Al-Yannan—: ¿Quieres saber una divertida historia que he escuchado sobre el ingenio de mi visir?

—Nada me complacería más —replicó el poeta, sin poder disimular su desagrado.

—Cuentan que recitó unos versos en el velatorio de un amigo, en los que pedía a solemnemente a la luna que se ocultase en señal de duelo por aquella muerte. Y como nuestro amigo es un aventajado astrónomo, sabía de antemano que en aquellos momentos iba a tener lugar un eclipse —añadió, comenzando a reír—. Todos los que velaban al muerto creyeron que aquello era producto de la magia de su poema. ¿No es eso cierto, Ibn Bayyah? ¿No sucedió así?

—Si tú lo dices, gran señor…

—No sabía que mi serio y circunspecto visir tenía también tal sentido del humor. ¿Por qué lo hiciste? Cuéntanoslo.

—Nunca pretendí engañar a los allí presentes, pues enseguida les descubrí la superchería —se justificó Ibn Bayyah.

—¿Y qué querías demostrar? —preguntó Al-Yannan.

—Que el hombre que se interesa por todas las ramas del saber y que hace por conocer las ciencias tiene siempre ventaja sobre los demás.

—Pues yo me aprovecharé de esa habilidad tuya —proclamó el emir—. Y por ello te hago a ti mi encargo. Crea una nueva forma poética que las gentes asocien con Saraqusta. Y hazlo pronto.

Ibn Bayyah pensó en protestar, aunque no tenía sentido desobedecer una orden tan directa del emir. Aun así, quiso intentarlo.

—Señor, creo que Ibn Jafaya Al-Yannan está mucho más capacitado que yo para esta labor y la llevará a cabo con gran éxito, ahora que le habéis insistido en ello.

Pero Ibn Tifilwit se mostró inflexible en este punto.

—Al-Yannan ya ha tenido su oportunidad y la ha desaprovechado. Ahora te lo ordeno a ti.

—No os garantizo nada —advirtió Ibn Bayyah.

—Ayer hablamos tú yo y me pediste muchas cosas, algunas de las cuales no te querría conceder. Sin embargo, puede que lo haga, si consigues tenerme contento.

—¡Eran propuestas para el bien de la ciudad, señor! —protestó el visir.

—También es importante la fama de la ciudad en la esfera de las artes. ¿O es que no lo crees así?

—En eso, señor, tenéis razón —hubo de reconocer Ibn Bayyah, tras considerarlo unos momentos.

***

Al salir de palacio, Ibn Bayyah se había dirigido otra vez a casa de su amiga. Era noche cerrada, pero aquellas puertas siempre estaban abiertas para él. Rahman, el sirviente, le franqueó la entrada.

—Estoy aquí de nuevo.

—¿Tan pronto? — preguntó Aisha.

—Necesito tu ayuda y tu consejo.

—Siempre lo tendrás. Cuéntame.

Ibn Bayyah se sentó junto a la cortesana, le cogió la mano con ternura y le contó lo acaecido durante la fiesta y el mandato del emir. Al acabar su relato, preguntó a Aisha:

—¿Puedes inventar una nueva forma de poesía?

Ella sonrió y respondió:

—Yo no; pero tú sí puedes.

—¿Yo?

—Sí. Y sé quién te ayudaría a hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Vuelve mañana por la noche y no te preocupes por nada. Déjalo en mis manos.

***

Cuando el visir regresó a la noche siguiente, encontró a la cortesana en compañía de cinco mujeres desconocidas. Eran jóvenes y bellas y, por su atuendo, se dedicaban a la misma profesión que Aisha.

Se las veía divertidas por la situación. Una de ellas se adelantó y, dirigiéndose a Ibn Bayyah, le preguntó, sonriendo:

—¿Eres tú el que se halla impaciente por escuchar nuestras canciones? Otros hombres quieren conocer otras habilidades distintas en nosotras.

Y sus dos compañeras se echaron a reír. Aisha también se mostraba alegre.

—Son mis amigas cristianas —le explicó al visir—. Saben muchas, muchas canciones diferentes, muchas poesías latinas que te sorprenderán. Es la ventaja de provenir de una cultura distinta.

Las jóvenes hicieron sentar a Ibn Bayyah en unos cómodos almohadones y trajeron un laúd, una flauta, unas castañuelas y un pequeño tamboril, con los que se dispusieron a acompañarse.

Las mujeres comenzaron su música. Al poco, Ibn Bayyah se dio cuenta de las posibilidades de aquellas composiciones que oía por primera vez. Las canciones de aquellas jóvenes, compuestas en una variedad de romandalusí, la lengua mozárabe, eran distintas de todo lo que había escuchado hasta el momento. Su sabor, empero, era muy diferente y no se adaptaba al ritmo del idioma árabe. Pero, con algunas modificaciones, el resultado podía resultar excelente.

Tras escuchar algunas melodías, Ibn Bayyah tomó papel y pluma y comenzó a escribir frenéticamente, anotando combinaciones y variaciones métricas, para adaptar al árabe lo que iba escuchando. Ellas siguieron cantando hasta el amanecer.

—Gracias —le dijo Ibn Bayyah a Aisha, tomándole la mano, mientras se despedía—. Has vuelto a hacerlo. Has pensado más allá de lo que yo era capaz. He de reconocer que las mujeres sois endiabladamente listas —añadió, sonriendo.

—No todas —objetó ella.

—Muchas de vosotras, al menos.

—¿Servirá para tu propósito? —inquirió Aisha, señalando los papeles anotados que Ibn Bayyah se llevaba.

—Cumplirá de sobra su cometido. Ahora, Ibn Tifilwit, si es hombre de palabra, tendrá que concederme todo lo que le he pedido.

***

Cuando Ibn Bayyah anunció a su señor que le tenía preparado lo que le había prometido, el emir hizo llamar a Al-Yannan para que también estuviese presente. Ambos le aguardaron en un aposento interior, acompañados tan sólo por algunos sirvientes.

El visir llegó sin poder ocultar una sonrisa de satisfacción, pues estaba seguro de su éxito.

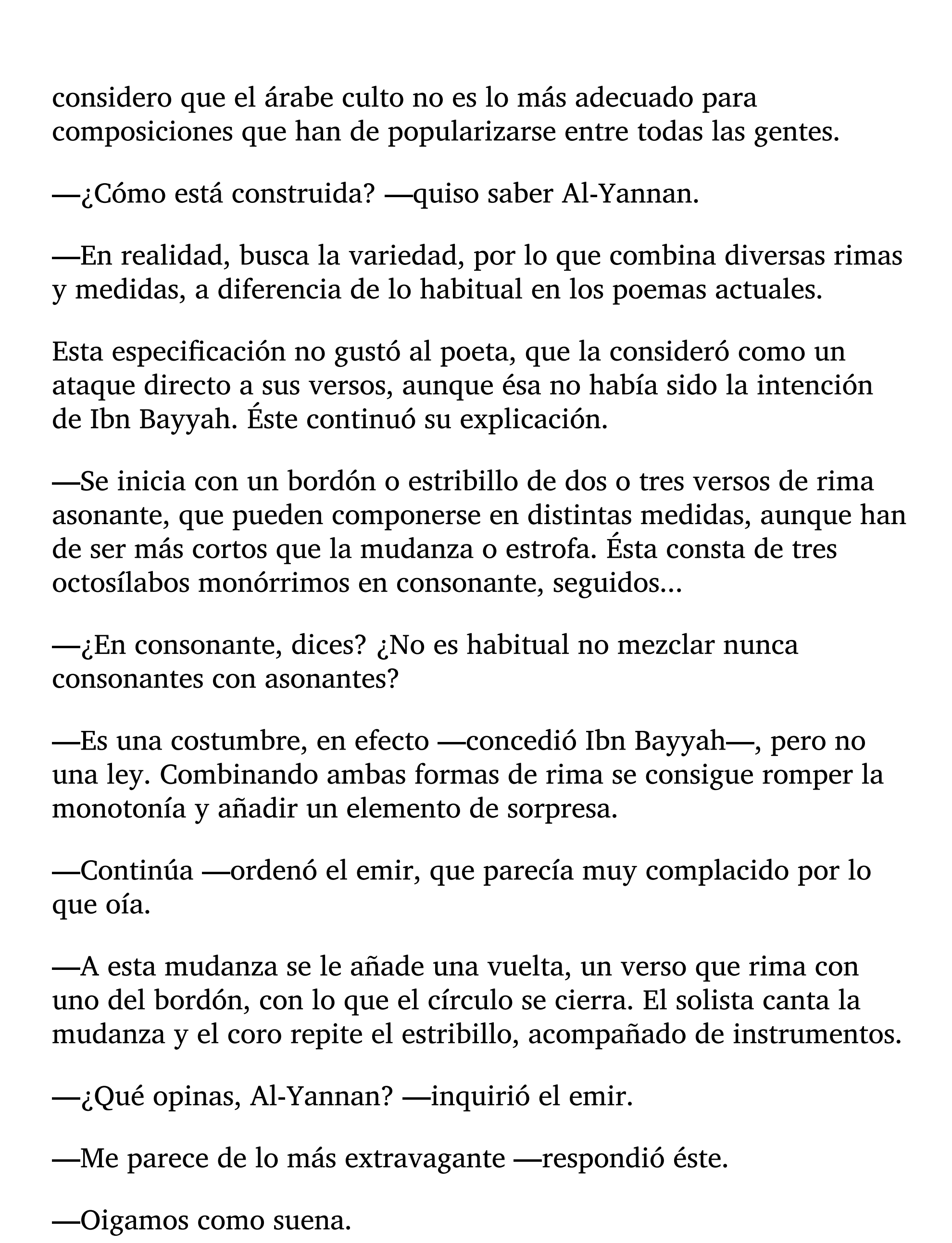
—Traigo una forma nueva de composición —anunció, orgulloso— que no desmerecerá de llevar el sobrenombre de canción saraqustí.

—¿De veras? Oigámosla —propuso Ibn Tifilwit.

—Aún puede perfeccionarse, señor —admitió Ibn Bayyah.

—Ten la bondad de explícanos en qué consiste —pidió el poeta de corte.

—Se trata de un *zajal* [zéjel] o canción en forma dialectal, pues



considero que el árabe culto no es lo más adecuado para composiciones que han de popularizarse entre todas las gentes.

—¿Cómo está construida? —quiso saber Al-Yannan.

—En realidad, busca la variedad, por lo que combina diversas rimas y medidas, a diferencia de lo habitual en los poemas actuales.

Esta especificación no gustó al poeta, que la consideró como un ataque directo a sus versos, aunque ésa no había sido la intención de Ibn Bayyah. Éste continuó su explicación.

—Se inicia con un bordón o estribillo de dos o tres versos de rima asonante, que pueden componerse en distintas medidas, aunque han de ser más cortos que la mudanza o estrofa. Ésta consta de tres octosílabos monórrimos en consonante, seguidos...

—¿En consonante, dices? ¿No es habitual no mezclar nunca consonantes con asonantes?

—Es una costumbre, en efecto —concedió Ibn Bayyah—, pero no una ley. Combinando ambas formas de rima se consigue romper la monotonía y añadir un elemento de sorpresa.

—Continúa —ordenó el emir, que parecía muy complacido por lo que oía.

—A esta mudanza se le añade una vuelta, un verso que rima con uno del bordón, con lo que el círculo se cierra. El solista canta la mudanza y el coro repite el estribillo, acompañado de instrumentos.

—¿Qué opinas, Al-Yannan? —inquirió el emir.

—Me parece de lo más extravagante —respondió éste.

—Oigamos como suena.

—No tengo aún muchas composiciones que presentar —advirtió Ibn Bayyah—. Sólo he elaborado un par de ellas.

—Recita alguna, de todos modos —le instó el monarca.

—Éste sería un ejemplo claro.

E Ibn Bayyah declamó:

—«Allá se me ponga el sol

do tengo el amor.

Allí se me pusiese

do mis amores viese,

antes que me muriese

con este dolor.

Allá se me ponga el sol

do tengo el amor.»

Hubo un silencio. Al cabo, Ibn Tifilwit expresó su opinión.

—Es muy bella, en efecto. Elegante y sencilla a la vez.

—Su estructura le permite una gran variedad temática, señor —explicó el visir—. No sólo es adecuado para cantar amores: puede también emplearse en tono jocoso, para hacer sátiras o, como ya digo, para distintos propósitos.

—Me gusta —repitió Ibn Tifilwit. Y repitió canturreando—: «Allá se me ponga el sol do tengo el amor». ¿Cómo llegaste a elaborar esta forma poética?

—Tuve ayuda, señor. Sería deshonesto por mi parte no reconocerlo. Está inspirado en parte en unas composiciones cristianas...

—¡Cristianas! —exclamó Al-Yannan, sorprendido.

—Latinas, si lo preferís, amigo; me las enseñaron algunas personas versadas en ese tipo de canciones.

—Pero, ¡música cristiana! —protestó el emir, dubitativo.

—La música es música, mi señor —replicó Ibn Bayyah—. Traspasa las fronteras y une las culturas. No importa en qué lengua se cante: a todos conmueve.

—¿Consideras igual nuestra música que la de otras gentes?

—Indudablemente. Las melodías, los instrumentos y las palabras pueden ser distintas, pero la emoción que transmiten es la misma para todos. La música es un mensaje que entiende todo el mundo. Es el arte más directo, pues va del oído al corazón. Por eso la música nos une en un sentimiento común y los que cantan juntos no pueden ser enemigos. ¿No sería necedad privarnos de ella porque provenga de otras gentes, con las que a fin de cuentas también convivimos?

Ibn Tifilwit quedó pensativo ante estas palabras.

—¿Qué dices tú, Al-Yannan? ¿Crees que sería correcto que hiciera que interpretaran ante mí esas canciones cristianas de las que Ibn Bayyah nos habla y que tan útiles le han sido como modelo?

—Señor, ¿quién soy yo para indicarte lo que debes o no hacer?

—Eres listo y sabes dar la respuesta adecuada. En efecto: en mi palacio puedo hacer lo que me plazca, hasta invitar a cristianos.

Y, volviéndose hacia su visir, añadió:

—Tu *zajal* me ha complacido en extremo, Ibn Bayyah. Será una valiosa aportación más de Saraqusta a las artes poéticas. Pero tenías otro ejemplo para mí, ¿no es así?

—En efecto, señor. Una composición de varias estrofas sobre tu gloria.

—Quiero oírla ahora —ordenó Ibn Tifilwit.

Cuando Ibn Bayyah hubo acabado de recitar, había lágrimas en los ojos del emir. En su entusiasmo por la belleza de lo que acababa de escuchar, tomó su túnica por el cuello con las dos manos y, con un rápido movimiento, la rasgó, como signo de entrega.

—Esta noche volverás a tu casa caminando sobre una alfombra de oro, Ibn Bayyah —sentenció—. Nunca oí cosa tan bella. Eres un tesoro para mi corte y un honor para las letras. Tu composición perdurará y dará gloria a la ciudad en que se inventó.

CAPÍTULO VI

Anwar le aguardaba, como cada noche, con un plato de frutas, que era lo que el visir cenaba habitualmente. Ibn Bayyah regresaba más tarde de día en día, pues no dejaba en palacio ningún asunto sin resolver ni ninguna petición sin respuesta. Eran cientos los papeles que tenía de leer a diario, así como decidir sobre mil pequeños detalles de la administración del reino que no podían esperar, pues su demora en tramitarse hubiera causado mucho perjuicio a los ciudadanos.

Ibn Bayyah penetró en su hogar y preguntó a su criado:

—¿Son muchos pacientes los que me esperan?

—Algunos, señor. ¿Los hago pasar?

—Enseguida. Espera un poco.

Se acomodó en un taburete y se descalzó una de sus babuchas. Extrajo de ella una moneda de oro y se la mostró a Anwar, con expresión divertida.

—¿Qué es esto, señor? —preguntó el sirviente.

—El poderoso Ibn Tifilwit, complacido por unos versos que le recité, me prometió que esta noche regresaría a mi casa pisando oro. Pero, tras hacer tan ampulosa afirmación, debió de olvidarlo por completo, pues se despidió de mí y salió del aposento sin hacer efectiva la recompensa —contó el médico. Y se echó a reír

abiertamente.

—¿Y entonces...? —inquirió el criado, riendo también.

—Para que no quedara como un mentiroso, introduje yo mismo una moneda de oro de mi bolsa en mi babucha.

—Así son las promesas de los poderosos —sentenció Anwar.

—Su intención era buena —concedió Ibn Bayyah— y yo no me debo quejar de su falta de generosidad. Siempre me ha ofrecido más de lo que yo precisaba. Pero no deja de ser divertido.

—¿Vienes contento, entonces?

—No del todo, pues Al-Yannan no me perdonará este triunfo, aunque era una tarea que se me impuso sin yo quererla. Por otra parte, esto me permitirá presionar al emir para que tome algunas medidas justas que no le complacen. Eso quizá demuestra que todos los esfuerzos, al fin y al cabo, acaban sirviendo para algo, aunque parezcan inútiles en su momento.

—¿Veréis ahora a vuestros pacientes?

—Sí. Hazlos pasar. Y, a propósito, ¿dónde está Mayid?

—Marchó a la mezquita al atardecer y aún no ha vuelto.

—Avísame cuando llegue: quiero hablarle.

Pero aquella conversación entre maestro y discípulo no tuvo lugar. Cuando Mayid marchaba a la mezquita, siempre tardab

***

—¿Puedes atenderme, señor?

Ibn Bayyah se había presentado sin avisar. El emir descansaba, tras tomar algunos alimentos.

—¿Has elegido esta hora por alguna razón, visir?

—Porque sabía que estarías libre de ocupaciones y con tiempo por delante para escuchar lo que tengo que decirte.

—¿Tan larga de ser nuestra conversación?

—Temo que no será rápido convencerte de lo que te vengo a pedir.

—¿Otra de tus ideas? —preguntó Ibn Tifilwit—. No digas que no he aceptado gustoso y hecho cumplir muchas de las iniciativas que me has propuesto. ¿Qué tiene esto de particular?

—Que no te va a gustar —fue la sincera respuesta del visir—. Y, sin embargo, es una petición justa.

—Si no me agrada, no tengo por qué implementarla.

—Cierto. Pero yo te di algo que me habías pedido y que era importante para ti, ¿recuerdas, gran señor? Ahora es tu turno de corresponder.

Ibn Tifilwit se levantó de los almohadones sobre los que estaba acomodado y comenzó a pasear por el aposento.

—Te escucho —dijo el emir.

Ibn Bayyah no perdió tiempo en preámbulos.

—Son los impuestos, señor.

—La base de nuestra fuerza. Sin ellos, no podríamos mantener nuestro reino.

—En efecto, pero yo me refiero a su desigualdad.

—¿Crees que son injustos?

—Hay establecida para los creyentes una contribución al erario. Pero judíos y cristianos pagan otras tasas, el *jizya* y el *jaray* , sustancialmente mayores.

—¿Y bien?

—No es correcto, señor. Musulmanes o no, todos son tus súbditos.

El rostro de Ibn Tifilwit denotaba enfado.

—¿No he de favorecer a mi gente?

—Todos son tu gente, señor; todos los habitantes del reino lo son, aunque su fe pueda ser distinta. Los cristianos son los más pobres de tu población. No tienen acceso a buenos cargos ni pueden servir al reino en puestos de poder que les proporcionen riquezas. Muchos se ven en dificultades para pagar el impuesto y pasan penurias por ello.

—Siempre los no musulmanes han contribuido con más al reino —protestó el emir.

—No siempre, gran señor; no siempre y no en todas partes. Además, el que algo se haya hecho durante muchos años, no significa que esté bien hecho. La sociedad aprende de sus errores.

—¿Te parece poca nuestra tolerancia? —preguntó el emir, ya realmente enojado—. Damos cobijo a los *mustarib* , a los mozárabes, en nuestra ciudad, mientras Alfonso hace lo posible por conquistar nuestros territorios en el norte.

—Eso no convierte en tus enemigos a los cristianos que te han jurado fidelidad. No conviertas en un enfrentamiento religioso de lo que no es sino un asunto de justicia entre tus súbditos.

—¿Qué quieres decir? Explícate.

—No puedes permitir que judíos y cristianos abandonen tu ciudad porque se sientan maltratados, señor. Piensa en que hay oficios que son ellos los únicos en desempeñar. No debes perder su experiencia y su conocimiento. Y muchos se están marchando a otros lugares donde se les trata mejor. Evítalo. Aprende a ser práctico.

—¿Y qué propones? —preguntó el emir.

—Que iguales la carga. Que equipares la cantidad con la que cada uno debe contribuir. Todos son ciudadanos honrados, señor, y no se han negado nunca a mantener al reino con su parte. Únicamente se trata de no abusar de ellos. Y su número es reducido, señor. Los ingresos no se mermarán en una cantidad excesiva. El reino es

próspero y se lo puede permitir. No ganes monedas perdiendo buena voluntad.

El emir no quería dejarse convencer, aunque no se le ocultaba que la petición de su visir era viable y estaba dictada por un estricto sentido de justicia.

—Aun así—protestó Ibn Tifilwit—, habría muchos aspectos que considerar.

Un sirviente entró entonces en la estancia y se inclinó ante el emir.

—Habla. ¿Qué sucede? —preguntó éste.

El recién llegado se acercó y le comunicó algo al oído a su señor.

—Alguien te busca con urgencia, Ibn Bayyah —dijo—. Alguien que no parece respetar mucho mi autoridad.

—Disculpa, señor.

—Hazlo pasar —ordenó el emir, dirigiéndose al sirviente.

Éste salió del aposento y regreso al poco acompañado por otro hombre.

—¡Anwar! —exclamó Ibn Bayyah, sorprendido.

—Perdona mi intromisión, gran señor —se disculpó el anciano con Ibn Tifilwit—. He de transmitir un mensaje importante. De otro modo, no me habría nunca atrevido a presentarme ante ti de esta manera.

A Ibn Tifilwit le costó reaccionar ante esta falta de protocolo.

—¿Qué sucede? —inquirió Ibn Bayyah.

Anwar le musitó unas palabras.

—Debo irme de inmediato, gran señor —anunció el médico—. Te ruego que me disculpes.

—¿Cómo? —gritó el emir—. ¡No puedes dejarme así! Nuestra

conversación aún no ha terminado.

—Un enfermo grave me espera. Debo marcharme —respondió Ibn Bayyah.

—¡Te prohíbo que salgas de aquí sin mi consentimiento!

—Lo siento, señor. Pero hay asuntos más importantes que tus deseos.

El médico, seguido de cerca por su criado, abandonó la sala.

Ibn Tifilwit tuvo dificultades para contener su ira.

«Le he concedido demasiado poder», pensó. «Es mi culpa. Pero no volveré a tolerar algo así».

CAPÍTULO VII

Las medidas propuestas por Ibn Bayyah se implementaron por orden del emir. No todas y no de inmediato, pues algunas requerían tiempo para llevarse a cabo y que sus beneficios fueran patentes, pero las suficientes para que los saraqustíes percibieran la diferencia.

La ciudad quedó más limpia; se reguló el transporte de los desperdicios, lo que mejoró la salubridad pública; se encalaron todas las fachadas, para proteger a sus habitantes de los insectos; se construyeron fuentes; se ampliaron los jardines; se reforzó la muralla, que databa de los tiempos de la antigua Cesaraugusta.

Todo esto dio aún más fama a Ibn Bayyah. Si antes se le respetaba por su ciencia, ahora había superado otra difícil prueba a los ojos de sus conciudadanos, logrando algo más tangible y comprensible para todos que sus avances en matemáticas o astronomía. Comenzaron a verle como el representante de la gente común, como la voz del pueblo junto al poderoso Ibn Tifilwit. Era para ellos una garantía de justicia.

Los impuestos a los no creyentes se redujeron al cabo de un tiempo y aunque siguieron siendo mayores de los que pagaban los musulmanes, resultaron mucho más soportables. Aunque el emir se

había adjudicado el mérito de esta medida compasiva y la había hecho anunciar por doquier como un gesto propio de magnanimidad, a nadie se le ocultaba en Saraqusta quién se la había sugerido.

Su intervención diplomática en Rota le había granjeado al visir aún más, si cabe, el aprecio del pueblo. Aunque no se quisiera pensar en ello, la posibilidad de la guerra estaba en todas las mentes. Alfonso, el rey cristiano, triunfaba poco a poco y se iba adueñando de ciudad tras ciudad. Más tarde o más temprano, la guerra sería inevitable. Por ello, nadie quería que la taifa se involucrara en conflictos que sí se podían evitar, como que el Ibn Bayyah había resuelto pacíficamente con los Banu Hud. Las gentes se lo agradecían de corazón.

Por eso resultó aún más extraño que el médico, al parecer amado por el pueblo y respaldado por el emir, comenzase a recibir anónimos amenazantes.

De los dos primeros no llegó a enterarse en su momento, pues Anwar se los ocultó, pensando que no merecía la pena preocupar a su señor por los desvaríos de algún loco. Pero cuando siguieron llegando, el criado tuvo que contarlo.

El visir no los tomó en serio.

—Fíjate, Anwar. Están todos, obviamente, escritos por la misma mano. La caligrafía es elegante; la ortografía, correcta. Son, sin duda, obra de un hombre con una buena formación y que ha leído mucho.

—No por eso menos peligroso.

—Me conmina en ellos a que abandone mi cargo y la ciudad, pero ni su estilo ni su contenido dejan traslucir a quién puede interesar que lo haga.

—Te amenaza de muerte, si no obedeces. O con otros males y calamidades. Deberás protegerte.

—Corro más peligro cuando atiendo a un apestado. No es eso lo que

me preocupa.

—¿Puedo hacerte una pregunta, sin que la consideres como un atrevimiento? —quiso saber Anwar.

—Por supuesto. Habla.

—¿Qué te ata a esta ciudad? Sé que no apetecías tu cargo y que no te importaría dejarlo. Y tus estudios, tus investigaciones, puedes llevarlos a cabo en cualquier otra parte. Aquí no tienes familia.

La imagen de Aisha ocupó por unos instantes la mente de Ibn Bayyah.

—Podemos trasladarnos a Ishbiliya o Tulaytulah [Toledo], donde muchos apreciarán mejor tu ciencia —insistió el criado—. ¿Qué me dices?

—Agradezco tu cuidado y tu preocupación, Anwar, pero estás en un error sobre algunos temas. No ambicioné jamás el poder, pero creo que estoy haciendo algo bueno por Saraqusta. Ibn Tifilwit es un hombre muy influenciable, para bien y para mal. Puede hacer grandes cosas o las contrarias. Tengo muchos planes para esta ciudad y no estoy dispuesto a abandonarlos por los deseos de un perturbado.

—¿Y si el autor de los anónimos no está loco, señor?

—Ten por seguro que lo está. Todo aquel capaz de matar a un semejante, la peor acción que un hombre puede realizar sobre la tierra, no puede ser sino un loco.

—Como fuere; ¿qué piensas hacer?

—Nada. Seguiré con mi vida, como de costumbre.

—¿Podrás encontrar a quien los ha escrito?

—No estoy seguro. Quizá el azar me revele el origen de la caligrafía. Cada día, tengo que leer los escritos de muchas personas.

—¿Imaginas quién puede haber sido?

—No.

—¿El poeta Al-Yannan, quizá?

—No lo creo. Pero me temo que el que lo ha hecho está convencido de que obra bien —concluyó Ibn Bayyah. Y añadió—: Eso puede ser lo más peligroso de todo.

***

A la tarde siguiente, Anwar se dirigió al médico, que trabajaba en su escritorio como de costumbre, tras regresar de palacio.

—Hoy es viernes, señor—le dijo lacónicamente.

Ibn Bayyah quedó sorprendido.

—¿Y bien?

—¿No tienes un compromiso? ¿No piensas salir? ¿Nadie te espera?

El visir quedó pensativo durante un tiempo y luego sonrió.

—¿Lo sabes, no es así?

—Desde el principio.

—Bien, supongo que es mejor así. Te aprecio mucho y no me agrada mentir ni ocultarte nada.

—No tienes que hacerlo. ¿Saldrás, entonces?

—Lo haré.

Ibn Bayyah marchó junto a Aisha.

*

La mujer se arrojó a los pies de Ibn Bayyah, se aferró a ellos y comenzó a llorar.

—¡Ayúdame, gran señor! ¡Sólo tú puedes hacerlo! —exclamó. Se

trataba de una pordiosera, cubierta con un raído manto negro.

El visir salía aquella mañana de su casa y se disponía a marchar a palacio. Levantó a la mujer y le preguntó:

—¿De qué se trata?

—Mi esposo. Los guardias del emir lo han apresado. Dicen que ha robado en el mercado. Le han llevado encadenado ante el cadí.

—Entonces le harán justicia —repuso Ibn Bayyah—. Nuestro cadí, Al-Saffah, es famoso por su rectitud. Si tu esposo es inocente, él lo averiguará.

La desesperación de la mujer no disminuyó con estas palabras.

—Si le declaran culpable de robo, le cortarán una mano, señor. Es la costumbre. Además… —añadió. Y, de pronto, quedó callada.

—Continúa —le instó Ibn Bayyah.

La mujer dudó un tiempo. Por fin, habló:

—Es muy probable que sí lo hiciera.

—¿Piensas que, en efecto, robó?

—Creo que sí.

—¿Y qué fue lo que robó?

—Alimentos.

El visir permaneció en silencio durante unos instantes.

—Mi esposo perdió su trabajo hace tiempo —añadió ella—. Era tintorero, pero estuvo meses enfermo y, cuando se repuso, no le volvieron a dar ocupación. Nuestros hijos tienen hambre, señor.

—Aguárdame aquí.

Se dirigió al Qasr al-Surur y penetró en sus estancias. Preguntó a un guardia dónde se encontraba el emir. Le dirigieron hasta él.

—Estás a tiempo de mejorar tu sistema de justicia, señor —le dijo Ibn Bayyah, nada más verlo.

—¿A qué te refieres?

—Abu Al-Saffah, tu cadí, imparte justicia en estos momentos en el Salón Escarlata, ¿no es así?

—Debe serlo.

—¿Podemos invitarnos a su audiencia?

—¿Dudas de su justicia? —quiso saber Ibn Tifilwit.

—Creo que aplica la ley de una manera harto estricta, eso es todo.

El cadí, al ver en el fondo de la sala a las dos mayores autoridades de la taifa, quedó sorprendido. Nunca antes el emir había supervisado sus veredictos, que se ajustaban siempre a lo establecido en la *sharia* , la tradicional ley islámica. Se levantó de su asiento e hizo un gesto de invitación al monarca para que él lo ocupara. Éste se negó.

—Prosigue con tu labor, Al-Saffah —ordenó.

Se juzgaba en ese momento el robo de una bolsa de mil dinares de oro. El acusado insistía en su inocencia, pero las pruebas demostraban fuera de toda duda que él había sido el autor del hecho. No faltaban testigos. Era ya tan sólo cuestión de dictaminar la pena que debía imponérsele.

—El castigo para los ladrones está establecido por la costumbre. Una vez probados los hechos, sólo queda aplicarlo, de forma que el reo se vea incapacitado para repetir su acción.

Hubo un silencio entre las gentes que llenaban la sala.

—La amputación es lo preceptivo. Así lo ordeno.

Los guardias se llevaron a rastras al acusado, que seguía gritando, para convencer de su inocencia.

Un oficial anunció:

—El caso siguiente.

Otros dos guardias trajeron ante el cadí a un hombre delgado y con aspecto enfermizo. Tenía la cabeza baja y escondía la mirada.

—Se le acusa de robo en el mercado. Cogió varios panes y emprendió la huida. El lugar estaba concurrido y hay muchos testigos del hecho —anunció un escribiente, consultando unos legajos.

—¿Puedes decir algo en tu defensa, antes de que hablen los testigos? —le preguntó Al-Saffah. Por lo general, no era tan oficioso con los acusados que comparecían ante él, pero en aquella ocasión el emir estaba siendo testigo de su trabajo y quería demostrar que lo desempeñaba a conciencia, sin olvidar ningún paso legal.

El acusado respondió en voz baja y sin atreverse a levantar la mirada. Era obvio que aquella situación le avergonzaba.

—No harán falta testigos, señor —dijo—. Soy culpable y no lo negaré. Ya he cometido una falta, no quiero añadir a ella la mentira.

—Bien. Entonces nos has ahorrado tiempo y esfuerzo. Eres un ladrón confeso y se te aplicará la pena adecuada. Entonces...

—Disculpa, Al-Saffah —le interrumpió Ibn Bayyah, avanzando entre las gentes, sentadas sobre una gran alfombra que cubría la estancia —. Creo que nuestro señor, el emir, quiere dictaminar él mismo sobre este caso, ya que ha coincidido que la vista ha tenido lugar estando él presente. Sin ánimo de ofender ni mermar tu autoridad, ¿podrías retrasar el asunto unos minutos y ocuparte del siguiente reo?

El cadí no podía negarse.

—Por supuesto. Dejaré el caso en suspenso hasta que me lo ordenes —repuso.

—Mi señor te lo agradece.

Dicho esto, volvió junto a Ibn Tifilwit.

—Sígueme, señor, te lo ruego.

Ambos salieron del salón. Cuando estuvieron solos, el emir dejó ver su curiosidad.

—¿Qué pretendes? ¿Qué has querido mostrarme, Ibn Bayyah?

—¿No lo ves por ti mismo, gran señor? En tu reino se está aplicando una ley injusta.

—¿Injusta? Ese hombre robó la bolsa con los dinares.

—Eso es indudable. Pero con la mano cortada, nunca más podrá trabajar. ¿De qué crees que vivirá en lo sucesivo?

—Vivirá de limosnas —declaró el emir.

—Te equivocas. Nadie le hará merced de una limosna, pues una mano cortada significa que fue ladrón y que fue condenado por ello; las gentes no se compadecerán de él. Estará marcado y condenado para siempre. La única opción que le quedará será seguir robando.

—¿No merece un castigo? —objetó Ibn Tifilwit.

—Lo merece, en efecto; tenle durante un tiempo en prisión. Cuando salga tendrá la opción de seguir siendo deshonesto o de dejar de serlo. Podrá trabajar y ganarse el sustento; si no aquí, sí en otro lugar.

—¿Y si volviera a robar?

—Entonces deberías volver a apresarle y a castigarle. Pero no es de este hombre de quién te quería hablar.

—¿De quién, entonces?

—Del que hurtó el pan en el mercado. ¿Crees de verdad que ha de aplicarse el mismo castigo al hombre que robó mil dinares de oro para evitar ganarlos con años de trabajo honesto que al que en un momento de desesperación se apoderó de un pan para dar de comer

a sus hijos?

—Los casos no son comparables, eso es patente —respondió el emir —. Pero la ley se ha de aplicar de todas maneras. Un robo es un robo. ¿Cómo podríamos diferenciar el más grave del más leve? Si alguien se queda con una moneda que pertenece a otro eso nos parece un delito menor. Pero ¿a partir de qué cantidad el crimen es más serio? ¿A partir de cinco, de diez, de cincuenta monedas? Por eso hay que castigar a todos los que roban, sin tener en consideración la cuantía de los robado. Seguro que entiendes el problema.

—Lo que entiendo, señor, es que de algo nos ha de servir el raciocinio: debe sernos útil para ponderar lo que es justo en cada caso, con todas sus circunstancias y atenuantes.

—Me sorprendes, Ibn Bayyah. Te creía un hombre justo y amante del orden.

—Me tengo por tal —aseguró el visir.

—Sin embargo, no te da reparo defender abiertamente a un ladrón confeso, aunque su robo no haya sido muy lucrativo.

—Si hablamos de reparo y vergüenza, señor, te diré algo: si en la taifa alguien tiene que robar un pan para que sus hijos puedan comer, la vergüenza no es suya, sino nuestra.

—¿Me estás pidiendo que le exima del castigo? Eso es imposible. No lo haré, por muchas razones que me des para ello.

—¿Te mostrarás inexorable en esto, señor?

—Sí. Robó; y, por tanto, debe ser castigado.

—Muy bien. Si tanto tú como tu cadí os empeñáis en respetar la letra de la ley, te daré una solución para este dilema.

—Habla.

—Dictamina su castigo. Y, cuando conste que fue condenado por su delito, entonces indúltale.

—¿Cómo?

—Lo que digo es bien sencillo: eres el monarca, puedes hacerlo si te place. Perdónale. Todos te honrarán por ello. ¿De qué te sirve el poder, si con él no puedes hacer el bien?

—Las gentes me respetarán menos si no soy firme—objetó el soberano.

—No lo creo. Pero sí es seguro que te amarán más.

Ibn Tifilwit no supo qué responder. Ibn Bayyah continuó presionándole.

—Llamamos a Allah clemente y misericordioso. ¿No quiere Él acaso que nosotros también lo seamos? Y si has de elegir un momento para mostrar tu compasión, éste es el más adecuado.

—¿Te has dado bien cuenta de lo que me estás pidiendo? Quieres que vaya en contra de la ley y de la tradición.

—Las leyes, señor, las han hecho hombres poderosos como tú lo eres y no necesariamente más listos que tú. En cuanto a las costumbres, los reyes siempre pueden derogarlas y sustituirlas por otras mejores. Tus antepasados moraban en el desierto, hasta que algunos decidieron cambiar su vida y marcharon a otras tierras más fértiles. Gracias a este valor para cambiar tú vives ahora entre jardines.

Tras unos instantes de silencio, que parecieron muy largos, Ibn Tifilwit reconoció:

—Siempre sabes convencerme, Ibn Bayyah. Te haré caso también esta vez.

CAPÍTULO VIII

Mayid continuaba avanzando con provecho en sus estudios. Por el día leía una y otra vez los textos que el médico le recomendaba. Al regreso de éste, permanecía a su lado mientras atendía a los enfermos. Por la noche conversaban e Ibn Bayyah le daba consejos y le enseñaba técnicas para curar heridas y para hacer pequeñas

intervenciones quirúrgicas. Ante un enfermo, el maestro le preguntaba cuál era el mal a diagnosticar y qué remedio serviría. Si las respuestas de Mayid eran correctas, le felicitaba y animaba; si no lo eran, le corregía con sumo tacto y le indicaba el procedimiento a seguir con aquella enfermedad. El joven era aplicado, demostraba buenas aptitudes y era claro que con los años llegaría a ejercer la profesión con maestría.

Majid admiraba a Ibn Bayyah por su saber, pero su comportamiento con él tenía un aspecto oscuro. Mientras que aceptaba sin pensarlo un momento cualquier afirmación de índole científica que Ibn Bayyah le hiciera, se mostraba reacio a compartir con él las ideas sobre el mundo o las reflexiones más generales.

El médico, en sus conversaciones nocturnas con su pupilo, tendía a hablar en voz alta, como para organizar de esta forma sus ideas. Intentaba, además, darle a Mayid una formación más completa, no únicamente como físico, sino como pensador. Aunque sin atreverse a refutar a su tutor, era obvio que Mayid no compartía muchas de sus convicciones. La ciencia y la religión parecían no poder hallar un terreno común en el que convivir.

De alguna forma, Mayid había llegado a enterarse de las relaciones de Ibn Bayyah con Aisha. Aquello le desagradó enormemente. Las prostitutas eran acreedoras a cien azotes en la primera falta y a la muerte por lapidación si reincidían. Eso era lo que decían los libros, lo que ordenaba la ley y lo que Mayid siempre había pensado o creído pensar. Su maestro no cumplía la ley y el joven, educado en una ortodoxia estricta, desaprobaba con vehemencia que visitara a una mujer así. Aquel vínculo ilícito era un grave pecado a sus ojos.

Aunque no se atrevió a hablar abiertamente con Ibn Bayyah de este asunto, lo hizo con un rodeo, sacando el tema de lo correcto y lo incorrecto, haciendo énfasis en algunas de sus palabras, para que el otro comprendiera con claridad su significado. Ibn Bayyah era inteligente y entendió el mensaje.

Esa noche, trataron de ética y Mayid se atrevió a dejar patente su opinión sobre el asunto del comportamiento y la vida privada del médico.

—Me has dicho en varias ocasiones, maestro, que hemos de liberarnos de muchas ataduras que nos retienen, que hemos de pensar por nosotros mismos y tomar nuestras propias decisiones, porque sólo así seremos hombres verdaderos y completos. Pero hay algo que se me escapa. Si labramos nosotros mismos nuestro camino, ¿qué valor hemos de dar a las leyes que se nos imponen desde fuera?

—Es una buena pregunta —reconoció Ibn Bayyah— que ha preocupado a muchos. No podemos hacer nuestra voluntad en todo, si hemos de vivir en sociedad con los demás hombres, pues nos convertiríamos en monstruos. Pero tampoco podemos aceptar todas las leyes que existen sin analizarlas a fondo, pues muchas de ellas son injustas y tan malo y vergonzoso es ser un tirano como aceptar la tiranía sin rebelarse contra ella.

—Explícate, por favor.

—Si nadie cuestionara las leyes existentes, entonces no se mejorarían las que son imperfectas ni se derogarían las que son equivocadas. Hemos de ejercer nuestro juicio sobre todos los asuntos a los que nos enfrentamos. Debemos considerar la tradición y las opiniones de otros, por supuesto. Pero, en definitiva, lo más aconsejable es actuar según nuestro propio juicio. Buddha, un filósofo indio de hace muchos siglos, aconsejó que no nos creyéramos nada, aunque muchos maestros lo hubieran afirmado y muchos libros lo refrendasen, hasta que no lo confirmáramos por nuestra propia experiencia.

—Son las palabras de un infiel.

—Con más sabiduría en sí que muchos devotos creyentes, me temo. La verdad absoluta no se encuentra en una u otra religión. Un poco en todas, si acaso. O puede que en ninguna.

—No eres un hombre religioso.

—Sí lo soy, sólo que mi concepto de la religiosidad es distinto del de otros. Todos deberíamos tener nuestra propia religión, nuestra propia forma de acercarnos a Dios.

—Eso que dices es casi blasfemo.

—Pero estamos solos tú y yo, y somos como una familia, ¿no es así? —replicó Ibn Bayyah—. ¿En qué otro lugar podría hablar con más libertad? ¿Sigo?

Mayid se sintió un tanto avergonzado de lo que había dicho.

—Continúa, por favor —pidió.

—Las gentes en todas partes creen que su religión es la mejor, la más verdadera de todas. Es un craso error. Tu religión puede serte beneficiosa, en la medida en que te acerca a Dios. Pero ¿cómo medir su grado de verdad? Si aplicamos la lógica tenemos una respuesta clara. Si una religión fuera la verdadera y las demás falsas, entonces los hombres sabios e inteligentes de todos los lugares seguirían a la primera y sólo los locos y los necios se adherirían a las falsas. Pero sabemos que no es así y que los hombres, necios y listos por igual, siguen la religión que existía en el lugar en el que nacieron. Luego no se demuestra que ninguna religión sea más verdadera que otra. Todas tienen su parte de verdad y sus muchas partes de error.

—¿De error?

—Sí; y no me refiero a cómo o cuándo tuvo lugar la creación o al número exacto de los ángeles o los demonios que la pueblan. Lo que verdad importa no el mito, sino en qué medida sus preceptos te ayudan a vivir una vida más buena y bella para ti y más provechosa para los demás. Y ahí es donde las religiones se equivocan con su ética negativa, basada en prohibiciones: no hagas esto, no hagas aquello.

—Son preceptos para impedirnos pecar —objetó el discípulo.

—Pero este concepto mismo de pecado es muy nocivo, porque obsesiona al hombre. Los moralistas confunden la moral con los fines. Y la moral debe superarse, porque no te conduce al conocimiento ni a la virtud. Es pura negatividad. Sólo reprime los instintos primarios, algo que el hombre debería poder hacer sin que se le amenazara con la ira de Dios.

—¿Estás en contra de la moral, entonces?

—Estoy en contra de la moral como simple prohibición. Por el contrario, debería ser un aliciente para realizar buenas acciones, para elaborar medicinas, para construir acequias, para descubrir los secretos de los astros. La moral es el precepto exterior y sólo le es útil a los hombres sin discernimiento. Pero el ser humano responsable de sus actos debe ser capaz de decidir por sí mismo lo correcto y lo incorrecto, y actuar en consecuencia. El hombre libre se sitúa más allá de este mundo legalista y moralista, más allá del *halal* , lo permitido, y el *haram* , lo prohibido.

—¿No crees que todo esto que me estás diciendo va contra nuestra fe y a nuestras creencias?

—Si lo quieres ver así... Pero lo que yo he deducido de mis lecturas sobre la historia de los hombres es que la sociedad avanza generando ideas transgresoras, gracias a la libertad de pensamiento y a la ruptura de las normas, lo que no gusta a muchos. El avance es lento y los cambios no son siempre a mejor, aunque puedan serlo comparativamente.

—No entiendo. ¿Una acción mala puede ser comparativamente buena?

—Alguien puede pensar que está mal esclavizar a los hombres, aunque por lo general todos aceptan la esclavitud sin mayores problemas. Pero aunque la considerásemos perniciosa, tendríamos que recordar que el hombre que inventó la esclavitud rompió una tradición de milenios en los que todos los prisioneros de guerra eran indefectiblemente asesinados.

—¿Qué quieres decir con este ejemplo?

—Que un comportamiento público o privado que te parece inadecuado hoy, puede ser aceptable e incluso la norma en siglos futuros y que puede suceder también lo contrario. No juzgues, pues, con excesiva severidad al que se comporte de forma diferente de lo que tú esperas.

***

Aquella noche, como muchas otras, el emir ordenó la presencia de los muchos músicos y cantores a los que mantenía en su corte.

En verdad podía estar orgulloso de los artistas de los que se había rodeado. El anterior gobernante, Muhammad Ibn al-Hajj, se había dedicado más a guerrear y a reforzar las fortificaciones de la ciudad. Ibn Tifilwit concentró su esfuerzo por reunir en Saraqusta a las mentes y las sensibilidades más preclaras de su tiempo.

Ibn Bayyah también había sido llamado al Salón Dorado. Al llegar, se encontró allí con numerosos poetas, encabezados por Al-Yannan, que esperaban a su señor. Éste apareció al cabo de poco tiempo.

—Sois gala y ornato de la ciudad —les dijo, como saludo—. Vuestros versos contribuyen a nuestro prestigio.

—Nos haces merced, señor —replicó uno de ellos.

—Quiero que la velada de hoy sea memorable —ordenó mientras se acomodaba. Se veía que estaba de buen humor.

—¿Con que podemos complacerte? —preguntó Al-Yannan.

—Quiero que improviséis para mí. ¡Diez dinares de oro al que invente aquí mismo la más bella metáfora! —ofreció.

—¿Sobre qué, gran señor? —inquirió un poeta.

—Cualquier cosa. Sobre una rosa, sobre la luna, por ejemplo; no, mejor el sol. Sí, el sol.

Todos se afanaron en evocar de inmediato una imagen original, para hacer valer sus méritos.

—«Fuente de luz», «gigante de luz» —adelantó uno de los presentes, con vehemencia.

—Muy vulgar —replicó Ibn Tifilwit—. Pensad en algo mejor.

—«Honra y lucimiento del cielo» —propuso otro.

—Muy largo.

—«Príncipe de los astros» —sugirió un tercero.

—Eso me agrada más.

Al-Yannan consideraba que la suya debía ser la mejor metáfora; su prestigio así lo exigía y era lo que se esperaba de él. Pero en aquellos momentos nada acudía a su mente.

Otros seguían intentando obtener aquella sustanciosa recompensa junto con el reconocimiento del emir. Sus propuestas retóricas eran reiterativas: «espejo del día», «cadena de oro del cielo», «rey de las estrellas», «señor de la claridad». Ibn Tifilwit comenzó a estar un poco decepcionado.

—«Lámpara del mundo» —sugirió, finalmente, Al-Yannan.

—No está mal —concedió Ibn Tifilwit. Y, de repente, se volvió hacia el visir—. ¿Tú nada has pensado, Ibn Bayyah?

—Nada, señor. La inspiración no me acompaña hoy; por eso he preferido no molestar tus oídos con las vulgaridades que se me han ocurrido.

El emir tenía ganas de burla y decidió llevar a sus poetas a una situación más extrema que la de hacerles simplemente competir por una recompensa.

—Me extraña, Ibn Bayyah, pues has dado pruebas de ser un gran artista en la composición poética, quizá el mejor de mi corte. —dijo —. ¿No lo crees así, Al-Yannan?

—Como tú digas, señor —concedió servilmente éste.

La maniobra era demasiado burda. Tanto el visir como el poeta valenciano así lo entendieron. Ibn Tifilwit deseaba enfrentarles, bien por diversión o para que su rivalidad sacara lo mejor de ambos.

—Dejemos estos juegos simples. Por vuestro esfuerzo —añadió, dirigiéndose a los poetas en general— daré diez dinares a todos los

que han propuesto una imagen, aunque no considere a nadie como ganador. Y pasemos a algo de mayor envergadura. Ibn Bayyah y Al-Yannan improvisarán ante vosotros sobre un tema de mi elección y todos demás seréis jueces de quién lo hace mejor. Yo nada diré, sino que aceptaré vuestro veredicto experto sobre quién merece hoy por hoy el título de poeta oficial de mi corte.

—Es una mala idea, señor —le interrumpió Ibn Bayyah.

—Es mi deseo. ¿También en esto piensas llevarme la contraria, visir? No es nada complicado lo que pido: tan sólo un poco de sana diversión. Esto no pasa de ser un juego. Además, es mi voluntad. Compondrás un breve verso sobre el tema que desees. Y Al-Yannan hará otro tanto. Os concedo quince minutos. Mientras tanto, nos entretendremos con bailes y músicas.

El poeta y el visir se miraron entre sí.

A una señal de un sirviente, penetraron unas danzarinas en el salón y comenzaron sus evoluciones, al son de un gracioso ritmo. Ibn Tifilwit parecía complacido. Los forzados contendientes se sentaron en extremos opuestos del salón.

Pasado el tiempo, el emir retomó la competición.

—Dime, Al-Yannan: ¿sobre qué has compuesto tu parte? ¿Qué me ofreces?

—Siempre me gusta hablar de mi tierra, señor, a la que añoro y a la que considero la más bella de todas. Aunque, en realidad, todo Al-Andalus es hermoso. Juzga esta pequeña composición.

—Comienza —ordenó el emir, acomodándose para escuchar más a gusto.

Al-Yannan recitó:

—«¡Oh, habitantes del Al-Andalus!,

¡qué felicidad la vuestra,

que poseéis aguas,

sombras, ríos y árboles!

No existe el jardín del Edén

sino en vuestras moradas

Si yo hubiera de elegir,

con él me quedaría.

No penséis que mañana

podéis veros en el Infierno.

¡En el Infierno no entra

quien ya ha vivido en el Paraíso!»

—¡Hermoso! —no pudo dejar de reconocer Ibn Tifilwit. Viendo su reacción, los presentes elogiaron también el verso en voz alta.

—Ahora hablaré sobre los jardines —indicó Al-Yannan. Era obvio que se había esforzado para lucirse en aquella ocasión que se le presentaba.

Todos guardaron silencio de nuevo.

—«El jardín era como un rostro

de una blancura resplandeciente;

la umbría, una cabellera negra;

el agua del arroyo,

una boca de hermosos dientes.

Fue allí donde la paloma

nos alegró una tarde,

dejándonos escuchar

su dulce arrullo.»

—Con razón te llaman «el jardinero», Ibn Jafaya —declaró uno de los poetas presentes.

—¡Exquisito! —dijo otro.

—Aún hay más —anunció Al-Yannan—. Recuerdo en este poema una ocasión en que las aguas rebosaron el cauce del Shuqra y devastaron la región.

Comenzó así:

—«He vuelto a Al-Jazira

entre el trueno que retumba en mi oído

y la lluvia que azota mis hombros,

como un ave paralizada por las aguas,

viendo derrumbarse los muros

bajo el peso continuo de las nubes.

El mar de la riada

arrastra oleadas de barro;

el cielo se muestra generoso en lágrimas;

los edificios se resquebrajan,

humillados como cautivos ante un tirano.

Los edificios se vienen abajo

inclinándose hacia la tierra

como hacen los mensajeros

delante de los reyes

Se diría que imitaban

a los fieles en la oración.»

La respuesta fue unánime. El patetismo de la descripción y la elegante elección de palabras había conmovido a todos. Sonaron sinceros aplausos y voces de aprobación.

Al-Yannan se sentó, con expresión satisfecha.

Ibn Tifilwit miró a su visir, con una especial sonrisa.

—Es tu turno, Ibn Bayyah —anunció—. ¿Superarás lo que hemos escuchado?

—Será imposible —respondió.

Al-Yannan le contempló, perplejo.

Ibn Bayyah sabía bien que lo que en el fondo mueve a los hombres no son sus apetitos o el afán de riquezas, sino la vanidad. No deseaba herir ni ofender nuevamente a Al-Yannan, tras la ocasión en que se le obligó a componer un nuevo metro. No deseaba su enemistad y, además, reconocía su calidad de poeta. Por eso había decidido presentar una composición inferior, para cederle la gloria al hombre que de verdad la deseaba.

—He escrito sobre ti, gran señor, sobre tu persona y tus grandezas —le dijo al emir.

—Me complace —reconoció el monarca—. Oigamos.

Ibn Bayyah habló así:

—«El reino se adorna con nuestro emir

como las perlas embellecen un collar.

No hay otro tan grande como él;

su gloria resplandece como la luna;

es puro como la lluvia,

luminoso como el alba,

profundo como el mar.»

Los oyentes se miraron unos a otros. Les resultaba difícil disimular su sorpresa ante aquellos versos mediocres. El rostro de Ibn Tifilwit no dejaba traslucir lo que pensaba. El visir prosiguió.

—«Eres fuerte y temible

como Ali en la batalla,

como el califa Umar.

¡Qué león, qué valiente!

¡Qué poderoso lancero,

qué gran batallador!

¡Qué coraje, qué temple!

¡Tu arrojo en el ataque

se hace siempre victorioso!

Tu espada se tiñe de rojo

con la sangre de tus enemigos

y tu lanza se clava, certera,

en el pecho de los malvados.

Creyentes e infieles

hacen la misma plegaria:

¡que Allah proteja siempre

al gran emir Abu Bakr!»

Un gran silencio siguió a estas palabras. Todos parecían avergonzados de aquel poema. Pero Ibn Bayyah estaba satisfecho de su plan. La reacción de los jueces de aquel improvisado certamen estaba siendo la que él había previsto y deseaba. Al-Yannan resultaría vencedor en aquella lid poética.

Pero no había contado con el emir.

Antes de que los poetas emitieran su fallo, Ibn Tifilwit dio veladamente su opinión.

—Te agradezco este panegírico, Ibn Bayyah. Los cantores no suelen mencionar mis capacidades bélicas como tú has sabido hacer. Ahora, oigamos lo que tienen que decir los que os han escuchado.

Aquella insinuación era muy clara y ninguno de los presentes dejó de entenderla. Tras unos instantes de titubeo, uno de los poetas se levantó y anunció con solemnidad:

—El hábil Ibn Bayyah ha sabido hacer tus alabanzas, señor, en un bello canto. Él merece ser el vencedor de esta noche.

Uno tras otro, con voces insinceras, fueron ofreciendo la misma opinión. El emir parecía estar por completo satisfecho con lo que escuchaba, aunque su gusto literario era refinado y no se le ocultaba que aquellos juicios sólo tenían por objetivo complacerle.

Ibn Tifilwit declaró entonces en voz alta a Ibn Bayyah como vencedor de aquel juego poético.

Éste, lo agradeció, con una leve inclinación de cabeza a todos los

poetas. A continuación, cruzó la estancia hasta donde se hallaba su rival. Hablaron aparte.

—¡Enhorabuena! —le felicitó Al-Yannan—. Todos coinciden en que me has vencido en buena lid.

—No me felicites, te lo ruego —pidió Ibn Bayyah—. No tiene sentido engañarnos ni fingir. Sé que no te alegras por mí, como yo sé que tus composiciones eran muy superiores a la mía. He disfrutado oyéndolas tanto como me ha disgustado que no se haya reconocido su verdadero valor.

Ante aquella expresión de sinceridad, Al-Yannan no supo qué contestar.

El visir se dirigió a continuación al emir y le dijo aparte:

—Los versos de Al-Yannan eran mucho mejores, señor. No sé qué pretendías, pero has hecho daño a quien no lo merecía y has cometido una gran injusticia.

Ibn Bayyah abandonó el Salón Dorado.

CAPÍTULO IX

Cuando los cinco visitantes entraron en la sala, Al-Wadi, el imán, se encontraba rezando. Se consideraba impensable interrumpirle, por lo que los recién llegados aguardaron, impacientes.

Eran alfaquíes, doctores coránicos, juristas y especializados en el cumplimiento de la *sharia* , la ley islámica. Los almorávides se contaban entre los más ortodoxos de Al-Andalus. Las dinastías anteriores habían mostrado ser mucho más laxas en la implementación de los deberes religiosos entre sus ciudadanos. Pero ahora imperaba la interpretación de las normas de los teólogos malikíes y ellos establecían el modelo de conducta obligado para los musulmanes. Eran los dueños del dogma y los guardianes de la moral. Nada cedía ante su autoridad.

El único pesar de Al-Wadi era que Ibn Tifilwit no compartiera ni respaldara su postura con su autoridad y con su fuerza. Desde el comienzo de su reinado el emir se había mostrado muy poco

interesado en hacer cumplir la ley religiosa o incluso en respetarla él. Para los alfaquíes no era más que un descreído, interesado nada más en los placeres mundanos de la música y los poemas y poco entregado a la necesaria devoción.

Precisamente de eso quería hablarles Al-Wadi.

Les había convocado en secreto, algo innecesario, pues su posición de primera autoridad religiosa de la taifa le permitía, sin duda, hablar con quien quisiese y cuando quisiese. ¿Qué cosa menos extraña que un especialista en la fe consultara a otros sobre algún aspecto del rito o que gustara de la conversación de hombres expertos como él? Pero el imán tenía sus motivos para que aquella reunión no trascendiera.

Acabados sus rezos, se tocó los ojos con el rosario de cuentas del que se servía, lo besó y lo guardó con cuidado en una pequeña caja de madera. Únicamente entonces se dirigió a sus invitados.

—Compañeros en la fe, os he convocado para pediros consejo y ayuda.

—¿Qué podemos nosotros añadir a tu sabiduría, Al-Wadi? —preguntó uno de ellos—. ¿Para qué nos necesitas?

—Podéis contribuir con vuestro apoyo a un combate oculto que emprendo y que es necesario librar.

—¿Un combate?

—Contra el descreimiento. Contra los que no respetan el espíritu del islam.

Los alfaquíes se miraron entre sí.

—¿Aludes, por ventura, a nuestro señor, Ibn Tifilwit?

—Me refiero a su *shaitan* , a su diablo particular, Ibn Bayyah, quien ha apartado al emir del camino correcto. Ese pecador, ese réprobo —continuó, con odio patente en su voz— tiene presa la voluntad de Ibn Tifilwit, quien le ha elevado al más alto estado de la taifa y le favorece injustamente con honores, en perjuicio de otros que los

merecen más. Incita al emir a perjudicar a nuestros hermanos musulmanes para beneficio de los infieles.

—¿Es eso cierto? —inquirió uno de los invitados.

—La decisión de reducir los impuestos fue sólo suya: él convenció al monarca para que la adoptara. Además, frecuenta el trato de cristianos más de lo conveniente. He oído incluso que no les cobra honorarios por sus curas y sus remedios.

—Yo tenía entendido que era generoso con todos los pobres que se acercaban a él —intervino otro alfaquí—, sin tener en cuenta su procedencia.

—Estás en un error —insistió Al-Wadi—. Me consta que el visir no es muy amigo de la verdadera fe. Él mismo así lo reconoció ante mí, en una conversación que nunca olvidaré. Su influjo es nocivo para el reino y para la gloria de Allah, estoy convencido. Por eso os pido apoyo para neutralizar su ascendente sobre el emir, que obedece en todo a su favorito. ¿Estáis conmigo en esto?

Nadie se atrevió a negarse. No podían dudar de la palabra del imán. Uno tras otro, todos asintieron.

—Ibn Tifilwit debe saber el perjuicio que se está causando a la taifa —indicó Al-Wadi.

—¿Cómo se conseguirá eso? —quiso saber uno de aquellos doctores.

—Quisiera demostrar que Ibn Bayyah es un enemigo oculto de nuestra religión. Pero denunciarle ante el emir no sería suficiente sin pruebas que lo demostraran. En cambio, si pudiéramos hacernos con sus escritos heréticos, nuestra batalla estaría ganada.

—El visir guardará sus manuscritos en su morada, ¿no es así? —preguntó entonces el más anciano de los doctores.

—Al cuidado de un criado, que nunca abandona el hogar.

—Creo que conozco alguien que podría allanarnos el camino hacia esos papeles comprometedores.

—¿Quién?

—Un joven que vive en su casa frecuenta la mezquita de Bab al-Qibla. Le he visto allí con mucha frecuencia.

—¿Nos entregaría lo que buscamos? —quiso saber el imán.

—¿Quién sabe? Pero, dime, Al-Wadi: para expulsar de la corte a ese hereje, ¿hasta dónde estás dispuesto a llegar?

—Haré lo que haga falta.

—Entonces —resumió el anciano— estoy convencido de que podremos resolver este asunto. Si no te asusta emplear el soborno, la intimidación o la fuerza, acabaremos hallando algún camino. ¿Serías capaz de todo eso para lograr tus fines?

Sin pensarlo ni un instante, el imán contestó, con determinación.

—Si fuera necesario, iría aún más lejos.

***

Una vez ante el emir, el imán no perdió el tiempo en circunloquios inútiles.

—Vengo a advertirte de un peligro que se cierne sobre ti y tu gobierno, Ibn Tifilwit.

—¿A qué te refieres? —preguntó el monarca.

—Has criado a una serpiente en tu seno, que acabará atacándote.

—¿Me estás advirtiendo de una traición?

—Quisiera que no fuera así, pero considero mi deber avisarte. Has cometido un grave error al encumbrar a un ser indigno, ávido de poder, cuyo más íntimo deseo es reemplazarte en el gobierno de la taifa. Tus hijos son aún muy pequeños. Si algo te sucediera, un hombre poderoso podría hacerse con las riendas del reino. Ese hombre es Ibn Bayyah.

—¿Ibn Bayyah? —repitió el emir, no dando crédito a lo que escuchaba—. Lo que dices no tiene ningún sentido, Salim Al-Wadi. ¿Por qué habría de pronto él de ambicionar el poder, cuando hube de obligarle a que aceptara el puesto que ahora ocupa?

—No le conoces. O quizá conocías al hombre que era antes. Pero ha cambiado, me consta. Gentes allegadas a mí me han informado, han escuchado sus conversaciones, han reunido pruebas. Te aseguro que planea deshacerse de ti y ocupar tu puesto.

—Le acusas de intentar asesinarme. Considera bien la gravedad de lo que estás diciendo, imán.

—No te mentiría, señor. ¿Qué ganaría yo con ello? Pero, te repito que sé de cierto lo que te estoy contando. Si tú faltaras, si algo llegara a sucederte, no le sería difícil apoderarse del trono. No sería la primera vez que un visir se hace con la corona del que fue su señor. Ibn Bayyah ha halagado al pueblo y ahora éste le sigue y le apoya. Se ha granjeado la buena voluntad de los infieles, concediéndoles innumerables privilegios y beneficios. El ejército tampoco se opondría a su gobierno.

—No le creo capaz de algo así —insistió Ibn Tifilwit.

—Tu ingenuidad será tu perdición, señor.

—¿Puedes probar lo que dices. Al-Wadi?

—Lo haré a su debido tiempo —replicó con prudencia el imán — . Conseguiré para ti testimonios de su deslealtad. Entretanto guárdate de él.

***

Con el rostro cubierto por un velo, Aisha abandonó su hogar, algo que raramente hacía. Decidida, encaminó sus pasos a la calle donde los libreros exhibían sus mercancías.

En aquel tiempo el comercio de libros era una actividad muy lucrativa. La ciudad contaba con muchos centros de enseñanzas de distintas ciencias, lo que significaba cientos de estudiantes que

precisaban textos. Además, los libros de poesía y las colecciones de cuentos estaban de moda: había mucha demanda. El papel abarataba la producción de libros en Al-Andalus, al contrario de lo que sucedía en las zonas bajo el dominio cristiano, donde aún se empleaba el pergamino, de coste mucho más elevado.

La mujer paseó por aquel mercadillo constituido por muchas estrechas tiendas. Los comerciantes apilaban sus libros en el exterior, junto a unas cestas de mimbre que contenían copias manuscritas, folletos y hojas sueltas. Había allí volúmenes de todos los tamaños y calidades, ejemplares de las más famosas obras de Oriente y Occidente.

Aisha fue preguntando a los libreros por algo muy especial que no era fácil de conseguir. Finalmente, alguien le indicó la tienda donde podría hallarse lo que buscaba. Allí dirigió sus pasos.

—Tengo algo de lo que pides, en efecto —le respondió un viejo librero, después de que ella le hizo saber lo que deseaba comprar—. Pero te resultará muy caro.

—No me importa.

—Quizá te interese más una copia manuscrita. Así obtendrás mucha más poesía por tu dinero.

—No. Necesito que sea el original —insistió Aisha.

—Lo guardo como un tesoro, pero me desharé de él en tu favor.

El hombre desapareció en un cuarto interior. Tardó bastante en salir con un manuscrito en la mano.

Cuando hubo escuchado la cantidad que se le pedía, la cortesana quedó impresionada. «He de hacerlo, de todas formas», pensó.

—Debes de ser una gran admiradora de este poeta —comentó el viejo.

Aisha pagó y salió del tenderete con cinco páginas de versos manuscritos.

Pertenecían a una composición original, escrita de puño y letra por Ibn Jafaya Al-Yannan.

Regresó a su casa apresuradamente. Rahman le franqueó la puerta.

—¿Sigue aquí? —preguntó ella.

—Te está esperando —replicó su servidor.

Aisha pasó a un aposento interior.

—Tengo una muestra —anunció al entrar, dirigiéndose a Anwar, que era el visitante.

—Entonces cotejaremos su caligrafía con la del anónimo y sabremos si procede de él —repuso el criado de Ibn Bayyah.

—Quizá tu amo se enfade si llega a saber lo que me has pedido —indicó Aisha.

—No me importa.Tenía que hacerse.

—Estoy de acuerdo. Los que le queremos bien no podemos permitir que su vida corra peligro.

Anwar extrajo de su faja uno de los anónimos amenazadores y lo examinó, comparándolo con aquellos versos.

Aisha y Rahman aguardaron, expectantes.

—No es suyo —concluyó al cabo de unos momentos—. No es la letra de Al-Yannan.

La mujer tomó la hoja y la contempló durante un buen rato.

—No lo es, en efecto —reconoció.

—Tendremos que seguir buscando.

***

Ibn Tifilwit dudó. Recordó la actitud firme de su visir y cómo en

diversas ocasiones se había enfrentado a él y desafiado su autoridad. Recordó su afán por hacer las cosas a su manera e implementar sus medidas de gobierno. Sobre todo esto meditó durante algunos instantes, pero, al cabo, rechazó la idea.

—No, no es posible. Me niego a considerar la traición de la que me hablas —resumió.

—Espero, señor, que no tengas que arrepentirte —dijo el imán—. Además, si sus intenciones en cuanto al gobierno son peligrosas, su actitud ante la fe es aún más insolente. Y ése es un asunto que no te compete a ti resolver, sino a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Ha hablado, escrito repetidamente contra el islam.

—¿Cómo puede ser?

—Su postura es herética: no hay duda de ello. Defiende las ideas de los infieles. Eso, inaceptable en cualquiera que se denomine creyente, es imperdonable en una autoridad del reino.

—Tendrás que probar esto, asimismo —advirtió el emir.

—También lo haré. Pero, gran señor, sigue mi consejo: destitúyelo antes de que sea tarde.

—Al-Wadi, estás sobrepasando tus atribuciones. Respeto tu opinión en asuntos religiosos, pero no te atrevas a decirme cómo debo gobernar.

—Pero...

—Noquiero oír nada más. ¡Ahora, vete!

El imán se dirigió a la salida.

—Ruego a Allah que te des cuenta de la realidad antes de que sea demasiado tarde.

***

Ibn Tifilwit había mandado llamar a Ibn Bayyah a palacio.

El visir se dirigió sin demora a ver a su señor. ¿Qué podría querer?

—He recibido quejas contra ti —explicó, sin otro preámbulo—. Y muy serias.

—No serán las primeras, imagino —repuso el médico.

—Sí, estoy acostumbrado a que me causes problemas; pero éstas son más graves de lo acostumbrado.

—Sepamos qué es lo que has escuchado.

—No tienen que ver con tu manera de aconsejarme. Más bien con tu actitud.

—¿Mi actitud? ¿A qué te refieres?

—Tu actitud con respecto a la religión.

—¿Estás hablando de ideas, señor? ¿De eso que se nos pasa por la cabeza?

Ibn Tifilwit no entendió aquello.

—¿Ideas?

—Sí. ¿Esto tiene que ver con ideas? —recalcó Ibn Bayyah—. Porque no creo que nadie me pueda acusar de hechos. Dime: ¿he calumniado a alguien, por ventura?, ¿he robado?, ¿he matado? Porque si no ha sido así, si con mis acciones no he transgredido ninguna ley, entonces quienes me acusen lo hacen tan sólo porque pienso de un modo u otro, de un modo que a ellos no les agrada.

—Así es —hubo de reconocer el emir.

—Lamento oírlo y lo siento por ellos, porque no pienso dejar de pensar lo que me plazca sólo porque a alguien no le guste. Pero, señor: ¿estás considerando de verdad castigar en tu reino a alguien únicamente por pensar de modo distinto a la mayoría? Dímelo,

porque si es así, lamentaré vivir en esta ciudad.

—Eres insolente, Ibn Bayyah —le interrumpió el monarca.

—¿Lo soy por decirte una verdad que otros no te dirían? —preguntó el visir—. Señor, Saraqusta es justamente admirada en todo Al-Andalus por muchas cosas y entre ellas la tolerancia es quizá la más importante. Musulmanes, cristianos y judíos vivimos juntos aquí desde hace tiempo, sin mayores problemas. El islam siempre ha respetado la fe y el culto de las gentes del libro. Nunca en Saraqusta se ha obligado a nadie a convertirse contra sus principios ni a renunciar a lo que cree. No perdamos ahora esa virtud que hemos tardado siglos en lograr. Muchos hombres, maltratados por una u otra razón en sus lugares natales, se han refugiado aquí y han encontrado amparo y protección de sus perseguidores. Grandes artistas y científicos han acudido a tu corte llamados por la libertad que les otorgas. ¿Vas a recriminarme a mí o a castigarme por ser como soy o pensar en la manera en que pienso?

Ibn Tifilwit consideró aquel punto de vista. Tras unos instantes, respondió:

—Me conoces, Ibn Bayyah. Sabes que te elegí como consejero precisamente porque confiaba en las capacidades de tu mente. He de reconocer que hasta ahora me has servido bien. Estoy satisfecho con tu labor. La taifa prospera y las gentes están contentas. Te aman y te respetan, algo que no es frecuente que les suceda a los gobernantes.

Mientras decía estas palabras, el emir no pudo evitar que cruzara por su mente este pensamiento: «En efecto, el pueblo le ama; quizá demasiado para lo que a mí me conviene.»

—Pero por mucho que sea mi poder, no sólo cuenta mi opinión —continuó el monarca—. Hay unas leyes de nuestra fe que debes respetar.

—Si te refieres al rezo, a la limosna, al ayuno, a los preceptos del islam, nadie podrá decir que no los cumplo. Pero si no lo hiciera, sería Allah quien tendría que pedirme cuentas, no cualquier administrador del reino, ¿no lo crees así? ¿Puedo saber quién me

acusa y de qué?

—Te acusan de ir contra la fe —aclaró Ibn Tifilwit—. Sí, sí: ya sé que es algo muy vago, muy impreciso lo que te estoy diciendo. Se afirma que escribes textoscontra lo divino.

—Eso no es cierto, señor —protestó Ibn Bayyah, sin alterarse lo más mínimo—, y en tu interior tú lo sabes. Algo distinto es que se pueda especular sobre el universo y tener opiniones distintas de las más generalizadas. Eso sí lo hago, lo reconozco.

—Hay ulemas que se dedican a meditar sobre estos asuntos.

—Y son muy respetables, pero también los médicos podemos pensar y llegar a nuestras propias conclusiones, ¿o no? ¿Cómo se puede dar por descontado que una opinión vale más que otra? ¿Cómo tildar a un hombre de sabio o de necio antes de saber lo que dice? La verdad no es el privilegio de unos pocos, tengan el título que tengan. Todos los hombres podemos contribuir al saber.

—Esta conversación no nos lleva a ninguna parte, Ibn Bayyah —cortó el emir—. Yo sólo deseaba advertirte que hay gentes que buscan pruebas en tu contra, pruebas que te perjudicarían, y que dicen estar seguros de poder demostrar sus acusaciones de impiedad contra ti. Si así fuera, si eso se probara, no sé cómo podría dejarte sin castigo. Me vería obligado a juzgarte como réprobo. No lo deseo, porque te aprecio de veras pese al poco respeto con el que te permites tratarme, pero no podría evitar hacerlo. Comprendes el dilema en el que me encuentro, ¿no es así?

—Lo comprendo.

—Entonces, nada más nos queda por hablar de este asunto —resumió el emir.

—¿Puedo marcharme, señor? Tengo deseos de volver a mi morada, pues hay muchos asuntos sobre los que deseo pensar cosas inaceptables.

Ibn Tifilwit hizo un gesto con la mano, indicándole que saliera de su presencia.

CAPÍTULO X

—¿Lo harás?

Mayid vaciló. Su respuesta fue titubeante.

—Sigo sin entender las razones —confesó—. Y me parece casi una traición.

El anciano alfaquí no se alteró ante aquella negativa. Siguió hablando con apacibilidad y paciencia, como lo había hecho ya en varias ocasiones. Confiaba, sin embargo, en acabar consiguiendo el fin que perseguía.

—Es como una traición —repitió el joven.

Habían mantenido ya diversos contactos, a lo largo de las últimas semanas. El anciano conocía las costumbres de Mayid. Le había visto acudir todos los viernes a la mezquita de Bab al-Quibla, orar y pasear luego por su recinto, entablando conversaciones eventuales con unos y con otros. Se hizo el encontradizo con él, le preguntó por sus circunstancias y Mayid, por respeto ante un venerable doctor de la ley, había contestado con franqueza a todas sus preguntas.

Se estableció entre ambos una especie de rutina. Tras el rezo preceptivo, hablaban de la religión que compartían. El alfaquí alababa con astucia la devoción del joven, lo que halagaba a éste. Luego, cuando Mayid le hacía preguntas, el anciano le daba lo que parecían ser muy sabias respuestas.

Hábilmente, en una ocasión, el alfaquí dirigió la conversación hacia Ibn Bayyah y sus enseñanzas. Mayid, ingenuamente, le dio su franca opinión. Su maestro era un hombre notable en las ciencias, de aquello no cabía la menor duda; pero sostenía nociones algo confusas en lo filosófico. Preparaba un libro importante, que iba a revolucionar el pensamiento, o así lo creía Ibn Bayyah. Trabajaba en él durante todo el tiempo libre del que disponía. El manuscrito era de amplias dimensiones y de planteamiento ambicioso.

El anciano se mostró muy interesado y le animó a que le diera más

detalles. Quería saber más.

Tras algunos encuentros, cuando se hubo ganado el respeto y hasta el aprecio del estudiante, el alfaquí le habló de manera directa, pues consideraba que no se podía perder más tiempo. Los imanes de la ciudad estaban preocupados. El anciano hizo a Mayid varias reflexiones. Ibn Bayyah era un hombre de gran importancia, teniendo en consideración su influjo sobre el emir. Pero por desgracia sus ideas no eran del todo aceptables. Podía llegar a convertirse en un grave peligro para la verdadera fe. Su intención sería la mejor, nadie dudaba de su honestidad intelectual; pero por desgracia se había dejado deslumbrar por ideas de infieles, por absurdas teorías cosmogónicas griegas sobre la creación, por la herejía panteísta. Todo aquello podía ser muy perjudicial para los verdaderos creyentes. O quizá no era así y la futura obra del filósofo sería excelente y aceptable para todos. Pero no había forma de saberlo sin conocer realmente lo que Ibn Bayyah plasmaba en ella.

Mayid no había entendido en un principio qué se esperaba de él. El alfaquí se lo explicó.

Para que Ibn Bayyah no se comprometiera en algo que le produjera perjuicio, por su propio bien, convenía que las autoridades religiosas de la taifa entendieran sus ideas, antes de que él las diera a conocer. De haber en ellas algo reprobable, se hablaría con él, se le haría ver lo improcedente de las mismas, se procuraría convencerle amistosamente de que efectuara en su texto algún que otro cambio. Ibn Bayyah podría reunirse con los doctores de la ley y en una especie de pequeño concilio modificar en algo sus afirmaciones para que no resultasen contrarias a las doctrinas del islam. Y si, por el contrario, no había nada en sus textos a lo que se pudiera objetar, entonces el problema no existiría. No sucedería nada. Ibn Bayyah no tendría por qué saber que se había sometido a sus textos a una censura previa. En cualquiera de los dos casos, el servicio que Mayid habría prestado a la religión sería inmenso y Allah se lo tendría en cuenta.

Por otra parte, no se le pedía nada muy difícil. El visir pasaba muchas horas en palacio, lejos de su morada. No le sería complicado a Mayid hacerse con el manuscrito, dejárselo durante algunas horas a los expertos para que lo estudiaran y devolverlo a

su lugar antes de que Ibn Bayyah pudiera echarlo en falta. De ser preciso, podría retenerse en palacio al visir durante algunas horas, con un pretexto u otro.

Pese a su sentimiento claro de lo incorrecto de aquella acción, Mayid dudaba. Una alta autoridad religiosa, un sabio alfaquí, venerable por su edad y sus conocimientos, que había dedicado su vida a Dios y a sus leyes, le pedía en el patio de la mezquita y en nombre del islam que evitase que su maestro se dejase arrastrar por ideas heréticas. ¿Era posible negarse? En realidad, sólo se trataba de dejarles conocer el contenido de un libro unos meses antes de que se hiciesen las copias manuscritas y todas las gentes pudieran leerlo.

—Ibn Bayyah nunca sabrá que fuiste tú quien nos ayudó —le tranquilizó el alfaquí. E insistió—: ¿Lo harás? ¿Harás lo que te pedimos, por el bien de nuestra fe?

Le asió por un brazo, apretándole con fuerza, mientras le miraba a los ojos.

—Aún tengo que pensarlo —respondió Mayid.

***

El ruido le despertó. Era como si un pequeño animal se arrastrase por un rincón de la habitación. Ibn Bayyah se incorporó en su lecho.

—¿Mayid? ¿Eres tú?

Sólo le respondió el silencio. El visir se frotó los ojos y pensó en encender una bujía. Era una noche sin luna y casi nada se percibía. Pero le pareció entrever en un rincón de la estancia una densa sombra de extraña forma. Quedó a la escucha, pero nada llegó a sus oídos. Y, sin embargo, le había parecido que el ruido aquel provenía del interior de la habitación. Su primera intención fue volverse a dormir, por lo que se acomodó en su almohada y se cubrió el cuerpo con la manta. Pero en seguida cambió de opinión y se incorporó de nuevo, esta vez un tanto bruscamente.

El desconocido tomó una decisión rápida. Abandonó el oscuro

rincón donde se encontraba y se precipitó con agilidad hacia la ventana. Saltó al exterior antes de que Ibn Bayyah pudiera reaccionar.

Éste intentó reconocer al intruso, pero sólo pudo verle correr de espaldas, escapando por la callejuela.

—¡Anwar! ¡Anwar! —gritó.

El criado no tardó en aparecer.

—¿Señor? ¿Estás bien?

Ibn Bayyah siguió mirando por la ventana, aunque nada se podía distinguir.

—¿Qué ha sucedido, señor? —preguntó el criado.

A lo que Ibn Bayyah respondió, con voz serena:

—Parece ser que alguien ha pagado a un asesino que no domina bien su oficio.

***

A partir de entonces, Anwar tomó muchas precauciones para reforzar la seguridad de su amo. Le insistió en que permitiera la presencia de los guardias que correspondían a su dignidad y a los que Ibn Bayyah había renunciado en su afán de que su vida siguiera siendo la de siempre. Por las noches, comprobaba que puertas y ventanas estuviesen fuertemente cerradas. Y él se mantenía especialmente alerta y vigilante.

Esto le supuso una dificultad añadida a Mayid, cuando decidió hacerse con los textos de su maestro. Finalmente, la conciencia de lo que le habían presentado como su deber religioso pudo más que la amistad o la lealtad del discípulo.

El joven pensó en la manera de hacerlo y la ocasión no tardó en presentarse: una velada poética en palacio, con multitud de participantes y que duraría de seguro hasta el amanecer. Ibn

Bayyah saldría temprano por la mañana para sus obligaciones y no regresaría hasta el día siguiente.

Cuando llegó el momento, Mayid sintió que las manos le temblaban, pero se repitió una y otra vez que aquello no era un robo ni una transgresión, sino una acción necesaria.

En ausencia de Anwar, se dirigió al escritorio del visir y halló sin dificultad lo que buscaba. Trajo de un armario un legajo de papeles en blanco y los colocó en el lugar donde solía estar el manuscrito. Puso sobre ellos las dos primeras páginas originales del libro, de manera que, de lejos, pareciera que estaba completo. Ocultó bajo su túnica el resto de las hojas y salió a escondidas de la casa.

El alfaquí le esperaba en un lugar convenido. Mayid le entregó aquellas valiosas hojas.

—Allah te premiará por esto —le bendijo el anciano—. Regresa al anochecer a este mismo lugar.

Aquello daba a los doctores varias horas para conocer el contenido de aquel libro réprobo.

El anciano se dirigió apresuradamente a una casa emplazada no lejos de allí.

Los preparativos se habían hecho concienzudamente, pues cuando el alfaquí llegó, una veintena de copistas le estaban aguardando. A todos se les había ofrecido una generosa recompensa por aquel día de trabajo y se les había conminado a que guardaran silencio sobre la labor que iban a realizar. No era necesario. Todos conocían el poder de los alfaquíes y ninguno se hubiera atrevido a revelar nada.

Sin mediar palabra, se dividieron las hojas en veinte partes y todos comenzaron a copiar el texto. Aquello sería la prueba definitiva que supondría el fin del aquel soberbio médico que se atrevía a cuestionar la indiscutible verdad.

Al atardecer, el trabajo estaba completado. A la hora señalada el anciano devolvió el manuscrito original al discípulo, que lo restituyó a su lugar.

Nadie había notado nada irregular.

Entonces, Mayid rezó mentalmente para que en que en aquellas filosofías de su maestro no hubiera argumentos que le comprometieran.



Lo que durante unos días había constituido sólo una sospecha, ahora parecía una evidencia. «Me siguen», pensó Ibn Bayyah.

Era como una intuición, una molesta sensación que le recorría la espalda. Cuando se dirigía al Qasr al-Surur o regresaba de él, cuando cruzaba el mercado, cuando transitaba por calles solitarias o concurridas, daba igual, allí estaba aquella impresión de ser espiado. Ibn Bayyah se detenía, se giraba, escudriñaba a los viandantes; ninguno parecía ser el que le seguía. Su mente le decía que se trataba sólo de un temor, de una sensación, acrecentada por la incursión del desconocido en su aposento. Seguramente nadie se atrevería a atentar contra él a la luz del día, por las calles, en medio de gentes que le conocían y le apreciaban.

Sin embargo, la intuición de Ibn Bayyah no le había engañado, porque era cierto que un hombre lo seguía a todas partes desde hacía unos días.

Aquella noche, regresando de palacio más tarde que de costumbre, Ibn Bayyah decidió terminar con aquel desagradable asunto. Buscó un camino distinto a su casa, un camino que conducía por calles poco transitadas y desiertas. Anduvo despacio, como invitando a su sombra a darle alcance.

Allí estaba. El médico había tenido razón en sus sospechas. Un hombre caminaba tras él, manteniendo una prudencial distancia. Ibn Bayyah iba armado con una pequeña daga, que sería suficiente para defenderse si le era preciso. Pese a su temperamento pacífico, Ibn Bayyah no carecía de valor. Decidió provocar el incidente y acabar de una vez por todas con aquella persecución. En un callejón particularmente oscuro, redujo el paso, como para proporcionar a su perseguidor una ocasión de las que no hay que desperdiciar. Casi

podía escuchar sus pasos tras él. Incluso se detuvo unos momentos, con el pretexto de quitarse tierra de la babucha, preparado para defenderse ante un ataque.

Pero su sombra se paró también. Ibn Bayyah se volvió y pudo distinguir la silueta del hombre medio escondido en un portal, muy cerca de él. Tomó una decisión repentina.

Girando sobre sus pasos, comenzó a correr hacia el desconocido, mientras empuñaba con fuerza la daga. Al verlo, éste se apartó del quicio de la puerta y se colocó en medio del callejón, con las manos abiertas y levantadas. Quería indicar que no era una amenaza.

El visir se abalanzó sobre él y agarró con fuerza su túnica.

—¡Quieto! —le gritó—. ¡No te muevas!

—No lo haré —respondió Rahman.

Ibn Bayyah no reconoció su voz y no supo quién era hasta que le hizo girar la cabeza para que los rayos de la luna le alumbraran directamente.

—¿Eras tú todo el tiempo? —le preguntó, soltándole.

—Era yo —replicó el criado.

—¿También en mi casa?

—¿Qué?

—¿Estuviste en mi casa? ¿Entraste en ella alguna vez?

—No. Sólo te he seguido por la calle durante unos días, precisamente porque alguien penetró en tu casa. Ella me lo encargó.

—Comprendo.

—Me ordenó protegerte y eso intento.

—Te lo agradezco. Y a ella también; transmíteselo.

—Así lo haré —aseguró Rahman.

—Te recompensaré por tu lealtad —ofreció el visir.

—No me vendrá mal, pues ella no puede hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo sabes? —preguntó el criado—. Aisha sufre necesidades.

—¿Cómo es posible?

Rahman contempló durante un tiempo a Ibn Bayyah.

—Nadie la visita. Cerró sus puertas a todos. Sólo está disponible para ti —le dijo. E hizo una pausa—: ¿De verdad que no lo sabías?

Ibn Bayyah no respondió.

—Desde que le hiciste aquella propuesta, ¿recuerdas? —continuó el sirviente—, desde ese día no recibe a nadie. Me prohibió decírtelo, pero yo sé bien lo que le conviene.

—¿Desde ese día…? —musitó Ibn Bayyah para sí.

—Ha vendido todo lo que tenía de valor. En la casa falta ya lo más indispensable. Y, sin embargo, se muestra más contenta que nunca. Carece de dinero para conseguir incluso alimentos, pero es feliz.

—Acompáñame —ordenó el visir.

—¿Adónde, señor?

—A su lado. Tiene que responder hoy a mi pregunta y tendrá que ha

***

Cualquier texto puede ser considerado ofensivo por quien se quiere ofender o herético por aquél que no acepta más opinión que la suya. El libro de Ibn Bayyah, por su misma abundancia de ideas, estaba destinado al rechazo de los hombres de una sola idea.

Al-Wadi se presentó ante el emir con una sonrisa de satisfacción en

el rostro.

—Todo está aquí —le dijo, mostrándole unos papeles—. No me muestro contento por haber tenido razón en lo que te anuncié sobre tu visir, señor, sino por la oportunidad de mantener pura nuestra fe y libre de ideas nocivas y equivocadas.

—Explícate —le ordenó Ibn Tifilwit secamente.

—Son afirmaciones suyas, que contradicen los principios por los que se rige nuestra religión. Este libro es como veneno para el pueblo, que podría hacerle dudar de muchos dogmas.

—¿Lo habré de prohibir, entonces? —preguntó el visir.

—Prohibir el libro y destituir de su cargo a su autor —replicó el imán—. Quien pretende sembrar la semilla de la duda entre los creyentes no puede participar en el gobierno del reino. No es sólo mi opinión; todos los doctores de la ley coinciden en ello. Ibn Bayyah ha de ser privado de su posición en la taifa y habremos de considerar si sus postulados merecen también un castigo añadido.

—Estás hablando de un juicio. ¿Tan grave es lo que afirma?

—Júzgalo tú mismo —propuso Al-Wadi. Y le enseñó una de las hojas que tenía en la mano—. Lee aquí.

Ibn Tifilwit examinó el párrafo que el imán le mostraba.

—Estas sutilezas se me escapan. ¿Hemos de castigar a un hombre por sus palabras?

—Sí, si éstas son contrarias a la fe.

—Ibn Bayyah me ha servido bien. Ha contribuido en mucho al bienestar del reino —protestó aún Ibn Tifilwit.

—Conserva sus acequias y sus fuentes, entonces. Pero no dejes que un hombre vil, amigo de prostitutas cristianas, de conducta reprobable e ideas peligrosas, siga aconsejándote cómo actuar.

El emir guardó silencio.

—No querrás que se te recuerde como un monarca que protegió la herejía, ¿no es así? siguió insistiendo el imán—. En nombre del islam te pido que hagas justicia y castigues al descreído. Los imanes de las mezquitas así te lo exigimos. Y el pueblo también lo hará, a gritos antes tus ventanas, cuando conozca lo que está escrito en estos papeles.

Ibn Tifilwit sintió una gran tristeza en su interior. ¿Por qué todo aquello tenía que acabar así? La ciudad prosperaba bajo su reinado y no se le ocultaba la gran parte de mérito que le correspondía a su visir. ¿Perduraría aquella gloria si Ibn Bayyah abandonaba el gobierno? Por otra parte, a él le era imposible reinar efectivamente sin el apoyo de los alfaquíes, que dictaminaban y aplicaban las leyes religiosas y las normas por las que se regían los ciudadanos.

Un hombre apesadumbrado fue el que dijo las siguientes palabras:

—Sea. Procede contra la herejía. Te entrego a Ibn Bayyah. Si es culpable, que pague. Levanto mi mano protectora de su cabeza.

CAPÍTULO XI

Ibn Bayyah no consiguió formularle de nuevo su petición de matrimonio a Aisha. En el momento en que llegó al callejón junto con Rahman, pero antes de entrar en la casa, dos guardias le alcanzaron.

—Tienes que venir con nosotros, visir. Ibn Tifilwit así lo ordena —le dijeron sin más.

—Tendrá que ser más tarde —respondió Ibn Bayyah— ahora tengo otro asunto más importante del que ocuparme.

—No lo has entendido, señor —aclaró el soldado—. El emir no te convoca a su presencia. Hemos venido para conducirte a prisión por orden suya.

Durante unos instantes, el rostro del visir dejó entrever su estupor.

—¿El propio Ibn Tifilwit os envía?

—Hay acusaciones contra ti —declaró uno de los guardias,

avergonzado—. Tenemos que cumplir lo que se nos ha mandado.

—Rafiq, Hassan —les interpeló Ibn Bayyah, llamándoles por sus nombres, pues les conocía bien—. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué acusaciones son ésas?

—Lo ignoramos, señor.

—¿Y me apresaréis a mí? ¿Seréis capaces?

Los dos hombres se mostraron contritos.

—No nos lo hagas más difícil, señor —pidió el llamado Rafiq—. Tú has hecho leyes y mandado a hombres. Sabes que debemos obedecer. Te rogamos que no te resistas. Acompáñanos sin más demora.

El visir puso la mano sobre el hombro de Rahman.

—Ve a ver a Anwar y haz que te entregue el dinero que necesites. Di que yo se lo encargo. Lo otro tendrá que esperar.

Ibn Bayyah emprendió la marcha junto a su forzada escolta. Aisha, desde una ventana, había contemplado con angustia todo lo sucedido.

***

Le condujeron al palacio de invierno del emir, dentro de las murallas, en la parte noroeste de la ciudadela. Su torre, denominada de Al-Sudda, dominaba el río Ibruh [Ebro].

Abu Al-Saffah, el cadí, se encontraba allí para recibirle.

—Tengo algo que leerte, Ibn Bayyah, por mandato del emir. Siéntate. Hay orden de que se te trate con respeto, como exige el cargo que has desempeñado hasta este momento. ¿Necesitas algo?

Ibn Bayyah no se dignó contestar y guardó silencio. El cadí procedió a leer el edicto de encarcelamiento, firmado por el monarca.

—«Yo, Abu Bakr Ibn Ibrahim Ibn Tifilwit, señor de Saraqusta y siervo de Allah, el Clemente, el Misericordioso...»

La firma del emir bajo aquel edicto destituía a Ibn Bayyah de su cargo en la corte, le privaba de toda autoridad y le dejaba a merced de un tribunal religioso que se constituiría especialmente para aquel caso. La acusación que se le hacía era harto genérica: ideas contrarias a la fe, aunque sin otra especificación.

—No se te atribuye ningún delito común, Ibn Bayyah —explicó Al-Saffah—. Por eso no seré yo quien te juzgue, lo que me complace, pues te respeto de veras y no te deseo ningún mal. No obstante, he de decirte que el emir ha ordenado que tus bienes se confisquen preventivamente; caso de ser declarado culpable, tu fortuna pasará al erario. De ser exonerado, tus posesiones te serán devueltas. En este momento, los guardias están sellando tu casa y confiscando tus libros y tus escritos.

—¿Quién habrá de juzgarme? ¿Y por qué?

—Algunos han considerado perniciosos tus escritos, por lo que habrás de responder de ellos. Los doctores de la ley te interrogarán y se te darán múltiples ocasiones de explicarte y de convencerles de tu adhesión a la verdad. Deseo de corazón que consigas justificarte. Si puedes hacerlo a satisfacción de tus jueces, serás puesto en libertad.

—Comprendo. Pero no creo que Al-Wadi pueda quedar satisfecho por nada que yo pueda alegar.

El cadí abandonó el tono oficial que había mantenido hasta ese momento y habló con más amabilidad:

—Mi consejo, Ibn Bayyah, es que no te enfrentes en nada a tus acusadores. En realidad, creo que ninguno te desea en verdad ningún mal. Diles lo que quieren oír, aclara los equívocos que tus escritos hayan podido crear, acepta lo que te aconsejen y todo este desagradable incidente acabará pronto. Podrás volver a tu vida de antes, a tus plantas y a tus enfermos. Entenderás que, de quedar libre, no recuperarías tu cargo, pues aunque se demostrara tu inocencia, no conviene a un gobernante tener a su lado a alguien

sobre el que hayan recaído sospechas, de cualquier tipo de sean.

—Eso no me entristece —respondió el médico—. Nunca ambicioné el poder, por lo que no me cuesta mucho renunciar a él. Y, además, poseo conocimientos. Con ellos, siempre podré ganarme la vida. Pero lo que me aconsejas que haga y diga quizá no sea tan fácil.

—Quizá tengas razón —concedió el cadí.

—¿Puedo recibir visitas? Quisiera hablar con mi anciano sirviente. Si mi casa ha sido sellada, tendré que ocuparme de él y de un joven discípulo que se encuentra bajo mi tutela y ante cuyos padres soy responsable. ¿Me está permitido verlos?

—Tendré que preguntarlo —respondió Al-Saffah.

***

Se trasladó al prisionero a una celda, con órdenes de que no se comunicase con nadie. Ibn Bayyah pidió que se le dejara escribir y su deseo le fue concedido. Le trajeron papel y pluma, para que engañara al tiempo componiendo versos, si así lo deseaba.

Por otra parte, no se iba a dilatar mucho el momento en que tendría que comparecer ante sus jueces. No iba a ser un procedimiento normal, sino una suerte de coloquio en que se le iba a permitir debatir de forma civilizada, al parecer, sobre algunos temas profundos. Pero la sombra de un castigo ejemplar se cernía sobre el médico.

Transcurrieron varios días.

La suerte de sus amigos preocupaba a Ibn Bayyah. Sólo por ellos y por Aisha deseaba que aquel asunto acabase de una vez, de una forma u otra. ¿Qué sentía por la pérdida de su cargo? Saber que ya no se consideraría su opinión le provocaba alguna frustración, ciertamente, pero le reconfortaba la idea de que muchas de las mejoras que había planeado para la ciudad se habían llevado a cabo y estaban dando sus frutos. De todas maneras, no había considerado nunca su cargo junto al emir más que como una actividad pasajera. En la vida había muchas otras cosas en las que ocuparse.

Para hacer que los días pasasen más deprisa, se dedicó a poner por escrito sus impresiones sobre el gobierno, sus reflexiones sobre la labor política, por si más adelante podían servir de algo a otros hombres.



En la sala de audiencias, el emir recibía al pueblo. Era una nueva costumbre, aconsejada por Ibn Bayyah y que Ibn Tifilwit había adoptado. Un día en la semana, durante una hora, cualquier ciudadano de la taifa podía penetrar en un salón del palacio y sentarse ante su monarca. Con algo de suerte, conseguía un momento para expresarse y concentrar en sí la atención de su soberano. Varios oficiales recogían las declaraciones escritas y tomaban nota de las decisiones del emir.

Aquella mañana hubo muchas peticiones. Ya casi se terminaba el tiempo previsto para la audiencia e Ibn Tifilwit se disponía a marcharse, cuando se elevó una voz de entre los asistentes.

—¡Ibn Bayyah quiere dirigirse a ti, gran señor!

El emir fijó la mirada entre los presentes, pero no distinguió al que había hablado. Se levantó y dijo:

—Ibn Bayyah está privado de mi favor y se encuentra prisionero por orden mía. ¿Quién ha hablado?

Anwar surgió de entre las gentes que asistían a aquella multitudinaria audiencia.

—Aunque mi oficio es el de criado, ahora mismo, ante ti, soy el mismo Ibn Bayyah, puesto que hablo por su boca.

Los guardias hicieron ademán de aproximarse al viejo, pero Ibn Tifilwit les detuvo con un gesto de su mano.

—Acércate a mí —ordenó a Anwar—. Conversemos en privado.

Se hizo desalojar la sala. El criado se acercó respetuosamente al emir.

—¿Traes acaso un mensaje de ese hombre que ha defraudado las esperanzas que puse en él? —preguntó éste—. ¿Cómo es posible? Creo recordar que prohibí que se le visitara.

—No le he visto, gran señor —repuso el viejo—. Y si hubiera logrado visitarle, no me hubiera enviado a recriminarte, pues es demasiado noble para devolver el mal que le hacen.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —gritó Ibn Tifilwit, indignado.

—Puedes mandarme castigar si mis palabras son insolentes. En realidad, puedes mandarme castigar incluso aunque no lo sean, pues eres la autoridad. Ella puede evitar que tengas que oír lo que te quiero decir. Ejércela y acállame, si así lo deseas; pero si eres un hombre recto, como siempre he pensado que eras, entonces tu conciencia misma te repetirá lo que yo voy a decirte, sin que puedas hacerla enmudecer.

—¿Vienes a pedirme que perdone a tu amo? No está preso por un capricho mío. Sólo su impiedad le ha llevado a la situación en la que se ve.

—¿Impiedad, el mejor de los hombres? —replicó Anwar—. Se cuentan por cientos en esta ciudad aquellos a los que ha favorecido o ayudado, con su dinero o su esfuerzo. ¿Qué mayor piedad puede mostrar un hombre por otros obres? Pregunta a quien quieras, fuera de esta corte, que sólo le ha proporcionado penas y sinsabores. Y no, no vengo a pedirte su libertad, pues si tú mismo eres incapaz de comprender que tu acción es inicua, de nada servirán mis palabras, ningún argumento te convencerá.

—¿Para qué has venido, entonces?

—Tenía que hacerlo, por él y por mí, aunque no confíe en poder ablandar tu corazón. Ibn Bayyah siempre dice que si ejercer la tiranía es pecado, también lo es soportarla en silencio.

—¡Guardias! —gritó Ibn Tifilwit.

Dos soldados, que vigilaban la puerta, se acercaron al monarca.

—Aprésame a mí también —le invitó Anwar—. Yo, en tu lugar, lo

haría, si fuera el emir y alguien me hablara como yo te hablo ahora. Pero yo no soy más que un sirviente, un ser de vida mezquina y sin grandeza de alma. Tú, en cambio, se supone que eres un hombre grande, un ser superior, con autoridad divina para regir a tus súbditos.

—No me enredarás con tu palabrería. Te castigaré por tu insolencia.

—Ya contaba con ello. Acallar así a quien te dice la verdad será otra injusticia que añadir a las que has cometido.

Los guardias se colocaron detrás de Anwar y le sujetaron por los brazos, con intención de llevárselo a rastras. Pero el emir aún no había dado la orden.

—Tras tu entronización, todos en la ciudad nos felicitamos por la perspectiva de un emir justo y bueno, como entonces nos pareciste —continuó el sirviente—. Y si has mandado hacer cosas beneficiosas para tus súbditos, es porque Ibn Bayyah te las ha aconsejado. La gente no es tan ignorante como se puede suponer, señor. ¿Piensas que tu pueblo no sabe quién ha estado detrás de la construcción de cada acequia, de la exención de cada impuesto, de cada medida justa, de cada ley beneficiosa? Has tenido mucha suerte y la has despreciado torpemente. El más sabio de los hombres de tu taifa ha trabajado para ti con lealtad. Te ha dado con generosidad los frutos de su inteligencia, su tiempo, su esfuerzo. Y tú le has pagado con la prisión. Ibn Tifilwit, yo ya estoy viejo y nada me importa lo que me suceda. Así es que no temo decirte, con todo respeto por la posición que ocupas, que como hombre me causas una profunda lástima.

Hubo una larga pausa. Los soldados miraron al emir, como esperando sus instrucciones. Después de unos momentos, Ibn Tifilwit les ordenó en voz más baja de la que habitualmente empleaba:

—Dejadle marchar.

***

El consejo de alfaquíes llevaba varias horas reunido.

Las autoridades religiosas del reino ocupaban un salón en el palacio de invierno. Habían leído una y otra vez las copias del manuscrito del médico y ahora poseían también como prueba los originales, pues se habían hecho con ellos tras registrar y sellar la morada de Ibn Bayyah. Todo el proceso se basaría en aquellas palabras escritas.

Ibn Bayyah no supo en qué día ni en qué momento tendría que comparecer ante sus jueces. Nada le habían dicho. Tampoco se le había permitido ver a nadie, por lo que su preocupación por los suyos iba en aumento. No sabía que Aisha había acogido en su casa a Anwar, cuando los soldados cerraron la casa del médico y se incautaron de todos sus escritos.

La cortesana también había ofrecido cobijo a Mayid, pero éste se negó a aceptarlo. Declaró que, preso su maestro, ya nada le retenía allí y que regresaría de inmediato a Batalyaws, su ciudad natal. El joven se mostraba taciturno. Qué pensaba para sí era muy difícil decirlo, pues albergaba dos sentimientos antagónicos: la gratitud a su maestro y la satisfacción porque hubiera de sufrir por su descreimiento.

Anwar y Rahman habían mantenido desde entonces largas conversaciones, en las que reafirmaron su intención de proteger a sus amos, mientras durasen aquellos malos tiempos.

Una tarde, sin previo aviso, los soldados sacaron al médico de su encierro y le llevaron a presencia de sus jueces. Le invitaron a sentarse en la alfombra, en medio de un semicírculo formado por los seis alfaquíes. Éstos se dirigieron a él con respeto, como si se dispusieran a entablar una conversación amigable, ignorando el hecho de su interlocutor estaba hasta unos minutos antes en una malsana celda, en la que había permanecido durante varias semanas.

—Abu Bakr Ibn Bayyah, tendrás que dar cuenta cumplida de algunas de tus afirmaciones, puestas por escrito, que este consejo considera contrarias a la fe. Pero, antes de nada, contesta: ¿aceptas la autoridad de este tribunal?

Ibn Bayyah no dudó en responder:

—Acepto la capacidad de cualquier hombre de juzgar mis ideas y debatirlas conmigo. En cuanto a la autoridad para castigar, es ocioso que me preguntéis, pues los castigo sólo los impone quien tiene la fuerza para hacerlo. ¿O es que no me castigaríais si yo no reconociese vuestra autoridad?

El acusado vio entonces sus manuscritos en manos de sus jueces.

—¿Cómo habéis conseguido esos escritos? —quiso saber.

—Eso es algo que no tenemos por qué explicar —contestó Al-Wadi, que presidía el consejo—. Confórmate con saber que los hemos estudiado a fondo y entendemos bien lo que implican.

—Pertenecen a una obra inacabada aún y sin corregir.

—¿Afirmas que te desdices de su contenido? —preguntó el más joven de los jueces—. De ser así, nos ahorrarías mucho tiempo y sería lo más provechoso para ti.

—No reniego de ninguna palabra de las que he escrito —repuso Ibn Bayyah—. Eso sería unan gran cobardía. Tan sólo indico que no es una versión definitiva de mis ideas.

—Eso no debe preocuparte, Ibn Bayyah. Por fortuna para nosotros tienes la virtud de ser muy directo en lo que escribes y el defecto de repetirte una y otra vez, por lo que tus ideas no pueden entenderse de otra manera distinta de la que tú pretendes —afirmó Al-Wadi.

—Me alegra que mis opiniones queden claras en mi libro. Así todas las gentes podrán entenderlas.

—No será así, Ibn Bayyah, porque tu libro no se difundirá.

—Te equivocas, imán. Tardará más o menos, pero al final mi pensamiento se conocerá, por mucho que ahora intentéis impedirlo. Vosotros, los juristas malikíes —dijo, dirigiéndose a todos sus jueces — aplicáis con crueldad la ley en su forma más extrema y sin compasión, quemáis libros y perseguís a los *falasafiya* . Pero esto no os hace más sabios ni más virtuosos a los ojos de Allah.

—¡Tu *falasafiya* se opone a la teología! —objetó uno de ellos.

—La teología misma no es sino especulación. Yo, simplemente, me cuento entre los que buscan la verdad, no entre los que creen que ya la han encontrado.

—¿Niegas entonces que tus ideas ofendan al islam?

—Por completo. De hecho, mi filosofía personal se basa en el amor a Allah y en la unión mística con él.

—¿La unión con Dios mediante la fe?

—La unión con Dios a través de la inteligencia. El mío es un racionalismo místico.

—Tendrás que explicar eso —le conminó Al-Wadi.

—Y os quedaré agradecido si me permitís hacerlo.

—¿Cómo llegas a esa unión mística que propugnas? —preguntó uno.

—Por tres caminos que se han de recorrer a la vez —respondió el médico.

—Explícate.

—El primero de ellos consiste en la práctica de las virtudes morales. Coincidiréis conmigo en su validez.

—Según en qué fundes la definición de esas virtudes.

—En la conducta honesta y el amor a los semejantes.

—¿Y no en el respeto a la tradición?

—No, cuando la tradición no es buena.

Los alfaquíes intercambiaron significativas miradas.

Ibn Bayyah continuó:

—Los otros dos caminos son el perfeccionamiento de nuestras facultades y la formación intelectual, actividades a las que espero que no tengáis nada que objetar.

—Te estás olvidando de la fe, Ibn Bayyah.

—La fe de nada sirve para conocer a Dios.

—¡Blasfemia! —gritó uno de los presentes.

—Tener fe es creer aquello de cuya verdad no tenemos certeza alguna. La fe es lo contrario del conocimiento, lo totalmente opuesto. Nadie tiene fe en que el agua sacie la sed y apague el fuego; sabemos de cierto que apaga la sed y que acaba con las llamas. Es un conocimiento verdadero que hemos adquirido y que todos los hombres comparten, independientemente de tiempo y lugar. El conocimiento debe ser así: fijo e inmutable. Y yo quiero conocer a Allah, no sólo creer falsamente que le conozco.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —preguntó, airado, el alfaquí que había conseguido los textos.

—Sí, me doy cuenta. Precisamente he dedicado muchos años de mi vida a pensar en ello.

—Esas ideas no son las nuestras.

—No lo son, en efecto. Pero nuestros sabios y pensadores no han sido los únicos que ha habido en el mundo. Gentes de otros pueblos han acertado en sus juicios y nosotros debemos aprovecharlo. Yo mismo he querido mezclar en nuestra mística islámica ideas de Arastu y Aflatun, que nos hacen ver todo más claro.

—¡Infieles!

—Yo no los llamo así, porque no me complace nada esa palabra.

Al-Wadi interrumpió la disputa.

—Es la hora de la oración. Continuaremos en otro momento. Y tú, Ibn Bayyah, tendrás que dar explicaciones que nos resulten más satisfactorias, si quieres contar con nuestra benevolencia.

Ibn Bayyah respondió:

—Intentaré que mis explicaciones sean lo más precisas posibles. En cuanto a vuestra benevolencia, no cuento con ella en absoluto.

***

A mitad de la noche, el prisionero se despertó, se incorporó y quedó sentado en su jergón.

Ibn Tifilwit estaba ante él, de pie en la oscuridad.

Durante un buen rato los dos hombres nada se dijeron. El emir había venido solo; no le acompañaba ningún guardia. Tampoco de la expresión de su rostro se podía inferir su propósito.

Por fin, Ibn Bayyah rompió el silencio.

—Creo saber a lo que has venido, señor. Me imagino lo que quieres de mí, pero no voy a facilitarte la tarea. ¿Por qué habría de hacerlo?

—¿A qué te refieres? ¿Qué puedes saber de mis intenciones? —preguntó el emir.

—Te conozco, señor. Pretendes que te exonere de tu culpa, que finja creer que no estoy aquí por tu deseo sino por mis delitos, que admita que te has visto obligado a apresarme. No te agrada la situación a la que hemos llegado y quieres librarte de tu parte de responsabilidad y culpar a los imanes intransigentes y al filósofo descreído. Pero yo no puedo mentirme a mí mismo para que tú descargues tu conciencia.

—¿Tan transparente soy? —reconoció el monarca, con pesadumbre—. Has llegado a conocerme bien, Ibn Bayyah.

—La culpa se refleja en tu rostro, señor. Los alfaquíes tienen sus razones para condenarme, pues su dogmatismo les impide ver más allá. ¿Pero tú? Yo te consideraba un hombre fuerte, una mente libre que pensaba por sí misma. Querías entrar en la historia como alguien que cambió algo. Pero a los hombres que viven esclavos de la tradición nadie les recuerda, Ibn Tifilwit, porque no son ellos

mismos, sino tan sólo marionetas de la costumbre y de la inercia.

—Yo no puedo oponerme a los doctores de la ley.

—Di más bien que no te atreves. Pero no puedes escudarte en las decisiones de otros y pensar que la responsabilidad no te alcanza. Todos respondemos de nuestros actos, porque todos nuestros actos, hasta los más pequeños, tienen consecuencias.

—¿Me pides que emplee mi poder para dejarte en libertad?

Ibn Bayyah movió la cabeza.

—Yo nada te he pedido. No te he hecho llamar. Tú has venido a mí. Si me ofrecieras la libertad, no la querría. Se me juzga por mis ideas, que mis jueces no comprenden y no conocen por entero. Ahora debo aclararlas y defenderlas. El posible castigo no me importa demasiado, pero no quiero que se tergiversen mis pensamientos, pues no se debe difundir el error.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Ibn Bayyah? —se preguntó el emir, con amargura—. Nosotros íbamos a hacer de esta taifa un lugar mejor.

—Y lo hemos conseguido en cierto grado —reconoció el médico—. Has promulgado buenas leyes y tomado medidas acertadas.

—Con tu consejo y por tu iniciativa.

—Sí, pero has sido tú quien las has promulgado. Nadie puede quitarte ese mérito. En cuanto a mí…

—Entiende que no puedo cambiar mi postura y oponerme a nuestra religión.

—A lo que algunos hombres entienden que es nuestra religión —corrigió Ibn Bayyah—. El islam es muy superior a las opiniones de algunos seres mezquinos. En cuanto a lo que tú puedes o no puedes hacer, tu dilema nos da una clara enseñanza: el poco valor del poder.

El emir bajó los ojos.

—Mírate, Ibn Tifilwit —continuó el prisionero—. Mandas sobre la vida y muerte de miles de hombres y no puedes ayudar a un amigo y colaborador. Dictas cien leyes justas y no puedes derogar una que no lo es. Vences en la batalla a mil valientes enemigos armados y eres incapaz de imponerte a la voluntad de cinco alfaquíes mezquinos. Puedes proporcionarte todos los placeres, pero no puedes dormir con tranquilidad. Créeme que no te envidio.

Ibn Bayyah se acostó en su jergón y dio la espalda al emir.

—Si esto te sirve de algún alivio, señor, no te guardo rencor. Y ahora, permíteme que descanse. Yo sí tengo sueño.

Ibn Tifilwit salió de la celda.

***

Los alfaquíes leyeron en voz alta ante su acusado muchas frases elegidas de su obra inacabada, que llevaba el título provisional de *Tadbir al-mutawahid [El régimen del solitario].* No lo hacían realmente con la intención de debatir su contenido, sino para conseguir que Ibn Bayyah las reconociera públicamente como suyas y se comprometiera, pues para ellos contenían ofensas indiscutibles a la ley.

—Has atacado a los ulemas, Ibn Bayyah, y tendrás que explicar tus razones.

—No es así —refutó el médico—. No he hecho de ellos ninguna censura ni crítica.

—Ve lo que has escrito aquí —indicó un alfaquí. Y leyó de una hoja manuscrita—: « No conocemos nada mejor que nuestra dedicación a la ciencia, la cual es superior al resto de otras clases de oficios, ¡que los hombres reconozcan que la ciencia es la más excelsa de las actividades humanas! ». ¿Cómo, si no ha de interpretarse esto?

—Su sentido es claro, a mi parecer.

—¿Es el científico superior al teólogo que se ocupa continuamente de lo divino, de interpretar la voluntad del Todopoderoso? ¿No es la

entrega a Dios la finalidad del hombre?

—Eso es meramente una cuestión de opinión. Especular sobre lo divino tiene su valor. Pero para que el hombre pueda dedicarse a la religión, primero ha de estar vivo. Y es la ciencia la que le permite al ser humano sobrevivir, la que le hace aprender qué fruta puede coger, cómo ha de cultivar su alimento, cómo protegerse de los elementos o como construir un edificio que le sirva de refugio. Se ha de conocer a Dios, pero antes debe conocerse al mundo en el que se vive.

—Según tú, ¿no basta con el abandono a la voluntad de Allah?

—No basta.

—¿Cuál es entonces el fin del hombre? —inquirió Al-Wadi.

—Has formulado la gran pregunta, imán.

—¿Y tienes respuesta para ella? —preguntó éste, con un punto de ironía. Al-Wadi se alegró. Tuvo la certeza de que aquella cuestión perdería por completo a Ibn Bayyah.

El médico tampoco ignoraba lo que vendría a continuación. Todo lo anterior habían sido pugnas sobre ideas menores. Ahora se le exigía la explicación crucial de su pensamiento, que con toda seguridad le enfrentaría sin remedio a aquellos paladines de la ortodoxia. Pero Ibn Bayyah era demasiado honesto para negar, mentir o siquiera suavizar lo que defendía.

—Sí. Tengo respuesta —dijo lacónicamente.

—Exponla, pues —le invitó Al-Wadi, con fingida cortesía.

Ibn Bayyah pronunció las palabras de las que dependería su vida y la de otros.

—El fin del hombre no es el amor a Dios, sino la búsqueda del conocimiento, puesto que la sabiduría es el estado más perfecto de las formas espirituales que puede adoptar el ser humano. Yo postulo que podemos elevarnos hasta la primera causa, pero no por la fe, sino mediante la inteligencia. ¿Qué es Dios, en definitiva?

Básicamente es conocimiento y sabiduría. Allah para mí es eso: lo he llamado Intelecto supremo.

—¿Te atreves a cambiar el nombre de Dios?

—Sólo insisto en lo que constituye su esencia.

—Continúa —le indicó el imán.

—El proceso de obtención de la sabiduría y de la espiritualización del yo ha de llevarse a cabo de la forma más humana, a saber: con reflexión y libertad. Es esta búsqueda en la que hemos de ocuparnos. No debemos concentrar nuestros esfuerzos en perseguir la virtud, puesto que la sabiduría ya conduce directamente a la bondad. La racionalidad nos hace ver lo inútil que es la conducta incorrecta. El sabio es por necesidad un hombre bueno. Por ello debemos concentrarnos en lo único importante: seguir ese itinerario hacia Dios, siguiendo un camino espiritual especulativo, de aprendizaje, a cuyo término nos divinizamos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó uno de los jueces, con indignación.

El filósofo prosiguió con su explicación.

—No creo en la inmortalidad personal del alma individual, sino en su unión con el Intelecto supremo. En él, todos los yoes quedan fundidos en uno solo. Cuando las almas liberadas se reintegran al seno del Intelecto, forman con él un solo ser, abandonando su individualidad. Y si este Intelecto es numéricamente uno, todos los individuos que tienen tal intelecto serán también numéricamente uno.

—Entonces, en extremo, ¿el hombre es uno con su Creador?

—Así lo creo. Surge de él y a él se reintegra a través del conocimiento.

—¡Eso es herejía! Es el panteísmo de los griegos, enmascarado con otras palabras —proclamó un juez.

—Se opone a nuestras creencias sobre la Creación —añadió otro

alfaquí.

—Ello no ofende a Allah —precisó Ibn Bayyah—. Nada hay en esta teoría que suponga un detrimento a la religión. Se trata tan sólo de otra posibilidad que propongo. Que Allah hiciera surgir los mundos de sí mismo y no de la nada. Los griegos sostenían la máxima *«ex nihilo nihilum»* , de la nada no puede surgir nada. Yo comparto esta opinión.

Habló entonces Al-Wadi. Sus palabras sonaron como definitivas.

—Ya hemos oído bastante de esta herejía monista. No necesitamos más para conocerte, Ibn Bayyah. Ahora puedes retirarte, pues debemos dictaminar qué hacer contigo.

Y el imán pensó: «No ha hecho falta mucho tiempo. El muy necio podía haber callado y nos hubiera resultado difícil probar su culpabilidad a partir de unos pocos textos oscuros. Pero ha querido hablar y justificar sus ideas y, al hacerlo, se ha condenado sin remedio.»

CAPÍTULO XII

Cuando la ciudad tuvo noticia de la detención del visir y de las acusaciones que sobre él pendían, las gentes se indignaron.

El aprecio que le tenían era genuino. El pueblo tenía bien presente el bien que les habían aportado los edictos sugeridos por Ibn Bayyah, a quien concedían justamente todo el mérito. No olvidaban tampoco su labor como médico, su entrega a su oficio, su generosidad con los más necesitados.

No se sabe de quién partió la idea, pero muchos de aquellos a los que había beneficiado, los que pagaban menos impuestos, los que obtenían agua limpia de las nuevas fuentes, los enfermos curados por su ciencia se reunieron de manera espontánea y se dolieron de aquella injusticia.

Desde un aposento del Qasar al-Sudda, Ibn Tifilwit oyó los gritos de una muchedumbre, que protestaba por la destitución del visir. Se asomó al ventanal y vio a un gran número de sus súbditos, airados,

pidiendo la liberación de Ibn Bayyah. No podía tolerar aquello, por lo que dio órdenes a su guardia para que los dispersara.

Los soldados arremetieron contra aquellas gentes, que pronto se huyeron a la desbandada. Nadie resultó herido y aquel conato espontáneo de revuelta popular no se repitió, pues los habitantes de Saraqusta tenían por costumbre respetar la autoridad del emir, aunque sus actos fueran injustos. Pero dejaron de confiar en Ibn Tifilwit. Ya no era para ellos el gobernante ilustrado y benévolo al que amar y del que sentirse orgullosos, sino un rey como tantos otros, voluble y cruel, que no dudaba en emplear su fuerza contra sus súbditos.

Esto fue lo que consideró el emir, cuando todo hubo acabado. Sus sueños de ser recordado como el mejor monarca se iban desvaneciendo debido a todo aquel asunto. Maldijo mentalmente a todos. A los imanes, por su intransigencia; a Ibn Bayyah, por sus provocativas afirmaciones, y a sí mismo, por su debilidad. Un rey más fuerte se habría mostrado firme, habría hecho valer su autoridad y mantenido en su puesto a un buen consejero, beneficioso para el reino, sin dejarse dirigir por nadie.

Pero de nada servían aquellas reflexiones. Ahora ya era tarde.

***

Un guardia penetró en el salón donde el emir descansaba.

—Al-Yannan quiere verte, señor.

Ibn Tifilwit concedió su permiso con un leve gesto de su mano.

El poeta penetró en el aposento, saludó con respeto y dijo:

—Gran señor, vengo a pedirte que me concedas tu permiso para regresar a Al-Jazira, donde deseo asentarme.

El emir, sorprendido, se levantó de su asiento.

—¿Qué pretendes?

—Tengo nostalgia de mis naranjos y mis jardines, señor.

—¿Quieres dejarme? ¿No estás contento a mi lado? —quiso saber Ibn Tifilwit.

—Tu sensibilidad para las artes es extraordinaria, señor, así como tu generosidad. Siempre recordaré los días pasados en tu corte como entre los mejores de mi vida. Pero ahora creo que ha llegado el momento de marcharme.

—¿Porque añoras tus jardines? —preguntó, irónico, el emir.

—Porque añoro mis jardines, señor.

Ibn Tifilwit dejó escapar su indignación.

—¡Eres un gran artista y, a la vez, un despreciable mentiroso, Ibn Jafaya Al-Yannan! —gritó el emir—. Debería hacerte dar de latigazos.

—Nada te lo impide —respondió éste—. Hazlo. Pero después de haber recibido el castigo que me impongas, me iré.

—¡Eres insolente!

Ibn Tifilwit paseó por el aposento, sin decir palabra. Al-Yannan insistió.

—¿Tengo tu permiso para partir?

—No, no lo tienes. Permanecerás en Saraqusta, como mi poeta de corte junto a mí o como mi prisionero, por el delito de querer abandonarme.

—¿No estás siendo injusto, señor? ¿No tengo yo, en tu reino, libertad para ir adonde me plazca, como cualquier otro hombre? Eso no dice nada bueno de tu gobierno. No permaneceré a tu lado. Y, si decides encerrarme, ésa será otra manera de abandonar tu corte poética, ¿no te parece?

El emir cambió su tono. No quería perder a aquel artista de la palabra.

—Te he tratado bien, Al-Yannan. Supuse que eras mi amigo. No tomes en serio lo que dije antes. Puedes ir donde te plazca: no lo impediré; pero habrás de decirme la verdad.

—La verdad, señor, ya que me conminas a exponerla, es que he visto con tristeza que ha desaparecido en ti el gusto por la poesía. Por eso ya nada tengo que hacer aquí.

—¿Piensas que he dejado de apreciar las artes?

—¿Qué otra cosa puedo entender, cuando tienes en prisión al poeta más grande de la taifa?

Un tenso silencio siguió a estas palabras. Al-Yannan miraba directamente a los ojos a Ibn Tifilwit, desafiante.

—Creí que le odiabas —se aventuró a decir el emir.

—¡Claro que le odiaba! —confesó Al-Yannan—. Y puede que aún le odie. Siempre le he envidiado porque sus composiciones suelen ser, por lo general, mucho más inspiradas que las mías. Quisiera poder competir con él y vencerle. Eso me proporcionaría una gran satisfacción. Pero quisiera hacerlo en una corte libre, en un lugar en donde no se castigara a nadie por mantener una idea diferente. Y, sobre todo, quisiera hacerlo bajo una autoridad que no actuara por capricho, encumbrando hoy y destruyendo mañana a un hombre, sin fundamento para ello.

—¡Ya basta! —le interrumpió el emir, amargado por aquella acusación y con ira mal contenida—. Puedes marcharte cuando te plazca. No te quiero ya más en mi presencia. Abandona mi corte. Eres libre y no sufrirás ningún castigo por tus acciones.

—Es una pena que tú no lo seas, señor, y que sí tengas que sufrir por las tuyas.

***

Había llegado el momento decisivo del proceso. Los jueces se encontraban de nuevo reunidos ante su víctima. Nada habían tenido que discutir, ninguna opinión diferente se había expresado en el

tiempo durante el que se tomaron para deliberar. Antes de comenzar el proceso todos sabían de antemano cuál sería su resultado. El improvisado tribunal había dado todos los pasos habituales, como representando una comedia conocida de antemano. Es cierto que se había concedido a Ibn Bayyah la ocasión de hablar en su propia defensa, por pura fórmula. Nadie, sin embargo, había escuchado sus argumentos sin otra intención distinta de la de hallar en ellos más elementos incriminatorios. La suerte del médico estaba decidida.

—Te hemos hallado culpable, Ibn Bayyah —anunció el imán con un deje de satisfacción en la voz—. Tuvimos la intención de ser ecuánimes y justos contigo, pero tus ideas nos han obligado a dictaminar en tu contra. Serás castigado y tu obra será destruida.

El reo escuchó el veredicto sin mostrar ninguna reacción. Era algo que esperaba: aquel tribunal no podía dictaminar de otra manera.

—Nos entristece que la semilla del error haya echado frutos en ti, un médico reputado y considerado —continuó el imán—. Por ello queremos mostrarnos compasivos. Tu castigo será leve si rechazas públicamente todo lo que has dicho ante nosotros y lo que has escrito. Si te comprometieras a abandonar tus absurdas especulaciones y a dedicar tus esfuerzos sólo a la práctica médica, este consejo podría considerar imponerte una pena menor. Tras unos meses de reclusión, para que reflexionaras sobre tus errores, serías puesto en libertad y podrías dedicarte a tus enfermos y a tus plantas. Considéralo.

Ibn Bayyah se tomó su tiempo antes de responder.

—No puedo dejar de pensar lo que pienso —adujo.

—Pero no podrás trasmitir a nadie tus ideas, si te encarcelamos a perpetuidad, ¿no es así?

—No, si lo hacéis a perpetuidad. Pero nadie conoce el futuro, Al-Wadi; ningún hombre sabe lo que puede ocurrir después de un tiempo. Si permanezco en prisión hasta el fin de mis días, si muero mañana, si quemáis mis textos, puede que mis ideas se pierdan, si es que mis discípulos no las difunden. Pero si algún día me veo

libre, ¿qué me impedirá volver a escribir ese libro que ahora prohibís? Sólo el hecho de que encarceléis ya indicará a todos que mis ideas os asustan, que teméis que puedan desplazar a las vuestras. Eso provocará la curiosidad de las gentes, que querrán saber cuáles era aquellos pensamientos tan peligrosos que justificaron que se cometiera una gran injusticia. Tenedme prisionero, si queréis. La verdad no tiene prisa y lo que no pueda decir yo, algún otro después de mí acabará por decirlo.

La indignación nubló el rostro del imán.

—¿No pedirás clemencia, entonces? —preguntó.

—Creo firmemente en todo lo que expreso. Así es que me resulta muy difícil tener que disculparme por mantener lo que considero la verdad.

—¿Sigues creyendo tener razón frente a todos los teólogos de nuestros días y del pasado?

—Nopuedo dejar de creer lo que creo, mientras no tenga evidencia de lo contrario. ¿Puedes tú?

—La prisión será, pues, la recompensa a tu presunción. Has tenido tu oportunidad de seguir siendo libre. Has decidido desperdiciarla. Sea.

Al-Wadi tomó una pluma y escribió en un papel la sentencia y el castigo. Tardó mucho tiempo. Ibn Bayyah aguardaba en silencio y el imán parecía complacerse en dilatar aquel momento. Cuando hubo acabado de redactar el documento, lo pasó a los alfaquíes, que fueron estampando uno a uno su nombre al pie. Cuando estuvo firmado por todos, se lo entregó a Ibn Bayyah.

—Lee —le instó—. Aquí está indicado lo que será de ti, Ibn Bayyah.

El médico tomó la sentencia y leyó: «En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso...» No pudo evitar una sonrisa. Siguió leyendo. Se le castigaba con prisión perpetua, sin posibilidad de redención. Aquello no le sorprendió. Contaba con ello.

Lo que no esperaba era que reconocería aquella escritura. Levantó

los ojos del papel y miró al imán.

—Has cometido un error, Al-Wadi —anunció—. Sin darte cuenta, has puesto al descubierto una de tus bajezas.

Y le mostró el papel que el imán acababa de entregarle.

—Una bonita caligrafía —añadió Ibn Bayyah.

Sólo en ese momento se dio Al-Wadi cuenta de su torpeza. ¡El médico había reconocido al autor de los anónimos!

—¡No te permitiré que me ofendas! —exclamó, airado.

—¿Por qué lo iba a hacer? —replicó Ibn Bayyah—. ¿De qué serviría? Además, ya no es asunto mío, sino tuyo y de tu conciencia, Al-Wadi. Como ves, no te ha hecho falta cumplir tus amenazas de muerte contra mí: el destino me ha entregado a tus manos por otro camino.

Los alfaquíes, pese a no conocer los detalles, entendieron lo que había sucedido y agacharon la cabeza. El castigo al réprobo era una cosa; el asesinato, otra muy distinta. Curiosamente, ni por un momento pensaron que su enemigo no estuviera diciendo la verdad. Pero no se atrevieron a protestar.

Al-Wadi se sintió en evidencia y vio amenazada su autoridad. Hizo un gesto a los guardias, que se dispusieron a conducir al preso a su calabozo.

Viéndole marchar, el imán pensó:

«Tu reclusión no será suficiente para contentarme, Ibn Bayyah. Tendrás que pagar también por tus últimas palabras».

CAPÍTULO XIII

La condena de Ibn Bayyah puso definitivamente a las gentes de Saraqusta en contra de su gobernante, pero esta vez no provocó nuevos altercados en las calles ni protestas ante él. Ello fue porque la taifa tenía otros problemas de los que ocuparse.

Era el mes de julio del 1117 y Saraqusta sufrió un ataque de los cristianos. Fue una incursión aislada que no produjo demasiado perjuicio a la taifa; sin embargo, constituía un toque de atención, un recordatorio de que continuaban las hostilidades, aunque hubiera habido una época de relativa paz.

Dos destacados vasallos de Alfonso I, al que todos llamaban «el Batallador», se presentaron ante los muros de Saraqusta para asolar las cosechas, retirándose luego. Eran Gastón IV, vizconde de Bearne, y su hermano, Céntulo, conde de Bigorra. Gastón había logrado nombradía durante la Primera Cruzada. Sus máquinas de guerra bizantinas probaron ser cruciales en el sitio de Nicea y para derrotar a los turcos en el asedio de Jerusalén.

El daño a la ciudad fue mínimo. Su imponente muralla de sillares de alabastro, de siete metros de espesor y más de ciento veinte torres, demostró ser inexpugnable en aquella ocasión.

Pero aquel episodio rompió la apacible vida de la taifa. Durante semanas la población permaneció encerrada y muchas cosechas se perdieron. Ibn Tifilwit no pudo trasladarse al palacio de verano, el Qasr al-Surur, y hubo de permanecer dentro de las murallas de la ciudad. Pero, sobre todo, aquel incidente recordó a los saraqustíes que tarde o temprano tendrían que enfrentarse a un poderoso enemigo al que quizá no podrían vencer y que su forma de vida llegaría a su fin.

***

La entereza que el depuesto visir había mostrado ante sus acusadores se transformó en desaliento y desesperación a los pocos días. Cuando Ibn Bayyah fue conducido de nuevo a su celda, ya no era un preso en espera de un juicio, sino un condenado de por vida.

Aquel reducido espacio, sucio y malsano, sería su mundo a partir de entonces. Unos hombres ejercían poder suficiente para arrebatar a otros el sol y el aire libre para siempre. La privación de libertad se consideraba un acto de clemencia, un castigo inferior a la muerte violenta, pero el médico pensó que quizá fuera mejor un fin rápido que una larga agonía de años y años en una prisión.

Se le despojó de los privilegios de los que había disfrutado cuando era sólo un encausado. Ahora, como reo condenado, no podía disponer de libros ni se le permitía escribir. Nadie podía verle ni hablarle. Él nada podía hacer para pasar las horas, sino pensar y pensar, y la mente se convertía en un instrumento para su propio tormento, pues le hablaba de continuo de sus errores: le recriminaba su presunción por haber querido filosofar inútilmente para gentes que no valoraban sus ideas, se castigaba a sí mismo por no haberse retractado ante el consejo.

Pero, aun manteniéndose firme en sus convicciones, aun sosteniendo con valor su actitud y su postura, ¿cómo enfrentarse a la perspectiva de una vida puramente animal, consistente en seguir manteniendo unas funciones vitales, pero sin espacio ni posibilidad de vivir como un hombre? Más que la dureza del clima, más que la magra alimentación, el castigo de la prisión consistía en el aislamiento, en privar a un hombre de su trato con los demás hombres. El prisionero quedaba solo e indefenso frente al vacío total y nada oprime tanto el alma y el corazón humanos como la soledad.

La celda de Ibn Bayyah, de tres por tres metros de lado, apenas le daba espacio para caminar. Un destartalado jergón ocupaba casi toda su extensión. Nada más había. En lo alto, un ventanuco frente a un muro, dejaba entrar el frío, pero no los rayos del sol. El suelo, de piedra rugosa, se mantenía siempre húmedo. Las paredes mostraban los surcos que la desesperación de los que había ocupado aquel calabozo les había hecho trazar con sus uñas desnudas. Nada en aquel lugar ayudaba a la distracción; la monotonía de las horas resultaba insoportable.

El prisionero no tenía nada que hacer, ni que ver ni oír: estaba solo consigo mismo y con sus recuerdos, pues las esperanzas no tenían lugar en aquella situación. Daba breves pasos por la celda, mientras sus pensamientos iban y venían, torturándole sin pausa. Nada había allí que pudiera desviarle de sus preocupaciones y sus nervios comenzaron a resentirse de la atroz presión de la perspectiva de una vida en aquella situación.

Ibn Bayyah intentó pasar las horas ocupado, para no caer en la locura, pero nada le proporcionaba entretenimiento. Hablaba en

voz alta, recordaba conversaciones pasadas, volvía a recrear el proceso y pensaba en otros argumentos que pudiera haber empleado en su defensa, aunque no se le ocultaba lo inútil de este ejercicio. Recitaba poemas, repetía los fragmentos que había aprendido de memoria. Se ejercitaba haciendo cálculos mentales, sumando y restando cantidades para mantener su mente ocupada. Pero, ¿con qué sentido?

Tendría que pasar en aquella celda miles y miles de días y sintió miedo. Sus ojos anhelaban la luz del día, que no llegaba a aquel lugar, sus piernas reclamaban espacio y anhelaban caminar.

El silencio le ahogaba. Ibn Bayyah conoció la desesperación: gritó, lloró, increpó a sus jueces, protestó de su inocencia. Se agitó violentamente, de una pared a otra, hasta que acabó cayendo sin sentido. Cuando recobró el conocimiento, se encontró acurrucado en el suelo y comenzó de nuevo a sollozar.

Durante algunos días el prisionero vivió el espanto de lo que le esperaba. La comida y la bebida le repugnaban. Imploraba a los guardias que hablasen con él, como si aún fuera un hombre y no un despojo de carne condenado a la reclusión y desposeído de su más elemental dignidad. No podía ser, pues sus carceleros tenían orden terminante de no hacerlo.

Pero, por fin, tras unas semanas de constante dolor, Ibn Bayyah consiguió vencerse a sí mismo. Despertó una mañana y de alguna manera sintió que la angustia que le atenazaba el pecho había disminuido ligeramente. Se incorporó y se entregó a una reflexión más serena. No tenía nada para defenderse del mundo salvo su mente. Era su única herramienta y sólo de ella podía esperar consuelo. Meditó y centró su esfuerzo en cambiar su perspectiva acerca de su situación.

Siempre había creído que lo que el hombre puede hacer para modificar el mundo es algo muy valioso, pero limitado. No se consigue siempre cambiar las circunstancias exteriores que nos rodean. Hay, entonces, que procurar transformarse uno mismo, ver de forma distinta aquello que nos ocurre.

La sentencia que le condenaba le había arrebatado su vida. Pero Ibn

Bayyah estaba contento de lo que había logrado hasta el momento. Decidido a no sentir frustración por todo aquello que le hubiera gustado conseguir, trató de concentrarse en lo que sí había hecho, en sus logros pasados y no tanto en sus hallazgos e investigaciones como en la ayuda que había proporcionado a otros. Muchos enfermos habían sanado gracias a él y sólo haber salvado una vida humana ya justificaba la suya. ¿Qué, si nada más podía realizar en el tiempo que le restaba?

Por otra parte, aunque su condena era a perpetuidad, el médico conocía la historia y no se le ocultaba lo inconsistente de los reinos, de los linajes reinantes y de todo aquello que el hombre quiere que dure para siempre. La misma Saraqusta había visto pasar en los últimos años varias dinastías de gobernantes. ¿Quién podía decir lo que el destino le depararía? No se trataba de sustentar su vida en una esperanza quizá infundada, sino de considerar la impermanencia de las cosas.

Decidió que no podía permitir que su mente se convirtiera en una enemiga que le atormentara con la idea de una prisión perpetua, sino que debía ser una aliada y compañera que le ayudara a soportar su encierro, durase lo que durase. Y, por si algún día recobraba la libertad, debía también dedicarse a algo útil, a desarrollar y sistematizar su filosofía, a memorizar sus postulados, a preguntarse sobre el mundo y esforzarse por hallar respuestas a los eternos problemas.

Este pensamiento le confortó.

***

Mayid no abandonó la ciudad. Anwar supo que seguía en Saraqusta, pues semanas más tarde le vio de lejos en el mercado. Intentó aproximarse a él y hablarle, pero le perdió de vista antes de poder hacerlo.

La antigua cortesana sobrevivía con dificultad, pero decidida a conservar una dignidad que nunca antes había valorado. Anwar tuvo dificultades para que aceptara disponer de los ahorros que le ofreció, en compensación por acogerle. Rahman, más joven y aún

fuerte, hacía trabajos eventuales en el mercado, ayudando a los comerciantes a transportar sus mercancías. Lo que le pagaban lo entregaba a su señora.

En aquella casa reinaba la tristeza. Procuraban no hablar de Ibn Bayyah y de la suerte que corría, pero se pensaba en él de continuo. Era una presencia constante entre aquellos seres desdichados.

Aisha había aconsejado a Anwar que regresara a Qurtuba, con su familia, pero Anwar se negó a hacerlo.

—Ellos no me necesitan. En cambio, es mi deseo permanecer junto a la persona a la que él más quería —le respondió al fin—. Si me marchara ahora, me parecería como una traición.

No deseaba alejarse de la ciudad donde estaba aquél a quien había prometido servir. Pasaba los días con la esperanza de que su suerte cambiase. Ibn Bayyah quizá consiguiera escapar, se decía Anwar; el emir podía compadecerse del que fuera su amigo y colaborador y ordenar su liberación. El fiel criado no se resignaba a creer que aquella condena inicua durase para siempre.

Mayid había buscado acomodo con otro físico de la ciudad, que le acogió por tratarse de un discípulo del desventurado Ibn Bayyah, a quien apreciaba y respetaba. El discípulo sentía remordimientos por haber proporcionado las pruebas que habían causado la perdición del médico, pero no lo dejaba traslucir. Al-Wadi y sus doctores habían hecho justicia, se decía una y otra vez, para acallar su conciencia. No podían permitir los ataques a la religión, aunque fueran sólo ideas en un papel. Esto era lo que quería creer, puesto que sólo así podía justificarse a sus propios ojos.

Pero cuando se inicia un camino de intransigencia es muy difícil salir de él. El anciano alfaquí a cuyas demandas no había sabido negarse volvió a cruzarse en su camino. Conversaron de nuevo. Mayid recibió agradecimiento y parabienes por su participación en aquel proceso. Entonces, el anciano pidió más.

Ibn Bayyah no tenía familia. Pero alguien habría que le importara, alguien habría a quien quisiera de veras. Se trataba de demostrarle al médico que no podía atacar a la verdadera fe con impunidad y

que no era él la única persona que tendría que pagar por su ofensa.

El joven se dio cuenta entonces de la gravedad de sus actos. Aquellos hombres no se detendrían ante nada, no se contentarían con haber anulado por completo al filósofo en sus ideas, querían también destruir al hombre en sus afectos.

Mayid estuvo tentado de echar a correr, de escapar de aquel hombre siniestro, pero el alfaquí, quizá anticipándolo, le asió con fuerza por un brazo.

—¿Quién? ¡Habla! —le preguntó con voz dominante—. ¿Quién le importa?

Mayid no pudo resistirse. Pese a que todo le decía que no hablara, sintió que de su boca salían maquinalmente las palabras.

—Se llama Aisha.

Y pese a no querer hacerlo, dio a continuación los detalles sobre en qué lugar podía encontrársela.

El alfaquí sonrió, satisfecho, y dijo al afligido muchacho:

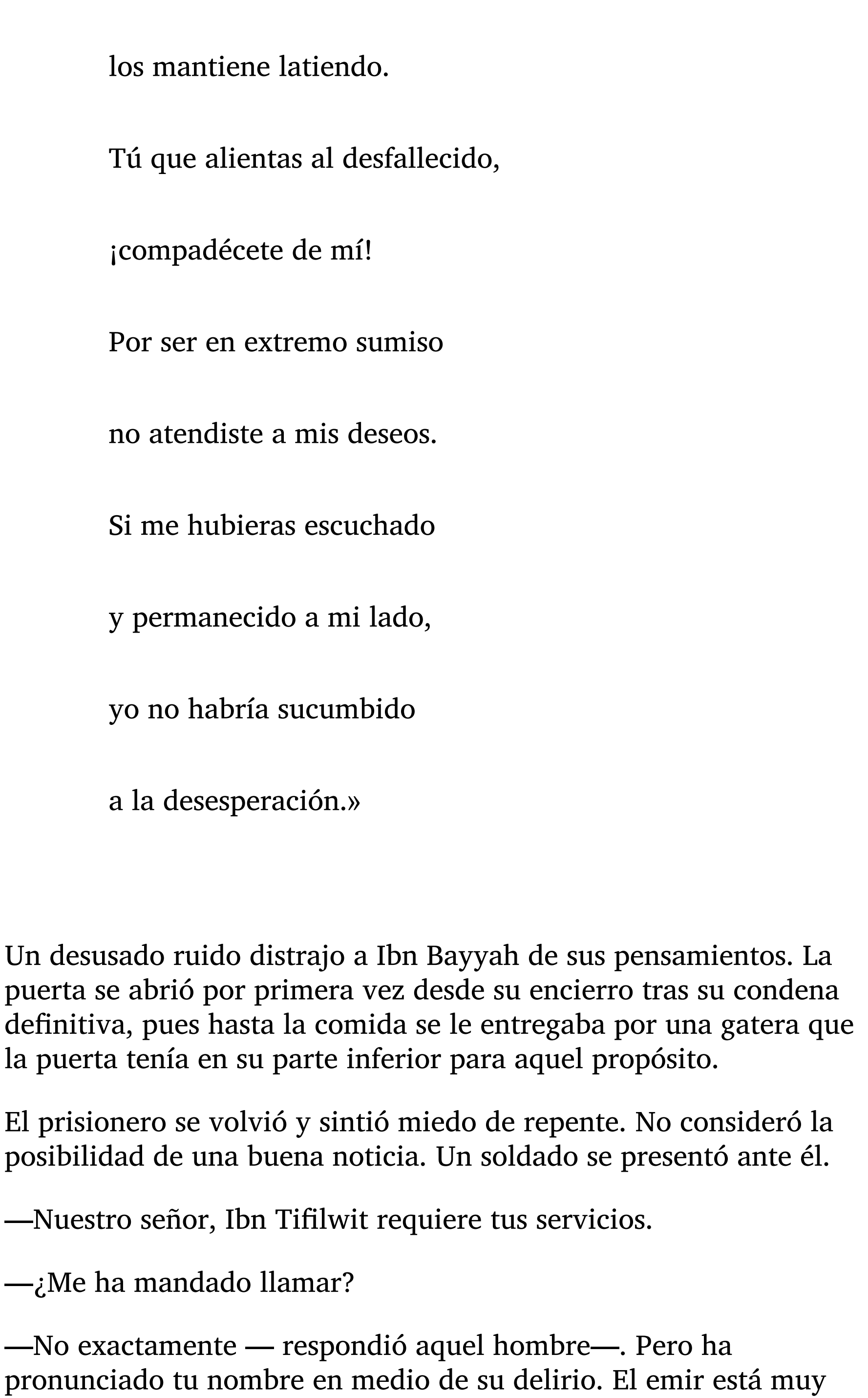
—Bien. Has vuelto a hacer algo meritorio y digno de recompensa.

CAPÍTULO XIV

Había llegado ya el otoño. La humedad del río se filtraba por el suelo de la celda y el frío empezaba ya a resultar difícil de soportar. Ibn Bayyah, sin embargo, intentaba olvidar su sufrimiento exterior y concentrarse en las actividades que le permitía su mente.

Aquella mañana componía mentalmente un poema, cuyos versos iba repitiendo una y otra vez para memorizarlos una vez que los daba por satisfactorios. Quizá algún día sus captores se compadecieran y se le permitiera tener pluma y papel para transcribirlos.

«Tu belleza da vida a los corazones,



los mantiene latiendo.

Tú que alientas al desfallecido,

¡compadécete de mí!

Por ser en extremo sumiso

no atendiste a mis deseos.

Si me hubieras escuchado

y permanecido a mi lado,

yo no habría sucumbido

a la desesperación.»

Un desusado ruido distrajo a Ibn Bayyah de sus pensamientos. La puerta se abrió por primera vez desde su encierro tras su condena definitiva, pues hasta la comida se le entregaba por una gatera que la puerta tenía en su parte inferior para aquel propósito.

El prisionero se volvió y sintió miedo de repente. No consideró la posibilidad de una buena noticia. Un soldado se presentó ante él.

—Nuestro señor, Ibn Tifilwit requiere tus servicios.

—¿Me ha mandado llamar?

—No exactamente — respondió aquel hombre—. Pero ha pronunciado tu nombre en medio de su delirio. El emir está muy

enfermo y los físicos de la corte no pueden ayudarle. Tendrás que venir conmigo. Ponte esto.

Y entregó a Ibn Bayyah una túnica limpia.

Fue escoltado hasta las habitaciones del monarca, en la torre del palacio. En su lecho, Ibn Tifilwit, consumido por la fiebre, no paraba de revolverse, presa de la agitación. Varios médicos contemplaban la escena a una prudente distancia.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —inquirió Ibn Bayyah, nada más penetrar en el aposento.

—Va a hacer quince días desde los primeros síntomas —fue la contestación que le dieron.

El médico se aproximó al emir.

—Ten cuidado, Ibn Bayyah, —advirtió uno de los físicos—. Su mal es contagioso. Dos de sus sirvientes han enfermado tras pasar un tiempo a su lado.

Era curioso ver cómo aquellos hombres no se resentían de los superiores conocimientos del prisionero ni le despreciaban por el hecho de que lo fuera. Para ellos se trataba de un compañero de profesión, merecedor por sus conocimientos del mismo respeto que cualquier hombre libre.

Ibn Bayyah examinó a Ibn Tifilwit, que sufría y no se percataba de quién estaba a su lado. Le abrió la boca y vio una lengua de color como tostado; percibió úlceras en el paladar. El emir tenía fiebre alta y gran sudoración. Su piel aparecía cubierta por una erupción sobre la que se habían aplicado ungüentos. La tomó el pulso y sintió con claridad la doble palpitación, característica de la enfermedad en la que Ibn Bayyah había pensado desde un principio y a la que se correspondían los signos que iban descubriendo.

Palpó el estómago del monarca, provocando un grito de dolor. El hígado se hallaba también inflamado. La enfermedad había avanzado demasiado.

—¿Y sus heces? —preguntó.

—Continuas y sanguinolentas —le respondieron.

El físico tuvo entonces la certeza de lo que había supuesto.

—Se trata de la *humma alttayafawyiyd* , la fiebre tifoidea. Es muy peligrosa si no se trata a tiempo. Puede ser mortal.

Los médicos presentes se sintieron avergonzados. Ninguno había sabido diagnosticar con precisión aquella fiebre maligna.

—Es preciso bañarle de inmediato. Traed agua helada —ordenó a los soldados que guardaban la puerta—. Vosotros, ayudadme a incorporarlo.

Los médicos dudaron.

—Este mal se contagia por el aliento, la saliva y los líquidos corporales —explicó Ibn Bayyah—. Si no entráis en contacto con sus heces o sus fluidos, nada tenéis que temer. Podéis cubriros la boca con un un trapo. Eso será suficiente. Si os mojáis con su sudor, bastará con que no os toquéis la boca y os lavéis las manos después.

Así lo hicieron. Los presentes se taparon la boca con una tela. Entre todos transportaron al emir al aposento contiguo. Se le sumergió en agua, lo que arrancó un gemido en el enfermo.

—Ocupaos de bajarle la fiebre. Yo veré qué remedio puede servir.

Tras volver al aposento, dio instrucciones a los sirvientes para que le proporcionaran algunos productos y los recipientes necesarios para prepararlos. Todos le obedecieron sin dudar, incluidos los dos soldados que le habían custodiado desde la celda.

—¿Qué vas a emplear, Ibn Bayyah? —quiso saber uno de los doctores—. Le hemos hecho beber jugo de jengibre y albahaca, pero sin mucho resultado.

—¿Habéis probado con magnesio?

—No.

—Veremos si surte efecto. Si no lo hace, lo combinaremos con

salicaria.

Y añadió:

—No os olvidéis de los dos sirvientes contagiados. Dadles a ellos las mismas medicinas que al emir. Todas las vidas son valiosas.

Depositaron a Ibn Tifilwit en su lecho. Seguía casi inconsciente, pero la fiebre se mantendría controlada durante una hora o dos. Ahora respiraba con más sosiego.

—Dadle constantemente de beber. Mezclad vinagre en el agua —aconsejó el médico—. Yo prepararé unas decocciones de los productos que os he mencionado que habrá de ingerir cada pocos minutos. ¿Estáis de acuerdo?

—Ibn Bayyah, confiamos en ti. Lo que tú recomiendes nos parecerá bien.

***

Durante varios días con sus noches Ibn Bayyah se ocupó de su antiguo señor, que mejoró de manera sensible con sus cuidados. No faltaron momentos de angustia, en los que la condición del enfermo pareció empeorar muy deprisa, pero se trataba de crisis temporales que acabaron pasando.

Los médicos se turnaron para ayudar a Ibn Bayyah en su preparación de los remedios. Él, en cambio, no descansó y pasó las noches sentado junto al lecho del emir, velando su sueño. La muerte de Ibn Tifilwit, sin un heredero y sin haber nombrado sucesor, hubiera sido una gran prueba para la taifa. Tampoco se cuestionó lo que hacía al esforzarse por salvar la vida del responsable último de su cautiverio. Un médico combate la enfermedad allí donde la encuentra. Y además, a pesar de todo, seguía apreciando a Ibn Tifilwit, que a sus ojos sólo era culpable de haber sido cobarde ante las exigencias de la religión, como tantos otros hombres lo eran igualmente.

Cuando Ibn Tifilwit recobró por primera vez la conciencia, tras sus días de fiebre y delirios, y halló a Ibn Bayyah a su lado, sólo pudo


decirle:

—Estás aquí.

—Aquí estoy, señor —le había contestado su antiguo amigo.

Al comenzar a reponerse, al emir le hubiera gustado hablar con el prisionero de muchas cosas, pero el reparo se lo impidió. Durante varios días en que Ibn Bayyah siguió ocupándose de él como de costumbre, ambos hombres casi no intercambiaron ninguna palabra.

Finalmente, Ibn Tifilwit pudo levantarse del lecho. La hemorragia de sus intestinos había cesado y la fiebre remitía. Ibn Bayyah constató la mejoría y dio instrucciones a los médicos para que completasen la recuperación del monarca.

Entonces se dirigió al emir.

—Ya no me necesitas, señor. Con tu permiso, me retiraré a mis aposentos en palacio.

Dicho esto, hizo una seña a los dos soldados, que le aguardaban en la puerta.

Ibn Tifilwit quiso pronunciar algunas palabras.

—Amigo, yo... —balbuceó. Y quedó de repente en silencio

Ibn Bayyah se volvió.

—No necesitas decir nada, señor. Yo me hago cargo. Descansa y no dejes de tomar mis medicamentos.

Salió de la estancia. Los dos soldados se colocaron a ambos lados y emprendieron la marcha hacia los sótanos del recinto. No eran soldados custodiando a un preso, sino guardias escoltando a un hombre al que respetaban.

En el corredor, Ibn Bayyah se cruzó con Al-Wadi, que se dirigía a dar su parabién al emir por su recuperación.

***

Las noticias eran cada vez peores. El colosal castillo de Murila [Morella] había caído ante el empuje de Alfonso, junto con parte de la comarca del Maestrazgo. Era el mes de noviembre.

Aquella plaza era muy importante estratégicamente. Al hallarse en manos cristianas, bloqueaba las comunicaciones de Saraqusta con Balansiya y la parte sur de la taifa. De esta manera, la capital resultaba vulnerable y quedaba privada de su principal apoyo. Era una llamada de atención, un recordatorio de lo que estaba por venir.

El pacto transpirenaico entre Alfonso y Gastón se había consolidado. El ataque a Saraqusta era sólo cuestión de tiempo.

***

Unas semanas después, Ibn Tifilwit sufrió una recaída. Las fiebres se manifestaron de nuevo con más fuerza e hicieron mella en el cuerpo debilitado del emir.

Pero en aquella ocasión Al-Wadi no iba a permitir que se repitiese lo sucedido con anterioridad. Como máximo dirigente religioso de la taifa y ante la incapacidad del monarca, tomó la iniciativa y comenzó a ejercer su autoridad. Ninguno se atrevió a contradecirle.

Los médicos quisieron llamar de nuevo a Ibn Bayyah, pero el imán lo prohibió con firmeza y les obligó a que se enfrentasen a la enfermedad sin el consejo del prisionero. Cuando Ibn Tifilwit preguntó por qué su antiguo visir no estaba a su lado, Al-Wadi le respondió que esta vez se había negado a atenderle. Aquella respuesta tendría un efecto devastador sobre el enfermo.

Ibn Tifilwit, al principio, no supo qué pensar, pues le costaba creer tal comportamiento de Ibn Bayyah. En medio de su delirio, ordenó que lo trajeran a la fuerza a su presencia. Como pasasen horas y días sin que se presentase, el imán empleó pretextos y excusas para justificar su ausencia. El emir tampoco tenía fuerzas para concentrarse, pues su estado empeoraba por momentos. Los

remedios que Ibn Bayyah había empleado con éxito la vez anterior no parecían dar ahora resultado y a los físicos no se les ocurría ninguna otra opción curativa.

Todo el proceso fue muy rápido. Al tercer día la hemorragia interna del monarca era ya imposible de contener. Todos supieron que su fin estaba cerca.

Al-Wadi, sabedor de las simpatías que podían beneficiar al prisionero, ordenó su completo aislamiento. Hizo cambiar a los guardias que custodiaban su celda por otros de su confianza, a los que dio orden de no hablaran en absoluto con Ibn Bayyah, para que ninguna noticia pudiese llegar a sus oídos.

Los últimos momentos de Ibn Tifilwit fueron terribles. El dolor le resultaba insoportable. Cuando cedía por unos minutos, el emir caía en una especie de sopor, que le mantenía por completo ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Luego, el dolor regresaba, aún más excruciante.

Los físicos ya nada hacían. Se limitaban a proporcionarle al monarca algunas decocciones para aliviar los síntomas, pero habían dado la batalla por perdida. En el palacio, todos aguardaban el inevitable desenlace. En un extremo del aposento del emir, los alfaquíes rezaban por su curación, aun sabiendo que era una actividad del todo inútil.

En sus últimos momentos, Ibn Tifilwit pareció recobrar la razón. Llamó a su lado a Abu Al-Saffah, el cadí, y, trabajosamente, le dio instrucciones que debería llevar a cabo tras su muerte.

El cadí se apartó con respeto del lecho de su señor y salió del aposento. Había recibido una orden cuyo cumplimiento no podía demorarse.

***

Todavía pasaron dos días antes del temido final.

El moribundo quiso hablar y en aquel momento sólo Al-Wadi y los alfaquíes estaban con él.

Le hizo una seña con la mano al imán y éste se acercó.

Ibn Tifilwit se hallaba extenuado; ya casi no podía articular las palabras. Intentó incorporarse en el lecho, pero no pudo hacerlo. Al-Wadi hubo de acercar la cabeza a la boca de su señor para poder oír su voz.

—He olvidado algo —musitó Ibn Tifilwit. Y tras una larga pausa, reunió fuerzas para decir en un susurro casi imperceptible—: Es mi deseo y mi voluntad como soberano de la taifa perdonar a Ibn Bayyah, sean cuales sean sus ideas. Ordeno que sea puesto en libertad de inmediato. Ocúpate de ello.

Dicho esto, cayó de nuevo en una profunda soñolencia. No volvió a hablar. Tampoco lo hizo ninguno de los presentes.

Una hora después, los físicos llegaron para comprobar el estado del emir. Uno de ellos se aproximó acercó al lecho y le examinó.

—Es un día triste para todos —anunció pausadamente—. Nuestro señor, Ibn Tifilwit, ha dejado nuestra compañía para gozar eternamente del Paraíso.

Grandes muestras de dolor siguieron a esta noticia. Se abrieron las puertas del aposento y los médicos salieron a transmitir la infausta nueva a los cortesanos que aguardaban el desenlace.

Uno de los alfaquíes preguntó entonces a Al-Wadi:

—¿Qué fue lo que os dijo el emir?

Tras pensárselo durante unos instantes, Al-Wadi respondió:

—Nada. Sólo pronunció palabras incoherentes, a causa de la fiebre.

***

Obedeciendo las órdenes de su señor, Al-Saffah se había apresurado a escribir una misiva y encargar a un mensajero que la llevara de inmediato. Iba dirigida a Ahmad Abu Abd Allah, emir de la taifa de Mursiya [Murcia].

Ibn Tifilwit, sin herederos, encargaba a este monarca el gobierno provisional de Saraqusta. Era una medida desesperada para un tiempo de excepción. La imprevisión de Ibn Tifilwit al no nombrar a un sucesor dejaba a la taifa en situación de indefensión. Pero un hombre joven no piensa en su posible muerte.

El mensajero galopó sin descanso durante varios días. Tuvo que evitar la ruta más corta, controlada ahora por las huestes de Alfonso. Por ello, en el mejor de los casos, la respuesta de Abd Allah tardaría semanas en llegar. Hasta entonces, Saraqusta permanecería sin gobernante. Al-Saffah, como autoridad inmediata tras el emir, haría lo que estuviera en su mano para mantener el orden, en ausencia de su señor.

Su primera tarea sería de la ocuparse de los ritos funerarios del que había sido «el emir de las artes», nombre con el que el pueblo quiso recordarle.

***

Los custodios de la religión, los hombres de Dios, no tuvieron dificultad para encontrar manos mercenarias dispuestas a acabar con la vida de una mujer, considerada como pecadora. El odio de Al-Wadi al antiguo visir no se conformaba con tenerle prisionero. Quería herirle en sus afectos y Mayid le había procurado la clave de cómo hacerlo.

Las instrucciones fueron claras. Los tres hombres, con los que se había visto en secreto, accedieron sin preguntar demasiado. Lo hacían por mandato de una autoridad religiosa que les daba la sanción y el permiso para el crimen, justificándolo en nombre de la fe. La recompensa material era sólo un incentivo añadido.

Ibn Bayyah se hallaba incomunicado y nada sabía del exterior, pero Al-Wadi se encargaría de que una noticia en particular sí llegase a sus oídos.

***

En enero del 1118, unos hombres reunidos en Toulouse trataron

sobre Saraqusta y decidieron su suerte futura.

Fue un concilio decisivo. Se fijaron en él los siguientes objetivos militares para vencer a los musulmanes. Éstos consideraban a Al-Andalus como su patria, pero los cristianos los seguían considerando invasores, después de cuatro siglos.

Pascual II, el Sumo Pontífice, había concedido beneficios de cruzada a quienes participaran en la toma de Saraqusta. Su sucesor, Gelasio II ratificaría después esta disposición. El Santo Padre prometió indulgencias a los combatientes y sacralizó la guerra contra la Madinat Al-Baida. Obispos de Aragón y Navarra, de la Francia meridional, prelados de Arles, Auch y otros lugares bendijeron a los nobles allí reunidos y a sus huestes.

Estaba presente la flor de la nobleza aragonesa, navarra y del Mediodía francés: Bernard, conde de Comminges; Pierre, vizconde de Gabarret; Auger, vizconde de Miramont; Rotrou, conde de Perche; Arnau, vizconde de Lavedan; Diego López de Haro, señor de Vizcaya; Ladrón Íñiguez, señor de Álava y la Rioja; Suñer, conde de Pallarés, y, a la cabeza de todos ellos, Gastón de Bearne y sus cruzados francos.

Durante días, hablaron, rezaron y prepararon su ofensiva. El objetivo estaba fijado y el conde de Bearne lo sintetizó en tres palabras que fueron una profecía:

—Cesaracosta será cristiana.

***

Era un mundo cruel, en el que la vida humana no valía demasiado.

Los tres hombres aguardaron a la caída de la tarde. Espiaron el adarve en el que se encontraba el acceso a la casa de la cortesana. Vieron salir a sus tres moradores y se aseguraron de que el camino quedaba libre.

Mientras uno de ellos vigilaba, los otros dos se introdujeron en la casa, salvando la tapia trasera. Se dirigieron a la despensa.

Allí encontraron varios cántaros, que contenían agua, pues la casa no disponía de pozo propio. No podía asegurarse el éxito del plan, pero era cuestión de probar suerte y de tener paciencia. Los dos hombres vertieron polvos de *zarnikh* en uno de los cántaros. Tarde o temprano tendrían que beber de él. Podría ser ese día o al siguiente o al otro, pero el momento acabaría por llegar.

Ahora se trataba tan sólo de esperar a que el arsénico hiciese su trabajo.

Aquella tarde, Anwar se demoró en regresar. Esto le salvó la vida. Cuando volvió, siendo ya noche cerrada, Halló a Aisha y a Rahman en el suelo, retorciéndose, entre terribles dolores.

El color negro de sus lenguas contaba lo que les había sucedido.

No llegaron a ver el amanecer del siguiente día.

CAPÍTULO XVI

La puerta de la celda giró sobre sus goznes y el chirrido dejó constancia de cuánto tiempo había permanecido sin abrirse. Era el inicio del año 1118.

Ibn Bayyah tardó en reaccionar. Se hallaba débil, pues la prisión había hecho ya estragos en su cuerpo. Se encontró con un poderoso visitante.

—¡Que Allah sea contigo, Ibn Bayyah! —saludó Al-Saffah.

—¡Cadí!

—Tengo noticias para ti, aunque no todas buenas, me temo —anunció—. Se había prohibido que nadie te hablara, pero es ya tiempo de que alguien lo haga. Nuestro señor, Ibn Tifilwit, recibió hace semanas la llamada de Dios.

—¿Las fiebres...?

—En efecto.

Ibn Bayyah fue incapaz de reaccionar ante la noticia. Más tarde,

lloraría amargamente por un hombre caprichoso al que, sin embargo, había llegado a querer. En aquel momento se sintió insensible, indiferente.

—No me llamó a su lado —dijo, como hablando consigo mismo.

—Al-Wadi rezó por él —le informó el cadí.

—¿Y la taifa?

—Sin señor que la gobierne. Según sus deseos, el poder debía pasar a Abd Allah Al-Mursiyi. Así se lo hice saber.

—¿El emir de Mursiya está aquí? —inquirió el cautivo.

—No, Ibn Bayyah. Envió a un mensajero y unos papeles firmados. Asume el mando de Saraqusta y ordena que no olvidemos enviarle puntualmente los tributos que le corresponden. Pero se niega a mandar tropas para que nos protejan de Alfonso. Y hemos sabido que el cristiano pronto estará a nuestras puertas.

—¿Y tú, cadí? ¿Has asumido entonces el mando efectivo?

—Algunos todavía me respetan como una de las autoridades de la taifa. Pero la ciudad está sin una cabeza de gobierno y abandonada a su suerte.

Ibn Bayyah quedó pensativo.

—Los alfaquíes han huido —prosiguió Al-Saffah—. Y muchos otros les han seguido. Son miles los que han abandonado ya Saraqusta. Cada día vemos marchar a docenas de ciudadanos, cargados con sus pertrechos. Se dirigen hacia el sur. Temen al de Bearne, que no tardará en cercar la ciudad.

—¿Estás cierto de ello?

—Sí, por desgracia. Y en una ciudad sin gobierno y sin ley no tiene sentido tu aprisionamiento. Te dejaré en libertad. En realidad, estos últimos días cualquier podría haberlo hecho. Si los soldados que guardan la celda hubieran querido permitirte marchar, ninguna autoridad les habría castigado por ello.

Durante unos momentos Ibn Bayyah fue incapaz de asimilar lo que se le ofrecía.

—Soy juez y es mi oficio reconocer a los culpables. Tú no lo eres, Ibn Bayyah resumió el cadí—. Te persiguieron hombres que, en los momentos de peligro, abandonaron su lugar y su deber. Quedas libre bajo mi responsabilidad y por orden mía. He dedicado mi vida a aplicar la ley y quizá a veces haya sido injusto al hacerlo —añadió —. No me ha complacido nunca castigar. Muchas veces, después de una dura sentencia que a mí se me antojaba justa, he sentido un gran amargor. Es curioso que ahora, al transgredir la ley que siempre he defendido, sienta un gran contento interior, pero así es. Hay cosas que a los hombres nos resultan difíciles de entender.

—No te daré las gracias —dijo el prisionero—: no es necesario; porque por haber enmendado una injusticia tendrás tu recompensa. Las acciones que llevamos a cabo, buenas o malas, ocultan en ellas mismas el germen de sus resultados. Es lo que yo siempre he creído entender de ese laberinto de los efectos y las causas en el que los hombres nos movemos.

Al-Saffah sonrió.

—Quizá que tengas razón —dijo—. Y ahora, vete. Un tal Anwar te espera. Me ha costado mucho encontrarle. Puedes volver a tu casa. He ordenado que se te restituya.

Cuando Ibn Bayyah salió a la libertad, su fiel criado estaba allí esperándole. Nada más verle, Ibn Bayyah supo que algo terrible había sucedido.

—¡Señor! ¡Mi señor!

Las lágrimas cubrían el rostro del anciano.

Cuando se enteró de la aciaga la noticia, el médico cayó al suelo, como fulminado.

Su condena a perpetuidad le había sido perdonada. Recobraba una parte de su vida y perdía otra, no menos importante. Como había dicho un sabio antiguo, era el destino de los hombres que cada una

de sus alegrías viniese acompañada de una tristeza no menor.

***

Las tropas cristianas, convocadas y reunidas en Ayerbe, emprendieron la marcha hacia Saraqusta, capitaneadas por Gastón de Bearne.

Su marcha fue todo lo rápida que les permitió su maquinaria de guerra, pues llevaban consigo catapultas, almajaneques y torres de ataque. En su avance tomaron Almudévar, Gurrea de Gállego, Zuera y Sariñena.

El 22 de mayo se hallaban ante la ciudad. Incendiaron el barrio de los curtidores y otros emplazamientos extramuros, obligando a la población a refugiarse en el interior de las murallas. Conociendo la dificultad de sitiar la plaza, Gastón ordenó los preparativos para un largo asedio.

Los saraqustíes conocieron el miedo. Pese a haber sabido que de forma inevitable aquel día acabaría por llegar, habían vivido olvidados de ello, confiando en sus fuerzas y en la ayuda de otras taifas. Ahora su destino dependía tan sólo de la resistencia de sus muros.

Se inició un éxodo apresurado. Gran número de habitantes de la capital tomaron sus objetos de valor y abandonaron la ciudad. Gastón permitió su salida. No había honor en vencer a los cobardes y, además, cuanta menos gente permaneciera en el interior de la muralla, con más dificultad podrían defenderla y antes caería la plaza. Por ello, ordenó a sus huestes que no hostigaran a los que partían.

Ningún auxilio llegó desde Mursiya ni de ningún otro rincón de Al-Andalus. Los almorávides de Laridath [Lérida], sitiada por Ramón Berenguer III, no pudieron acudir en ayuda de Saraqusta. La ciudad quedó abandonada a su suerte.

A inicios de julio, Alfonso se unió a los sitiadores. Al poco de su llegada, el ejército cristiano tomó el Qasr al-Surur. Dentro de la

muralla, los soldados almorávides, al mando ahora de Al-Saffah, se defendieron con valor, aunque sabían que el tiempo corría en su contra. Sin poderse procurar alimentos, la derrota era cuestión de tiempo. La ayuda tendría que venir desde el exterior.



Anwar estaba muy enfermo. O quizá era simplemente el efecto de los años, pues pocos hombres vivían en aquellos tiempos hasta tan avanzada edad. Ibn Bayyah se había instalado de nuevo en su antigua casa y dedicaba su tiempo a cuidar a su criado y amigo.

El antiguo visir era otro hombre. La noticia de la muerte de Aisha había hecho que algo se rompiera en su interior, algo que nunca más podría restaurarse. Hacía lo que se esperaba de él en esa situación. Cuidaba enfermos y ayudaba a sus ciudadanos a soportar los males del asedio. Pero era como si no estuviera allí, como si sólo su cuerpo efectuara toda aquella actividad. Casi no se alimentaba, dedicaba todo su tiempo a sus pacientes. Había abandonado por completo sus escritos.

El criado estaba aquejado de una progresiva parálisis en ambas piernas. Sentía que no le sostenían. Se movía con gran dificultad, con ayuda de muletas, aunque Ibn Bayyah, sabiendo lo irreversible de aquel mal, le aconsejaba que permaneciera en el lecho. Varias veces al día masajeaba las piernas del anciano con varios ungüentos, para ayudar a la circulación y mantener activos sus nervios, pero con ello sólo conseguía posponer la inmovilidad permanente a la que Anwar estaba abocado.

En su escaso tiempo libre, Ibn Bayyah paseaba por su querida ciudad, contemplando su lamentable estado. Casas vacías, abandonadas por sus dueños, que habían huido cuando empezó el sitio. Basura acumulada que infectaba las calles y de la que no se podían deshacer. Y desesperación en los rostros de los hombres, por la creciente escasez de alimentos.

La urbe que había sido hasta hacía poco tiempo orgullo de los hispanoárabes había perdido todo su esplendor. Su progreso, su refinamiento, sus artes habían sido lujos pasajeros que pronto

dejaron paso a los estragos de la guerra. Cuando Alfonso tomara la ciudad, quizá ésta vería de nuevo momentos de prosperidad y grandeza. Pero ya no sería lo mismo. La gloria de la Saraqusta andalusí ya no se volvería a repetir.

***

—Debes partir, señor: tu vida corre peligro.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes perder más tiempo —aconsejó Anwar a Ibn Bayyah aquella noche, mientras el médico forzaba el ejercicio de sus extremidades enfermas—. La ciudad no resistirá durante mucho más. Y cuando Alfonso entre, no mostrará piedad con los gobernantes.

—Yo ya no lo soy —objetó el médico.

—Lo fuiste y eso es razón suficiente para que te haga objeto de sus represalias. Tan por seguro que no preguntará si el consejero de Ibn Tifilwit se ocupaba de mandar cavar acequias para el regadío o de mandar forjar armas para los soldados. Te castigará por tu título, sin querer saber más. Pero todas las noches se abren las puertas durante unos minutos y los que lo desean escapan, aprovechando la oscuridad. Los cristianos no lo impiden. Eso habrás de hacer tú.

—¡Abandonar Saraqusta!

—Para siempre. Deberás hacerlo, si valoras tu vida.

—Mucho amo a este lugar. Cuando he viajado, lo he tenido presente en mi mente.

—Esta ciudad no ha sido buena contigo —argumentó Anwar—. En ella has conocido la injusticia y la prisión.

—Fueron sólo algunos hombres los que me mostraron odio. Y no deja de quererse a una madre, aunque nos castigue.

—Entiendo tus sentimientos, pero son un placer que no te puedes

permitir. Tendrás que olvidarla —sentenció—. Y también a mí, pues cuando marches, yo no podré ir contigo. Mi condición no me permite viajar y tú sabes bien que mi estado, de ahora en adelante, no hará sino empeorar con rapidez.

Ibn Bayyah no podía refutar aquella afirmación, pues conocía bien la enfermedad de su amigo.

—No partiré sin ti —dijo, sencillamente, tras unos instantes—. Tú no me habrías abandonado por nada, me consta. ¿Por qué no puedo yo tener la misma oportunidad de mostrar lealtad?

—¡No puedes quedarte, señor!

—Puedo hacer exactamente lo que quiera —fue la respuesta decidida de Ibn Bayyah—. Ya no seré el visir, pero sí soy un hombre libre.

Miró fijamente al enfermo y dijo con determinación:

—No me importa nada Alfonso ni ningún otro. Suceda lo que suceda, permaneceré a tu lado.

***

Cuando se supo la caída del Qasr al-Surur, Abd Allah ben Mazdali, emir de Garnatah [Granada], decidió marchar con sus huestes sobre Saraqusta. Esto era lo que Alfonso más temía: un ataque por la retaguardia que debilitara el cerco.

El granadino obtuvo una victoria en Tarasunath [Tarazona] y pudo adelantar sus posiciones hasta Tutilath [Tudela]. A fines de septiembre, llegó a la capital y se decidió a forzar el bloqueo. El combate fue sanguinario. Ben Mazdali consiguió entrar en la ciudad, aunque a costa de perder muchos hombres.

Sin embargo, aquella ayuda no duró mucho. El emir cayó enfermo y a inicios de noviembre, murió. Los resistentes quedaron por completo desmoralizados.

A esto se añadió el hambre, que desde el verano hacía tremendos

estragos en la población.

También en el campamento cristiano faltaron los alimentos. Por esta causa, una parte de las tropas francas abandonó el asedio. Para evitar más deserciones, Esteban, obispo de Huesca y gran amigo de Alfonso, puso a su disposición los tesoros de su iglesia.

En cambio, en la ciudad no se tenía a quien recurrir. Los habitantes de Saraqusta sufrían enfermedades por comer desperdicios sacados de las basuras y alimentos en mal estado. Los defensores comenzaron a considerar la rendición de la plaza.

CAPÍTULO XVII

Regresaba de atender a un enfermo, cuando Ibn Bayyah escuchó una voz que le llamaba.

—¡Maestro!

Volvió el rostro y le encontró allí, ante él.

Era Mayid.

Sabía, por lo que Anwar había podido averiguar, toda la participación del joven en el proceso. Por su causa había sido apresado y sus textos expuestos al juicio de los alfaquíes. Era el responsable de sus días de prisión.

Y también, en parte, del triste fin de Aisha y Rahman.

Pero Ibn Bayyah no sentía odio por estas acciones. No lo había sentido ni siquiera por Al-Wadi ni por sus otros enemigos. Ibn Bayyah era incapaz de odiar y sólo se esforzaba por entender. ¿Qué razones podían impulsar a un hombre honesto a hacer el mal? ¿Tanto poder tenía la religión sobre los hombres sin carácter? ¿Tan fácil era hacerles andar por el camino del fanatismo? No dejaba de ser una ironía que este fanatismo hubiera hecho presa en el discípulo de alguien que siempre lo combatió. No había empresa más ardua e infructífera que enseñar tolerancia a los intolerantes.

—He querido hablarte muchas veces, maestro —confesó Mayid—. He ido a tu casa en repetidas ocasiones, sin atreverme a entrar.

—Ahora me has encontrado —repuso Ibn Bayyah, con voz tranquila.

Mayid quedó en silencio.

—Siéntate aquí —indicó el médico. Y condujo al joven a un banco de piedra.

El antiguo discípulo se mostraba cariacontecido. Tenía los ojos bajos. Ibn Bayyah aguardó con paciencia a que comenzase a hablar.

—Quisiera poder justificar mis acciones —comenzó a decir Mayid. Por su tono era obvio que aquellas palabras estaban pensadas de antemano, que había ensayado lo que le diría a Ibn Bayyah y cómo se lo diría cuando le encontrara. Sin embargo, aquel pequeño discurso estaba cargado de sinceridad. Continuó—: Me gustaría poder explicar por qué hice lo que hice, quisiera tener una justificación convincente. He reflexionado mucho sobre todo lo sucedido. He querido convencerme de que obré bien, usando una y otra vez las razones que me dieron, pero no lo he conseguido. ¿Por qué obré de aquella manera? La verdad es que no sé bien por qué lo hice.

Ibn Bayyah quedó pensativo unos momentos. Luego habló así:

—Lo triste de lo sucedido es que no obraste por tu propia voluntad, por tus propias convicciones, correctas o incorrectas. Lo hiciste por las convicciones de otros y eso siempre es un error. No decidiste tú, sino que dejaste que los demás decidieran por ti. Esto es lo que no entiendo, lo que nunca he podido entender de mis semejantes —confesó—. ¿Cómo pudiste vender tu voluntad y lo que constituye la esencia de tu ser como individuo diferente de los demás? Todos somos responsables de nuestros actos y no podemos escudarnos en justificaciones que no provengan de nosotros mismos. Así como no podemos vivir la vida de otros, no debemos vivir la nuestra con los valores de otros. Hemos de desarrollar nuestras propias ideas y actuar de acuerdo con nuestra propia moral.

—Si pudiera deshacer lo que hice…

—Las causas provocan efectos. Ésta es una verdad muy simple que,

sin embargo, olvidamos muchas veces. Por ello debemos sopesar bien nuestros actos, debemos ser capaces de imaginar qué acontecimientos pueden desencadenar. Tus delaciones contribuyeron al mal.

—Creí entonces mi deber religioso combatir la herejía.

Ibn Bayyah sonrió amargamente.

—Me parece recordar que ya en nuestra primera conversación mencionaste la herejía y te dije que tendríamos que hablar largamente sobre ello. El hombre que se llama a sí mismo religioso se esfuerza por conocer la voluntad de Dios, pero, ¿puede saberse de veras qué es lo que el Todopoderoso espera de nosotros? Yo lo dudo y creo que debemos regirnos por nuestra propia ética, por la que nos fijemos nosotros mismos. Por tu culpa, por tu equivocado sentimiento de que con la obediencia ciega a algunos hombres estabas más cerca de Dios, ha muerto gente inocente. No eres el primero al que le ha sucedido esto ni serás el último.

Mayid no sabía qué contestar.

—¿Puedo implorar tu perdón? —preguntó, tras un tiempo.

—Puedes —respondió Ibn Bayyah—. Y yo te lo concedo. Pero eso no te servirá de mucho, porque tú mismo no podrás perdonarte.

***

A fines de noviembre, Alfonso, decidido a dar término al sitio mediante una maniobra drástica, mandó cortar el suministro de agua que entraba en la ciudad por el canal. La situación se hizo crítica para los sitiados.

A los pocos días, Al-Saffah, desbordado por los acontecimientos, inició las conversaciones que debían llevar a la capitulación de la ciudad. Sus habitantes, desesperados por la sed, no tenían ya coraje ni fuerzas para resistir.

***

En su lecho, Anwar consideró su situación.

La entrada de los cristianos era inminente. Una vez rendida la ciudad, la vida de Ibn Bayyah estaría amenazada, pues aunque Alfonso proclamara una amnistía para los antiguos gobernantes, cualquiera de los vencedores podría decidir atentar contra alguno de ellos. No sería la primera ocasión en que así ocurriera.

Aquello no debía suceder.

No obstante, el médico no abandonaría la ciudad sin él.

Anwar se enfrentaba a una difícil disyuntiva. Pero no tardó mucho en ver claro lo que debía hacer.

Cuando Ibn Bayyah regresó aquella noche a su hogar, tras ocuparse de sus enfermos, Anwar parecía descansar sobre el lecho. Pero sus ojos experimentados le hicieron saber de inmediato que no había ya vida en aquel cuerpo.

Se precipitó hacia él y destapó la sábana que le cubría hasta el cuello.

El lecho estaba empapado de sangre. El criado se había cortado las venas.

Sobre el escritorio Ibn Bayyah encontró una carta de despedida. En ella Anwar le reiteraba su fidelidad y le descubría que era el abuelo de aquel niño al que salvó en su día. Le bendecía y le conminaba a que se pusiese a salvo.

Para no ser una rémora para él, no había dudado en ocasionarse la muerte.



Tras hacer un atadijo con algunos papeles y sin llevar más que la túnica que le cubría y un gran pesar en su corazón, Abu Bakr Muhammad Ibn Yahya Ibn al-Sa’ig Ibn Bayyah, reputado médico, científico y filósofo, el que había sido un poderoso visir durante uno de los periodos más esplendorosos de la taifa, abandonó su amada

Saraqusta. Caminaba a pie y no tenía posesión alguna.

Tras la muerte de Anwar nada le retenía allí, salvo la ciudad misma, que iba a transformarse para siempre. El 11 de diciembre se ratificó la capitulación de la plaza y miles de sus habitantes la abandonaron.

El médico, como muchos otros, dirigió sus pasos hacia Balansiya.

En el camino, uno de los otros exiliados reconoció su rostro y le interpeló:

—Tú eres Ibn Bayyah, el que fue consejero del emir. Te conozco. Hiciste muchas cosas buenas para la ciudad.

—Quiero pensar que sí —dijo el interpelado, con tristeza.

El hombre le preguntó entonces:

—¿Tú también te ves obligado a marchar? ¿Qué harás ahora? ¿Adónde irás? ¿Dónde piensas asentarte?

Tras una pausa, Ibn Bayyah respondió:

—En cualquier lugar en el que haya gente enferma a la que pueda aliviar con mis conocimientos.

***

Tras cuatrocientos años de dominio musulmán, el 18 de diciembre de 1118, Alfonso I «el Batallador», rey de Aragón y Pamplona, al frente de sus ejércitos cristianos, entraba en Saraqusta.

EPÍLOGO

¿Qué fue del antiguo visir, del médico renombrado?

Durante mucho tiempo nada se supo de él. Gran parte de sus obras se perdieron. Siglos más tarde, su biógrafo, el historiador argelino Al-Maqqari describiría sus andanzas.

Durante años viajó y enseñó su ciencia por todas partes, pero nunca

fue el mismo, lejos de su ciudad.

Y la maldición que parece perseguir a los hombres buenos volvió a llevarle a prisión. En otros lugares, se repitió de manera parecida lo que le había sucedido en Saraqusta: sus ideas, enfrentadas a las de la mayoría, despertaron odios y provocaron venganzas. Ibn Bayyah hubo de abandonar ciudades en las que había querido asentarse y vivió una vida errante, desterrado por ser como era y por pensar como pensaba.

La privación del poder y de la libertad, el rechazo de los hombres y su desprecio no hubieran podido destruirle, pero sí lo hizo la pérdida de Aisha, cuyo recuerdo llenaba sus horas. Fue durante todos aquellos años un hombre triste, que recordaba de continuo aquel amor que no pudo ser.

Tras huir de Saraqusta, Ibn Bayyah se había dirigido a Satiba [Xátiva], donde el gobernador almorávide le hizo prisionero por un tiempo. Vivió un tiempo en Al-Mariyyat [Almería]. Enseñó en Ishbiliya, en Garnatah y Yaiyan [Jaén]. Pero de todos estos lugares hubo de escapar, para no ser presa del odio cruel de los hombres religiosos, de los supuestos hombres buenos.

Luego se perdió su rastro. Al cabo de unos años reapareció en Wahran [Orán] y acabó estableciéndose en Fas [Fez].

En el año 534 de la Hégira, 1139 de la Era Cristiana, sus enemigos le alcanzaron por fin. Abu Bakr Muhammad Ibn Bayyah murió envenenado, durante el sagrado mes del Ramadán. Traidoramente, se le invitó a una cena y se le dio en sus viandas el mismo *zarnikh* que había acabado con la vida de la única mujer que había amado en este mundo.

La crueldad de los hombres, que no permitió al médico y a la cortesana que unieran su vida, les permitió, sin embargo, compartir una misma muerte.

Enrique Gallud Jardiel (Valencia, 1958) es Doctor en Filología Hispánica y autor de más de 120 libros sobre diversos temas de humanidades, tanto ensayos como obras de ficción.

Tiene en su haber varios tratados de historia y diversas novelas. Entre sus libros más destacados pueden mencionarse los siguientes: *Libro de libros* , *Mil curiosidades sobre el más fascinante de los mundos* , *Historia breve de la India* , *Las hierbas de la sabiduría* , *Los dioses dormidos* , *La voz de Bengala* , *Historia cómica de España* , *El discurso insoportable* , *Español para andar por casa* , *El arte de hacer de todo* , *Libros que no querrás leer* , *La India en Occidente* , *El alma del universo* , *Teoría y mecanismos del humor* , *Mitos y leyendas hindúes* , *Sabios y santos* , *Historia cómica del arte* , *Historia cómica de la filosofía* , *Hitos malditos de la Historia* y *El dios de los mil nombres* ,

Otros títulos suyos en lo editorial Doce Robles son la biografía *Jardiel, la risa inteligente* y un estudio crítico titulado *Aragón en el teatro español.*

About The Author

Enrique Gallud Jardiel



Doctor en Filología Hispánica y autor de más de 250 libros sobre diversos temas de humanidades, tanto ensayos como obras de ficción.